

HEMEROBOTECA
PUB. PERIOD. U.N.C.
SALA DE LECTURA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
MENDOZA — ARGENTINA

Reg. N° *MP2245*

— UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO —
BIBLIOTECA CENTRAL
E. *22. x. 68* N° de Orden _____
P. *al Inst.* _____
Valor *don.* _____

ANALES DE ARQUEOLOGIA Y ETNOLOGIA



AÑO 1966

TOMO XXI

VOLUMEN DEDICADO A LA ARQUEOLOGÍA DE
ALTA MONTAÑA

*Nos complacemos en presentar un tomo de estos Anales dedicado íntegramente a trabajos sobre sitios arqueológicos situados en zonas de alta montaña, desde el sur del Perú (Cerro Pichu-Pichu) hasta la zona limítrofe de Coquimbo y San Juan (Cerro Las Tórtolas) y el sector meridional del Noroeste argentino (Sierra de Famatina). Se complementa así el volumen publicado este mismo año, titulado "La "momia" del Cerro El Toro. Investigaciones arqueológicas en la Cordillera de la provincia de San Juan (República Argentina)" (Editor: Juan Schobinger), que fuera dedicado al 37º Congreso Internacional de Americanistas *.*

La preparación de este tomo demandó no poco tiempo y esfuerzos. Parte de los artículos hubieron de ser compilados de otras publicaciones poco accesibles. A diez años de iniciadas las ascensiones y hallazgos de Mathias Rebitsch en la Puna y de los andinistas chilenos en la zona del Cerro Las Tórtolas, nos parecía urgente la obtención y publicación de sus respectivos informes, para cuya ilustración no se escatimó espacio. Agradezco aquí al Dr. Osvaldo Menghin haber puesto a mi disposición el magnífico album con fotografías de las expediciones de Rebitsch entregado en su tiempo al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, y al autor, su permiso para publicar el material seleccionado. También agradezco a la señora María Delia Millán de Palavecino haber puesto a disposición las partes correspondientes de sus informes al C.N.I.C.T. referentes a la cestería y tejeduría aborígen. Queda así completado el estudio de los aspectos culturales de los impor-

* Conviene hacer notar que, si bien se dio a esta monografía carácter de suplemento al tomo XXI de los Anales de Arqueología y Etnología, la misma fue impresa con fondos privados y no se envía en canje paralelamente a los Anales. (Distribuidor exclusivo: Librart S.R.L., Casilla Correo 5047, Buenos Aires.)

tantes y esforzados trabajos de aquel explorador en las cumbres del Altiplano. Se incluye también una descripción del ajuar de la "momia" del Cerro Chañi, encontrada hace más de 60 años. (No deja de sorprender el hecho de que en todo ese tiempo nadie lo haya hecho.) También se agrega un breve reexamen de la indumentaria del niño sacrificado de Salinas Grandes.

Especial interés tiene el informe sobre el enterratorio del Nevado Pichu-Pichu y construcciones relacionadas, de Eloy Linares Málaga y sus colaboradores; contribuyen a ello su carácter de primicia, la riqueza del ajuar típicamente incaico y el hecho de ser el primer caso de un yacimiento de alta cumbre hallado en el Perú. Sin duda seguirán otros, tanto en la Sierra peruana como en los Andes bolivianos: sólo hace falta que los escaladores vayan con los ojos bien abiertos.

El trabajo del que escribe corresponde a sus dos primeras expediciones de alta montaña, en 1963. Desde entonces, no ha podido desprenderse de la fascinación de este tema. Reitero aquí mi reconocimiento a D. Erico Groch por su entusiasta y desinteresada dirección técnica en esas actividades, así como al veterano D. Bernardo Rázquin por su constante y eficaz colaboración.

Como consecuencia de todos estos estudios, se han ampliado los conocimientos acerca de la presencia incaica en la zona andina meridional. Sobre todo, una nueva dimensión del quehacer indígena ha emergido. La montaña como factor religioso adquiere aquí su máxima potencia. La "fe" de los súbditos del Inca no movió las montañas, pero los llevó a escalarlas y a erigir construcciones en sus cimas de 6000 o más metros, lo que dadas sus posibilidades técnicas es una realización tan admirable como lo podría ser aquéllo.

LA DIRECCION

NOTA: Por falta de espacio, debemos postergar para el próximo tomo la sección Informaciones, Reseñas y Bibliografía Breve.

Agradecemos al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas el otorgamiento de un subsidio para la confección de los clisés correspondientes a las ilustraciones del presente tomo.

RESTOS ARQUEOLÓGICOS EN EL NEVADO PICHU PICHU (AREQUIPA, PERU)

POR ELOY LINARES MÁLAGA. *

ANTECEDENTES

En las postrimerias del año 1958, los andinistas japoneses Joshifuma Takeda y Yukishiga Hariuchi, al sobrevolar los nevados de la ciudad de Arequipa imprimieron placas de motivos posiblemente arqueológicos. El periódico japonés "Asahi" anunció la existencia de "una ciudad perdida en las cumbres del Pichu Pichu" o posiblemente una fortaleza o pukara escalonada "en la que podían observarse diferentes murallones".

En el mes de abril de 1959 apareció la noticia en el Diario "El Pueblo" de la ciudad de Arequipa.

El señor Simón Kahuamura del Cuzco, escribió por encargo del señor Takeda al autor de estas notas, para que se hiciera una comprobación "*in situ*", y para lo cual nos remitió una fotografía; ésta fue la causante de una inmensa e innecesaria campaña periodística, la misma que movió el ambiente de los interesados en Arqueología.

Por motivos de trabajo no pude aceptar una invitación que me hiciera el Diario "El Comercio"; entonces fue invitado el auxiliar del Museo don Máximo Neyra y el andinista y fotógrafo señor Carlos Zárate Sandoval. Ambos sobrevolaron en un monomotor Stimson de la Faucett, y tomando la misma dirección del señor Takeda exploraron desde el aire el nevado (fig. 1); a su retorno, declararon que no existían restos algunos ("El Comercio", 4 de mayo de 1959). Por otro lado

* Director del Museo de Arqueología e Historia de la Universidad Nacional "San Agustín" de Arequipa.

el propio señor Takeda que volvió del Japón, informó que la fotografía que me remitió no pertenecía al nevado Pichu Pichu, sino al Coropuna.

A pesar de estas declaraciones la duda seguía en pie ya que profesores y estudiantes de la Escuela de Geología, así como andinistas, aseguraban que existían construcciones en el Pichu Pichu, pero no se atrevían a afirmar si eran precolombinas o postcolombinas. Por nuestra parte desde un comienzo declaramos que no sería raro encontrar construcciones precolombinas en las cimas de los nevados, pues se conocían diferentes hallazgos siendo uno de los más interesantes el de las llamadas "pircas de indios" del "Cerro El Plomo" en Chile (1954).

En el mes de junio de 1959 el diario arequipeño "El Pueblo" organizó una expedición, conformada así: Andinista Carlos Zárate, Geólogo Luciano Barrios Becerra, Redactor Francisco Tapia Layne, encargado de la cuestión arqueológica, Eloy Linares M. Inconvenientes de última hora no me permitieron viajar esta vez nuevamente, sin embargo los tres primeros realizaron el viaje según el plan que habíamos concebido. A su retorno informaron que habían llegado a la cumbre de "La Horquetilla" y a lo que denominaron "Cerro de las Vírgenes" por las formaciones naturales de roca basáltica semejantes a aquellas imágenes.

Uno de los hallazgos interesantes fue lo que ellos denominaron "campamento de mineros españoles" al pie de la cumbre del Coronado.

Se Localizan Construcciones en la Cima

Con el objeto de colocar en la cumbre más alta del Pichu Pichu una imagen de San Martín de Porras, cuarenta personas entre las que se contaban médicos, enfermeras, andinistas, etc. se propusieron llegar a "El Coronado Grande"; éste viaje lo realizaron el primero de junio de 1963. En tal oportunidad alcanzaron la cúspide sólo las siguientes personas: señores Carlos Zárate, Jorge Carrasco, Gustavo Rondón, Pedro Morojica y Luis Pajuelo. Fue en esta ocasión que a 5480 metros sobre el nivel medio del mar se toparon con "un tosco cerco circular que emergía parcialmente de las nieves perpetuas y de un metro y medio de altura más o menos, por una extensión de quince metros en su parte visible"; además agregaron que ésto no era otra cosa que un sitio de descanso, es decir una *pascana*. Nuevamente los diarios de Lima y Arequipa movieron el ambiente llegándose a vertir las más diversas opiniones, así que se trataba de restos precolombinos o que



FIG. 1. - El vuelo de 1959. No pudo localizar construcciones: La flecha indica el lugar donde después se localizaron construcciones incaicas.

era el sitio de descanso de la Cota que preparó el personal técnico del ejército al levantar la Carta Nacional del 1 al 200.000, en 1917 ó 1938, o que se trataba de canchones, o para los cortadores del azufre o del hielo, etc. Faltaba pues comprobar a qué tipo de construcciones pertenecía el tosco cerco.

El 13 de junio de 1963, miembros del Instituto de Historia y Arqueología de la Universidad realizaron un viaje angustioso por demás; nuevamente el andinista Carlos Zárate les sirvió de cicerone habiendo llegado al muro descubierto por éste último el primero de junio; así como el señor Máximo Neyra y los alumnos César Pérez Correa y Pedro Cornejo.

Lo avanzado de la hora (4p. m.) no les permitió comprobar absolutamente nada; se tomaron fotografías y a su vuelta a la ciudad se declaró que podría tratarse de construcciones precolombinas, pero no se decía de qué época, de qué estilo arquitectónico, etc. Les faltó la comprobación mediante un cateo, les faltó plotear el sitio y si éste era realmente arqueológico: así lo declaramos nosotros, después.

La "Expedición Mistiana" y la Profanación de una Tumba

A fines del mes de agosto de 1963, los miembros de la "Expedición Mistiana" de andinismo y rescate, realizaron un viaje al Pichu Pichu; su objetivo principal era llegar a las construcciones encontradas por el señor Zárate en el mes de junio (fig. 9). Efectivamente llegaron al lugar: uno de ellos hundió su sonda casi hasta la empuñadura; intrigado empezó a excavar: enorme fue su sorpresa, al toparse con un objeto de cerámica; los demás admirados por el hallazgo, prosiguieron el trabajo y así pudieron localizar especímenes de metal, madera, arcilla, tejidos y hasta una cañita de maíz decorada, etc. De vuelta a la ciudad, consultaron con su asesor jurídico el doctor Mario Herrera Eyzaguirre, con quien me comuniqué inmediatamente; pude así rescatar los objetos profanados, en mi condición de Inspector de Monumentos Arqueológicos del Litoral del Sur, ciñéndome a lo dispuesto por las leyes de Conservación de Monumentos Arqueológicos. Tanto la Casa de la Cultura, como el Patronato Nacional de Arqueología, recibieron un informe, debidamente ilustrado. Los objetos hoy se exhiben en el Museo de la Universidad.

Es así, pues, que *la primera comprobación de la existencia de una tumba Inka en las cimas del Pichu Pichu correspondió no a especialistas sino a andinistas, miembros de la expedición mistiana*. De esta manera se había abierto un gran campo para la investigación arqueológica regional.

Expedición Auspiciada por la Misión Peruano-Alemana de Investigación Arqueológica

Dentro del plan de trabajo que realizamos con el Profesor Hans Dietrich Disselhoff, se encontró el relacionado con el estudio de los "monumentos arqueológicos" del Pichu Pichu.

Como hasta el momento no existía una prueba de trabajo *in situ*, el jefe de la misión Peruano-Alemana de Investigación Arqueológica decidió ayudarnos, y que me hiciera cargo de este trabajo. Efectivamente preparamos el plan, para los días 24, 25 y 26 de setiembre del año 1965; el grupo de personas para la investigación en el campo estuvo integrado por las siguientes personas: Auxiliar de trabajo Arqueológico: Alfredo Olazával Ovideo; Dibujante: Francisco Trujillo; Geología y

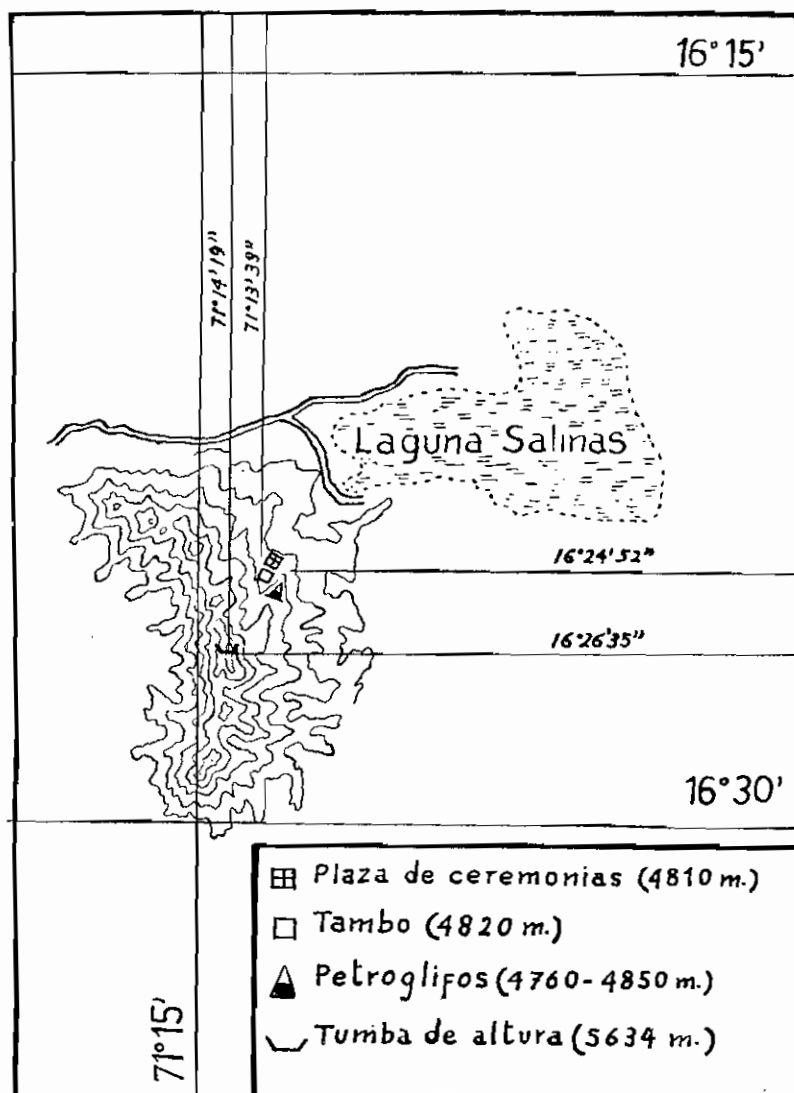


FIG. 2. - Ubicación de los principales monumentos arqueológicos del Pichu Pichu

Topografía: Juan Miranda y Edgard Calienes, y los Andinistas señores Pablo Goelz y José Castañeda. El viaje fue todo un éxito. Se ofrecen aquí los resultados preliminares.

Veamos primero algunos aspectos geográficos de la zona, inclusive un informe del profesor de Vulcanología de la Universidad de Arequipa.

ECOLOGIA

Desde este punto de vista, podemos observar que la zona del Pichu Pichu corresponde a la región de la Sierra, a la sub-región de Puna, cuya ecología propiamente dicha se caracteriza por ser una tundra muy húmeda de ambiente alpino con maleza desértica sub-alpina de páramo húmedo, con el uso apropiado del pastoreo de ovinos y alpacas, según informa el "Plan Regional para el Desarrollo del Sur del Perú". La vegetación se circunscribe a las plantas que siguen:

1. — *Tola*, de la especie *Lepidophyllum*. Especialmente la *Bacharis Incana*.
2. — *Ichu*, de la especie *Graminea Festuca* y *Calamagrotis* especialmente.
3. — *Yareta*, de la especie *Asorella*.

EL VOLCAN PICHU PICHU

"Se da este nombre a un grupo de volcanes apagados alineados de N. NW. a S. SE. en una distancia de 15 Km. Prácticamente es una elevada cadena de cerros por donde pasa el lindero entre las Provincias de Arequipa (Dep. de Arequipa) y Omate (Dep. de Moquegua).

La cadena de volcanes presenta cúspides filudas que se levantan a casi igual altura siendo las principales: Co. Coronado (5515 m.), Co. Horquetilla (5664 m.) y otros 2 cerros al S. SE de Cotas 5571 y 5509 metros sobre el nivel del mar.

Las coordenadas del Pichu Pichu son las del Co. Horquetilla que se encuentra casi al centro del alineamiento y son las siguientes:

Long. 71° 14' 25" W de Greenwich.

Lat. 16° 26' 37" Sur.

La altura del Pichu Pichu sobre la ciudad de Arequipa es de 3200 m. y la distancia en línea recta, de 25 Km. (Estos datos son deducidos de las hojas Arequipa y Omate del Instituto Geográfico Militar a la escala de 1: 200.000). Es, pues, una cadena muy amplia que esconde, o interrumpe, la visual de un amplio sector del horizonte hacia el E. desde Arequipa. La ciudad está a 2360 m. de altitud (Plaza de Armas).

El alineamiento de estos cerros presenta una cresta muy filuda y sus laderas, tanto al E. como al W. son muy paradas y de difícil acceso al menos en 1000 m. de desnivel hasta la cota 4200 m. Por debajo y hacia Arequipa, se observan contrafuertes suavizados que van disminuyendo de altura hasta los linderos de la ciudad (Jesús, Characato, Yumina, etc.). El flanco E. baja hasta la llanura ocupada por la Laguna de Salinas a 4300 m. de Altitud.

La cadena del Pichu Pichu se presenta en un estado muy avanzado de destrucción por causa de los agentes del intemperismo que actúan desde hace algunos millones de años. Quedan a la vista aristas rocosas intercaladas por flancos cubiertos de detritos y escombros rebaladizos. Por este motivo no es fácil individualizar el número de aparatos volcánicos que lo conforman; probablemente no son menos de 4.

Las rocas dominantes son las andesitas, producidas por el enfriamiento de las lavas que fueron eruptadas por los volcanes en el transcurso de los siglos. Se alternan, a los bancos rocosos andesíticos, capas de material explosivo (piroclásticos: polvo, cenizas, arena, lapilli, etc.). Por esta característica el Pichu Pichu entra en la clasificación de los estrato-volcanes".

Arequipa, 11 de octubre de 1965

(Firmado: doctor Alberto Parodi I., Facultad de Ciencias, Universidad Nacional de San Agustín.)

DESCUBRIMIENTOS

Petroglifos

El día 26 de setiembre, mientras buscaba una mejor ruta para el ascenso, a una altura de 4760 m. sobre el nivel medio del mar localicé un primer petrograbado, sobre roca basáltica de color negruzco y sobre la cual los antiguos pobladores de esa región debieron grabar figuras geométricas a semejanza de posibles caminos o valles, empleando para tal grabazón el procedimiento del golpeado. A primera vista creíamos que se trataba de una formación natural en la roca dura, pero auxiliados con el geólogo pudimos comprobar que las figuras que aparecían habían sido trabajadas por el hombre. Luego encontramos tres petroglifos más diseminados y a diferentes alturas: a 4790, a 4810 y a 4830 metros sobre el nivel medio del mar. Particularmente nos llamó la atención una de las figuras que empieza en su parte superior a manera de un posible camino y termina en la parte inferior de la roca a manera de meandro o de una figura en pie quebrado, la misma que se reproduce frecuentemente en Urpos o Arybalos, o también en el sistema de riego empleado por los Incas y que aún se conserva en diferentes regiones del País, particularmente en los distritos y provincias de Arequipa. (Figs. 6 y 7).

En cuanto a los procedimientos técnicos, y a la naturaleza del material así como a los motivos representados en las figuras grabadas, difieren de los de Toro Muerto y Quilcapampa, (en los valles de Majes y Sihuas respectivamente), también encontrados por nosotros; por el contrario parecen guardar cierta semejanza con algunos petrograbados de "La Caldera" o "Corralones", a los que ya aludían en 1851 D. Mariano Eduardo de Rivero y Ustari y el doctor Juan Diego de Tschudi en la obra "Antigüedades Peruanas".

Creo asimismo que en nuevas exploraciones pueden encontrarse otros petroglifos, pues la frecuencia de tratar con este tipo de materiales arqueológicos así nos lo demuestra.

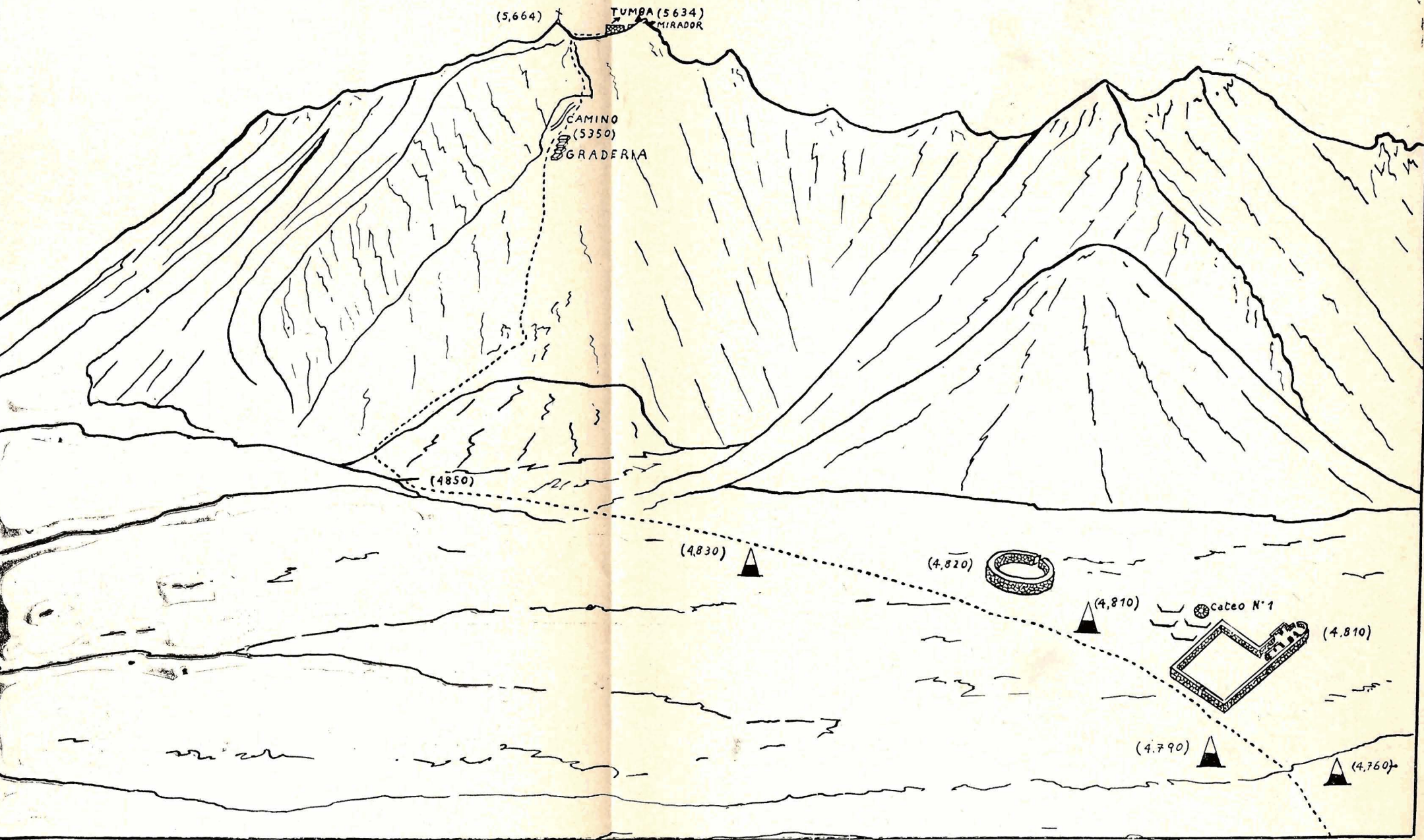


FIG. 3. — Croquis panorámico, visto desde el Este. (Redibujado por V. O. Agüero Blanch.)



FIG. 7. - Petroglifo en la base del espolón; camino o valle.

Graderías de un Posible Camino

Desde la base del espolón de la Horquetilla —que se encuentra a 4850 metros sobre el nivel del mar— hay que ascender peligrosamente por un farallón cortado a pico; a la altura de 5350 metros localizamos graderías hechas de piedras y visiblemente en número de cinco, de un ancho aproximado de dos metros. No se las pudo medir por encontrarse un tanto distantes del sendero que iban trazando los andinistas; por otro lado la abundancia de piedras de derrumbe han ido tapando éste seguro y antiguo medio de acceso a la cima.

Mirador de Piedras Pircadas

Por encima de la tumba profanada por los andinistas de la "expedición mistiana" se localizó un muro de más o menos un metro de altura y de forma semicircular, que estaba construido con piedras



FIG. 7. - Petroglifo en la base del espolón; camino o valle.

Graderías de un Posible Camino

Desde la base del espolón de la Horquetilla —que se encuentra a 4850 metros sobre el nivel del mar— hay que ascender peligrosamente por un farallón cortado a pico; a la altura de 5350 metros localizamos graderías hechas de piedras y visiblemente en número de cinco, de un ancho aproximado de dos metros. No se las pudo medir por encontrarse un tanto distantes del sendero que iban trazando los andinistas; por otro lado la abundancia de piedras de derrumbe han ido tapando éste seguro y antiguo medio de acceso a la cima.

Mirador de Piedras Pircadas

Por encima de la tumba profanada por los andinistas de la “expedición mistiana” se localizó un muro de más o menos un metro de altura y de forma semicircular, que estaba construido con piedras

pircadadas unidas con argamasa. Este muro se asemeja a un mirador pues desde él se dominan todos los paisajes; en la antigüedad debió cumplir un papel importante como sitio de vigilancia.

COMPROBACIONES

Además, hemos llegado a comprobar "*in situ*", lo siguiente:

1º) Que los restos de construcciones denominados "canchones de mineros españoles" por unos o "corralones para guardar ganado" por otros, no solamente son construcciones precolombinas en general sino que pertenecen a la expansión incaica en esta zona.

2º) Dentro de esas construcciones hay una mayor de forma irregular, que mide por dos de sus costados 28 y 30 metros respectivamente y por los otros dos 29 y 28 m. respectivamente. Esta gran plaza la hemos bautizado con el nombre de *plaza de ceremonias* (figs. 4 y 5); aun podemos distinguir en ella los umbrales de dos puertas, una mira al Este de 1,80 metros de ancho, y la otra que mira al Norte de 1,50 m. de ancho. De esta plaza de ceremonias queda solamente una hilera de piedras, pues el íntegro de ella ha sido tapado por cenizas volcánicas posiblemente de la erupción del volcán Waynaputina (19 de febrero de 1600).

3º) Existen otras construcciones de habitaciones anexas a la plaza de ceremonias (fig. 4); son en número de cinco y miden I y II, 7 metros de largo por 3,75 cada una, comunicándose ambas por una puerta que mide 1,20 m. de ancho. La III habitación sirve de nexo a la IV y V y primera y segunda; miden 9,50 m. de largo por 5 m. de ancho, la puerta que mira a la habitación II tiene 1,30 m. de ancho y la que mira a la habitación IV mide 1,50 m. La IV habitación mide 9,50 metros de largo por tres de ancho; la puerta que mira a la habitación V tiene 1,20 m. de ancho, muestra como particularidad un compartimiento en el ángulo Este, que mide 1,40 metros de largo por 0,30 m. de ancho. La V habitación tiene la forma casi semiesférica, midiendo su cateto base 7 metros.

Todas las habitaciones se comunican mediante puertas y un pasadizo que conduce directamente a la plaza de ceremonias, el cual mide de ancho dos metros y su largo es de 7,50 m. Las habitaciones se encuentran en mejor estado de conservación que la plaza de ceremonias, ya que aún se conservan algunos muros intactos. Uno de ellos alcanza

hasta un metro de altura siendo el ancho de la pared variable entre 0,50 y 0,80 m. En cuanto a la técnica de construcción se ha empleado la piedra sin labrar o simplemente canteada unida con argamasa, desgraciadamente el conjunto está cubierto por cenizas volcánicas, ripio menudo y piroclastos.

4º) Se ha comprobado que hacia el costado Sur-Este de la plaza de ceremonias se hicieron muchos enterramientos. En este lugar hicimos un pequeño cateo, el cual arrojó como resultado lo siguiente:

Diecisiete fragmentos de cerámica y dos objetos de piedra. Los fragmentos de cerámica han sido clasificados en dos estilos, "Inca" y "Juli". Los fragmentos de cerámica pertenecen a cuatro tipos distintos tanto por su decoración, color de la pasta, textura, cochura, etc. Llama la atención la presencia de dos cabecitas de representaciones ornitomorfas correspondientes a pucos, escudillas o platos, así como cuatro fragmentos de cerámica bruñida y pintada, con muchos desgrasantes y ninguna decoración, como se presentan en numerosos casos en fragmentos del "estilo Juli" (figs. 28 y 29).

De los dos objetos de piedra, uno de ellos parece haber sido un machacador de pintura. Es de color sepia claro, se asemeja a un romboedro y mide 0,04 m. de largo, 0,03 m. de ancho y 0,02½ de altura, litológicamente el material es de origen ignio, es decir una ignimbrita.

La otra piedra contiene gran cantidad de hierro y plomo: tiene forma circular, midiendo 0,03 m. de radio. Se la utilizó como parte de un Liwi o Boleadora.

El conjunto de construcciones y tumbas se encuentran a una altura de 4810 metros y a 80º Este de la laguna de Salinas.

5º) A 4820 m. sobre el nivel del mar, localizamos una especie de *tambo* que había pasado inadvertido en anteriores oportunidades (figs. 4 y 8). Su forma es irregular, podríamos decir casi cuadrada y con una especie de depósito en su interior, éste también de forma irregular, a semejanza de un rectángulo. Mide en el costado más largo o cateto mayor 7,50 metros, siendo los menores de 5 m. aproximadamente. El lado paralelo al cateto mayor es ligeramente encorvado; la puerta mide un metro veinte centímetros de ancho. Aun se conservan parte de los muros y en uno de ellos puede observarse la presencia de yareta que abunda en la región. La construcción interior mide 2,50 por 1,50 m. tiene una puerta de 0,50 m. A 4,50 m. del cateto mayor se observa un



FIG. 8. - Parte de un Tambo con yareta.

muro que se introduce a la habitación casi dos metros. Esta estructura del estilo de construcción, es semejante al de las habitaciones ya descritas a 4810 metros s.n.d.m., con la sola diferencia que en el caso de lo que llamamos tambo se encuentran más conservadas.

6º Hemos comprobado que la tumba descubierta por el andinista Zárate y profanada por los miembros de la "Expedición Mistiana", está tal cual la dejaron en 1963, o sea que no ha habido otras profanaciones como insistentemente los diarios de Arequipa y Lima anunciaban. Asimismo se ha comprobado que para construir el doble muro donde se encuentra la tumba se han llevado materiales desde por lo menos 4.850 de altura, ya que este tipo de materiales no existe donde se ha levantado el muro. La forma de éste es semicircular doble, pues existen dos muros uno debajo del otro habiéndose construido el inferior a una distancia de 0,90 m. uno del otro y a una altura de más de un metro (1,04 m.). El radio de este semicírculo se encuentra pegado a la montaña y mide 7,50 m. mientras que la profundidad es decir de la roca de la montaña al extremo de la construcción es de 8,50 m. La segunda plataforma o segundo murete en su parte más alta y visible alcanzó

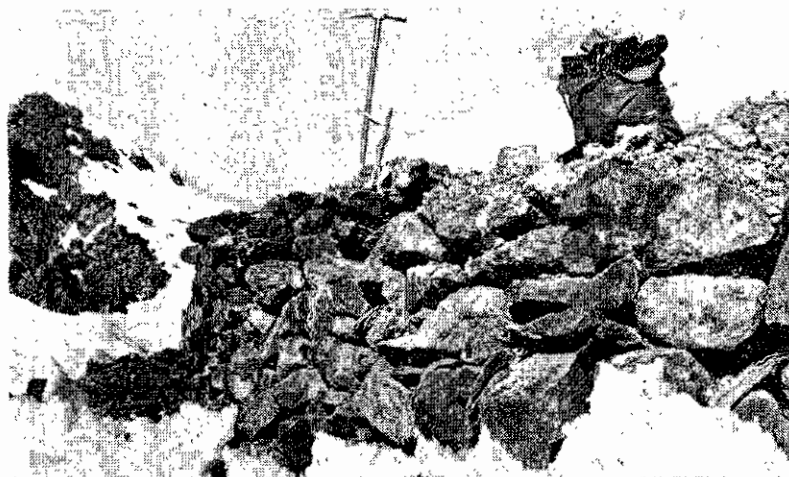


FIG. 9. - Cerca doble donde se localizó una Tumba Inca a 5.634 metros sobre el nivel del mar.

una altura de 0,82 m.; es en este segundo murete donde se halló la tumba Inca. El estilo y la técnica de construcción es semejante al de las construcciones ya descritas (fig. 9). La altura a la cual se sitúa es de 5.634 metros sobre el nivel medio del mar según nuestro altímetro; el Catedrático de Vulcanología de la Universidad de San Agustín Dr. Alberto Parodi Isolabella afirma que esas construcciones se encuentran a 5.600 metros sobre el nivel del Mar. La Carta del Servicio Geográfico Militar señala para el pico de la Horquetilla la mayor altura, es decir donde el grupo de andinistas "Los Cóndores" han colocado una cruz, la cual se situaría a 5.664 metros sobre el nivel medio del Mar.

No queremos dejar de indicar, que el hecho que se haya encontrado una tumba no invalida la posibilidad de encontrar otras en el futuro.

Hemos podido, pues, examinar en forma precisa la localización del doble muro donde se encuentra la tumba profanada y las construcciones y petroglifos que se sitúan hacia la llanura antes de ascender propiamente al espolón.

La situación exacta de la tumba es:

Departamento de Arequipa

Provincia de Arequipa

Distrito de San Juan de Tarucani

Anexo de Salinas

Coordenadas: a 71° 14' y 19" de Longitud Occidental

y 16° 26' y 25" de Latitud Sur.

Altitud: 5.634 metros sobre el nivel medio del Mar (o sea a sólo unos 30 m. más abajo de la cumbre principal).

La situación precisa de la Plaza de Ceremonias, Habitaciones, Tumbas, Petroglifos y Tambo es la siguiente:

Departamento de Arequipa

Provincia de Arequipa

Distrito de San Juan de Tarucani

Anexo de Salinas

Coordenadas: a 71° 13' 39" de Longitud Occidental

y 16° 24' 52" de Latitud Sur.

Altitud: Plaza de Ceremonias, Tumbas, y Habitaciones, 4.810 metros s. n. d. m.

Tambo: 4.820 metros.

Petroglifos: a 4.760, 4.790 y 4.850 metros de altura s. n. d. m.

ANÁLISIS DEL MATERIAL ARQUEOLÓGICO DE LA TUMBA EXCAVADA POR LOS ANDINISTAS DE LA EXPEDICIÓN MISTIANA DE RESCATE

Para un mejor conocimiento de los materiales que necesitaban un análisis químico o paleontológico, remitimos tales objetos al Director del Instituto de Química Dr. Carlos Núñez Valdivia y al Dr. Oswaldo Alcazar, Profesor de Paleontología de la Universidad.

He aquí el informe proporcionado por el actual Rector de la Universidad y Ex-Director del Instituto de Química:

"El material remitido comprende un total de quince piezas procedentes de una tumba descubierta en el nevado Pichu Pichu; trece de estas piezas son metálicas y dos no metálicas, entre éstas una concha de molusco.

De los especímenes anteriormente citados, 14 han sido estudiados desde el punto de vista químico en el Laboratorio de Minerales, y el último, es decir la concha no fosilizada de molusco, por el Catedrático de Paleontología Dr. Oswaldo Alcazar Bejar.

En el Laboratorio de Análisis de Minerales, sólo ha sido posible una apreciación cualitativa, porque en muchos casos el pequeño peso de los objetos, y, en otros, la imposibilidad de obtener muestras suficientemente representativas sin estropear el objeto, no han permitido un análisis cuantitativo, por no disponer de equipo y medios adecuados para el análisis microquímico.

Los resultados obtenidos son los siguientes:

Muestra N° 1, *Idolito metálico hueco*: de 14,3 cm. de largo; 56,780 gramos de peso. Color blanco, argentino, con una pátina gris negruzca y formaciones azul verdosa en algunas partes del relieve, sobre todo en la parte posterior. El material es una aleación de plata y cobre, con predominio de la primera. No contiene oro. (Fig. 10).



FIG. 10. - Muestra N° 1. Idolito metálico hueco de plata y cobre, ricamente ataviado de llicllas, waraca y tupus.

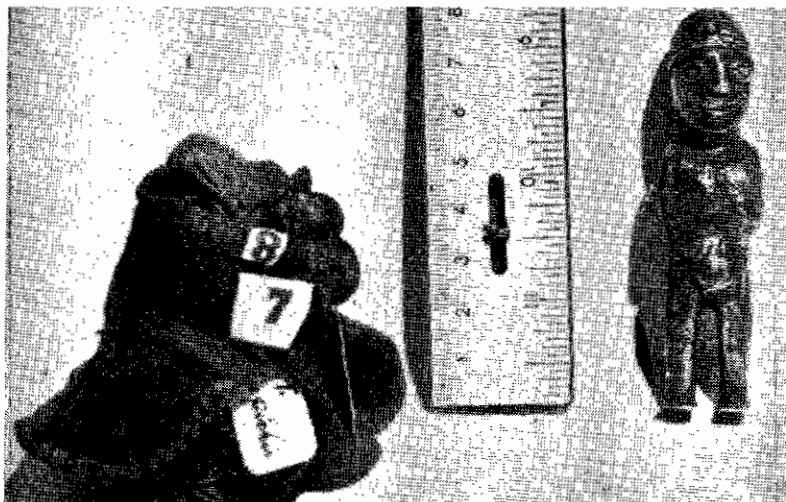


FIG. 11. - Muestra Nº 2. Idolito metálico hueco, aleación oro y plata. Con su vestimenta y Tupus separados del ídolo.

Nº 2. *Idolito metálico hueco*: de 8 cm. de largo y 15,584 gramos de peso. Color dorado con pátina pardo rojiza, sin formaciones de otra clase. El material es una aleación de oro y plata, con mayor proporción de oro; no contiene cobre ni hierro, (Fig. 11).

Nº 3. *Idolito macizo*: de 6,3 cm. de alto y de 29,380 gramos de peso. Color blanco opaco, de aspecto granuloso fino, con una especie de pátina gris-amarillenta. El material es más o menos blando: dureza en la escala de Mohs entre 3 y 4 (o sea entre la Calcita y Fluorita), insoluble en agua, soluble en ácido clorhídrico; no contiene sulfato; se trata de alguna forma de carbonato de calcio, natural, posiblemente una caliza margosa o un travertino. No es yeso ni anhidrita. (Fig. 12).

Nº 4. *Brazaletito metálico*: de 4,2 y 3,3 cm. en las bases y de 2,2 cm. de altura. Formado por una delgada laminita metálica de color dorado y de forma de un trapecio, con dos pequeños orificios circulares en los lados (por donde pasaba seguramente el hilo para amarrarlo al brazo del idolito). Presenta una pátina de color pardo-rojizo y pesa 0,995 gramos. El material es una aleación de oro y plata, con predominio del primero; no contiene cobre. (Fig. 13).



FIG. 12. - Muestra N° 3. Idolito macizo de caliza margosa o travertino, adornado con tejidos y tupus.

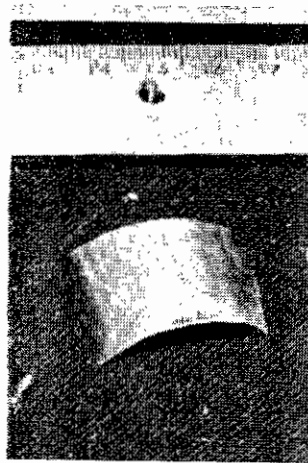


FIG. 13. - Muestra N° 4. Brazalete metálico de oro y plata.

Nº 5. *Tupu o prendedor metálico*: de 5,6 cm. de largo y de un peso 0,745 gramos; tiene la cabeza aplanada y de forma semilunar, con un pequeño orificio circular. Color blanco argentino, con pátina gris negruzca, sin formaciones extrañas. El material es una aleación de plata y cobre, éste último en pequeña proporción; contiene indicios de oro.

Nº 6. *Tupu o prendedor metálico*: de 3,6 cm. de largo y 0,355 gramos de peso; la cabeza laminada es de forma semi-circular, con un pequeño orificio circular. Color dorado, con pátina pardo-rojiza. El material es una aleación de oro y plata con predominio del primero; contiene indicios de hierro.

Nº 7. *Tupu o prendedor metálico*: de 5,4 cm. de largo, cabeza laminada de forma semicircular. Color blanco argentino, con pátina gris-negruzca y formaciones verde-amarillentas. Peso 0,685 gramos. El material es una aleación de plata y cobre, que contiene una pequeña cantidad de oro e indicios de hierro (posiblemente extraño).

Nº 8. *Tupu o prendedor metálico*: de 4,0 cm. de largo, cabeza laminada y de forma semi-circular, con un orificio circular pequeño. Color blanco argentino; pátina gris-parduzca y formaciones verde-grisáceas. Peso 0,685 gramos. El material es una aleación de plata y cobre, con indicios de oro y hierro, éste último posiblemente extraño.

Nº 9. *Tupu o prendedor metálico*: de 16,8 cm. de largo, cabeza laminada y gruesa de forma ovoide y bordes redondeados o romos y un orificio circular. Color amarillo con pátina verduzca de aspecto vítrio y formaciones verdosas. Peso 19,970 gramos. El material es una aleación de cobre y plata con predominio del primero; no contiene oro. (Fig. 14).

Nº 10. *Tupu o prendedor metálico*: de 16,5 cm. de largo; cabeza laminar delgada de forma semi-circular (5,5 cm. de diámetro), una escotadura en el borde y un orificio circular de 3 mm. de diámetro. Color blanco argentino, pátina gris-verduzca y abundantes formaciones verde grisáceas. Peso 18,550 gramos. El material es una aleación de plata y cobre; no contiene oro (Fig. 15).

Nº 11. *Tupu o prendedor metálico*: de 25 cm. de largo; cabeza laminar delgada de forma semi-circular; de 6 cm. de diámetro y un orificio semi-circular, el borde de uno de los cuadrantes con escotadura y nódulos ovoides (posiblemente por defecto de fundición). Color blanco argentino, abundante pátina gris-verdosa y formaciones grises y verdosas. Peso 39,250 gramos. El material es una aleación de plata y cobre, con indicios de hierro, posiblemente de origen extraño; no contiene oro.

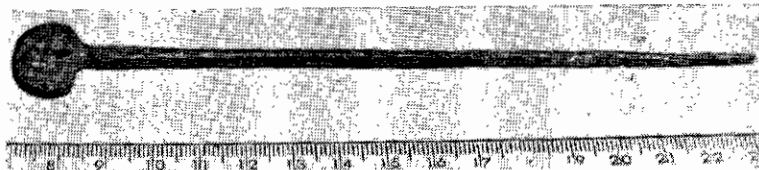


FIG. 14. - Muestra Nº 9. Tupu o prendedor de metal, aleación de cobre y plata, de cabeza pequeña y pesa especial.

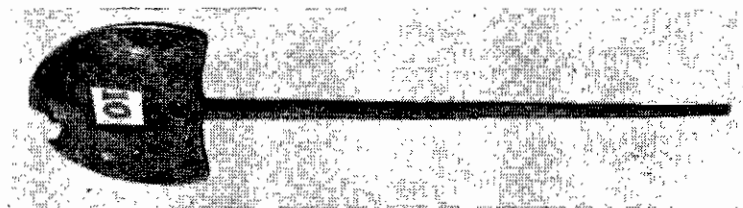


FIG. 15. - Muestra Nº 10. Tupu o prendedor metálica de cobre y plata, semejante a las muestras números 11, 12, 13.

Nº 12. *Tupu o prendedor metálico*: de 25,5 cm. de largo; cabeza laminar de forma semi-circular (6 cm. de diámetro), escotadura en el borde y orificio circular de dos milímetros de diámetro. Color blanco argentino, pátina gris-verduzca y abundantes formaciones gris-verdosas y verduzcas. Peso 35,455 gramos. El material es una aleación de plata y cobre, con indicios de hierro posiblemente de origen extraño. No contiene oro.

Nº 13. *Tupu o prendedor metálico*: de 24,5 cm. de largo; cabeza laminar delgada de forma ovoide (6,7 cm. de diámetro mayor), bordes irregulares con pocos nódulos ovoides y orificio circular pequeño. Color blanco argentino, intensa pátina gris-negruzca y abundante formaciones gris-verdosa y pardo-amarillentas. Peso 32,100 gramos. El material es una aleación de plata y cobre, con indicios de hierro y sílice, posiblemente de origen extraño; no contiene oro.

Nº 14. *Tupu o prendedor metálico*: de 14,5 cm. de largo cabeza incompleta en forma de canastilla, cerrada con una pequeña asa. Color amarillo, con intensa pátina de aspecto vítrio de color verdoso y formaciones grisáceas. Peso 14,625 gramos. El material es una alea-

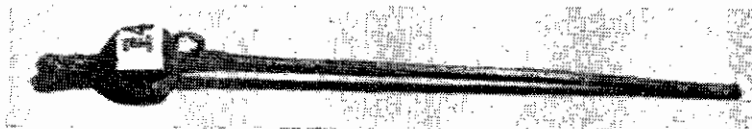


FIG. 16. - Muestra N° 14. Tupu o prendedor metálico de plata y cobre con especie de empuñadura en canastilla.

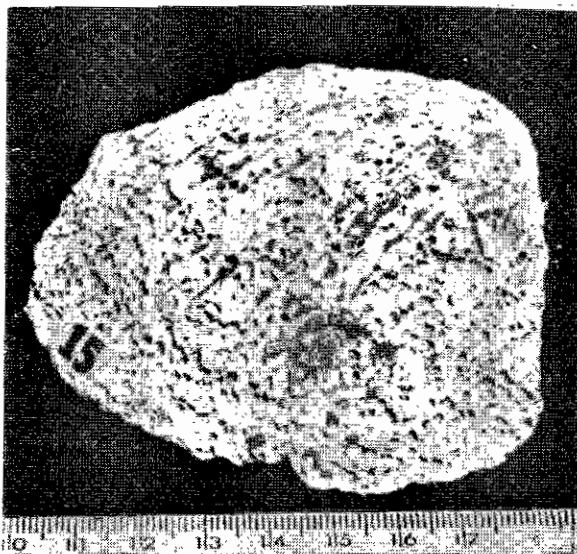


FIG. 17. - Muestra N° 15. Concha no fosilizada de molusco de 10 a 27 millones de años, llevada como ofrenda a la Tumba Inca.

ción de plata y cobre, con indicios de sílice y hierro, posiblemente extraños; no contiene oro. (Fig. 16).

N° 15. *Concha no fosilizada de molusco*: se trata de una valva de molusco lamelibranquio, de la familia *Cyrenoidae*, género *Cyrena*, del Terciario existente posiblemente desde hace unos 27 millones de años; o por lo menos 10 millones de años (fig. 17). No es propia del lugar y debe haber sido llevada de otro sitio (posiblemente de la Costa). Se halla mal conservada, por los efectos de la intemperización, pero no se comprueba reemplazamiento del material primitivo. Para poder determinar la especie se requeriría disponer de la otra valva. La superficie y bordes se hallan corroídas por la acción de los agentes naturales".

(Firmado Dr. Carlos Núñez Valdivia, 30 de setiembre de 1693).

Además de los 15 objetos fichados se estudian los siguientes:



FIG. 18. - Muestra N° 16. Urpo o Arybalo de estilo Inka Expansiva.

N° 16. *Urpo* ("aribalo") de arcilla de estilo inka: de 15' cm. de alto; con decoración pictórico-geométrica, negro-blanco sobre rojo en una de las panelas del ceramio. Buen estado de conservación. (Fig. 18).

N° 17. *Jarrito con asa lateral plana*: de 10 cm. de alto y 7 cm. de diámetro en la base circular y 8 cm. de diámetro en la boca, de labios expandidos hacia afuera, de estilo Inka con los dos tercios del ceramio decorado con motivos fitomorfos (cuatro bandas de helechos), y geométricos (siete bandas en líneas paralelas verticales y dos en figuras



FIG. 19. - Muestra N^o 17. Cerámica de estilo Inka Expansivo.

triangulares sobre dos bandas verticales hacia el centro del ceramio o sea justamente en la parte opuesta al asa, la misma que también está decorada con cuatro grupos de líneas paralelas en negro y tres grupos en "X" en color rojo, figuras éstas que se intercalan para guardar mejor armonía); en colores negro, gris y rojo, sobre sepia claro, la base como la boca también están decoradas con un color rojo. Presentan buen estado de conservación, mostrando sin embargo una ligera desportilladura en el labio. (Fig. 19).

N^o 18. *Ollita utilitaria de asiento apedestalado*: de 15,5 cm. de alto, 8 cm. de diámetro en la base del pedestal y 8 cm. de diámetro en la boca de labios revertidos hacia afuera. De estilo Inka. Le falta el asa plana lateral y parte de la panela. Se encuentra teñida por el negro del humo. (Fig. 20).

N^o 19. *Kero o vaso de madera de estilo Inka*; mide 8 cm. de alto, 5 cm. de diámetro en la base y 7 cm. de diámetro en la boca. Es de

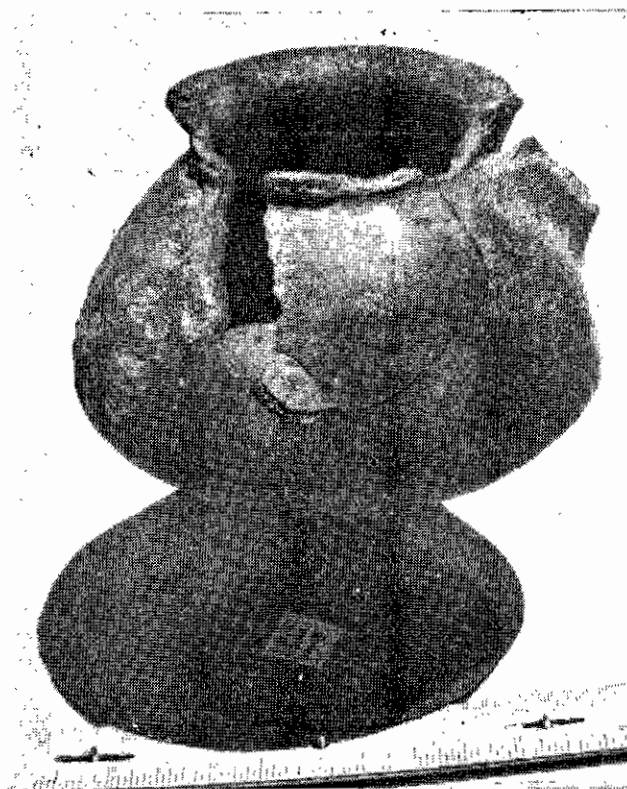


FIG. 20. - Muestra N° 18. Ollita utilitaria de asiento apedestada.

color café claro, no tiene decoración alguna y la madera es posiblemente chachacomo o quizás sauce, por lo blando de su pulpa. (Fig. 21).

N° 20. *Kero o vaso de madera de estilo Inka*: mide 8 cm. de alto, 5 cm. de diámetro en la base y 7 cm. de diámetro en la boca. Es de color café claro, no tiene decoración alguna, y la madera es posiblemente chachacomo o quizás sauce por lo blando de su pulpa.

N° 21. *Platito de cerámica de estilo Inka*: de 25 mm. de alto, 37 mm. de diámetro en la base y 125 mm. de diámetro en la boca, tiene la particularidad de presentar un doble pivote en el labio y estar bruñido en su cara interior y pintado antes de la cocción en color rojo indio. (Fig. 22).



FIG. 21. - Muestra Nº 19 Kero o vaso de madera de estilo Inka, semejante a la muestra número 20.

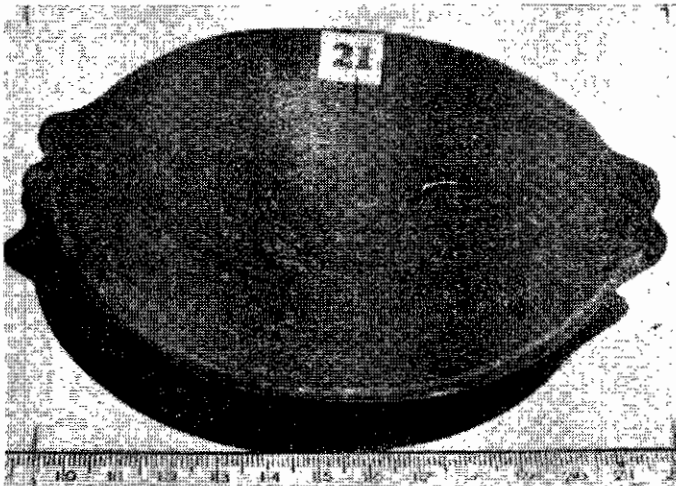


FIG. 22. - Platillo de cerámica de estilo Inka Expansivo, semejante a la muestra Nº 22 y en madera a las muestras números 24 y 25.

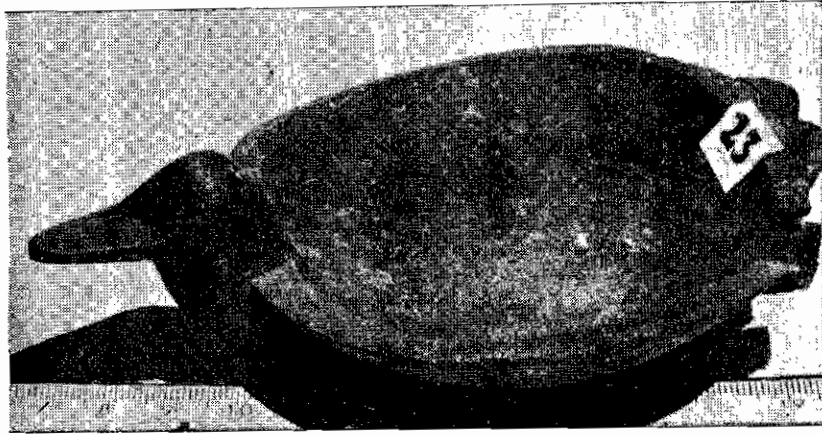


FIG. 23. - Platito o cuenco arnitomario, de madera, de estilo Inka Expansivo, semejante a la muestra número 28.

Nº 22. *Platito o cuenco de arcilla de estilo Inka*: de 25 mm. de alto, 43 mm. de diámetro en la base plana circular y 127 mm. de diámetro en la boca. Tiene la particularidad de presentar un doble pivote en el labio y estar bruñido en su cara interior y pintado antes de la cocción en color rojo indio.

Nº 23. *Platito o cuenco de madera de estilo Inka*: de 30 mm. de alto, 40 mm. de diámetro en la base y 102 mm. de diámetro en la boca. Representación ornitomorfa, cabeza y cola estilizados estando el cuerpo formado por el cuenco propiamente dicho. Es de color café obscuro, la madera puede ser sauce o quizás chachacomo por su pulpa blanda. (Fig. 23).

Nº 24. *Plato o cuenco de madera de estilo Inka*: mide 10 mm. de altura, 165 mm. de diámetro en la boca y 55 mm. de diámetro en la base. A cada lado del labio tiene un doble pivote a semejanza de los platitos de arcilla de las muestras número 21 y 22. Color café claro.

Nº 25. *Plato o cuenco de madera de estilo Inka*: mide 20 mm. de alto, 165 mm. de diámetro en la boca y 55 mm. de diámetro en la base; a cada lado del labio tiene un doble pivote. Color café claro, semejante a la muestra Nº 24.

Nº 26. *Platito de madera de estilo Inka*: mide 23 mm. de alto, 63 mm. de diámetro en la base, también en la boca; es de forma circular. Color café oscuro. (Fig. 24).



FIG. 24. - Cuenco de madera, estilo Inka Expansivo, semejante a la muestra N° 27.

N° 27. *Platito de madera de estilo Inka*: 50 mm. de alto, 88 mm. de diámetro en la base y 98 mm. de diámetro en la boca; es de forma circular, casi un semi-cilindro y de color café oscuro.

N° 28. *Platito de madera ornitoformo de estilo Inka*: mide 100 mm. de diámetro en la boca, 45 mm. de diámetro en la base y 25 mm. de alto; la cabeza y la cola son escultóricos y el cuerpo del animal es el plato propiamente dicho. Es de color café oscuro, la madera puede ser sauce o chachacomo por lo blando de su pulpa.

N° 29. *Cucharita de madera*: mide 165 mm. de largo de los cuales la boca mide 40 mm. por 35 mm.; el mango termina en decoración geométrica escalonada. El objeto es de color café oscuro.

N° 30. *Cucharita de madera*: mide 140 mm. de largo de los cuales la boca mide 40 mm. por 30 mm. de largo y ancho respectivamente; el mango termina en forma geométrica escalonada. El objeto es de color café oscuro.

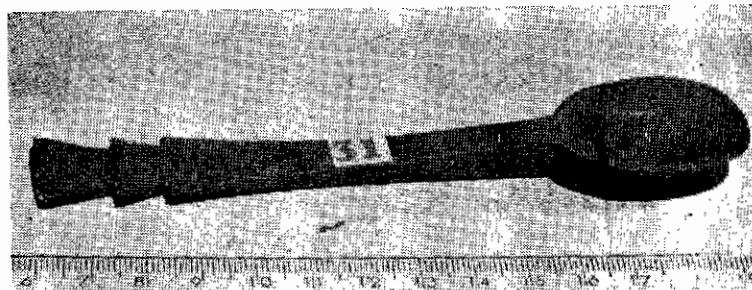


FIG. 25. - Wiclla o cucharita de madera de estilo Inca Expansivo, semejante a los muestras números 29, 30 y 32.

Nº 31. *Cucharita ó wiclla de madera*: mide 137 mm. de largo de los cuales la boca mide 35 mm. por 27 mm. de largo y ancho respectivamente. El mango termina en forma geométrica escalonada. Color del objeto café oscuro. (Fig. 25).

Nº 32. *Pequeña llicllita de lana de llama*; mide 115 mm. de largo por 75 mm. de ancho, en colores café oscuro, rojo, amarillo, y gris, ribeteada en sus cotornos. Es ceremonial y sirvió para cubrir el idolillo de color dorado de la muestra Nº 2 (fig. 11). Este detalle es típico del ceremonial inkaico como se puede observar en las ilustraciones que nos trae el importante libro de "Arte Inca" del alemán Max Schmidt.

Nº 33. *Manojito de espinas de cactus*; miden 80 mm. de largo y en su totalidad son 10. Color café claro.

Nº 34. *Pieza pequeña de tejido de lana de auchenia*; mide 140 mm. de largo por 70 mm. de ancho. Constituida por zarcillos, parece que primitivamente estuvo tejida; sus colores son: verde, rojo, amarillo y en el ribetè color sepia obscuro.

Nº 35. *Cañita de tallo de maíz*; 85 mm. de largo por 15 mm. de diámetro en su parte tubular; muestra decoración al parecer de un auquérido y en color gris sobre el fondo del tallo amarillento. (Fig. 26).

Nº 36. *Pieza pequeña de tejido de lana de auchenia*; mide 120 mm. de largo y ancho respectivamente, es decir que es un cuadradito; en colores rojo, verde y amarillo, muy semejante a la muestra Nº 34, con la diferencia de que no presenta zarcillos.

Nº 37. *Pequeña honda o waraka de tipo ceremonial*; mide 50 centímetros de largo, de los cuales su parte ensanchada mide 15 centí-

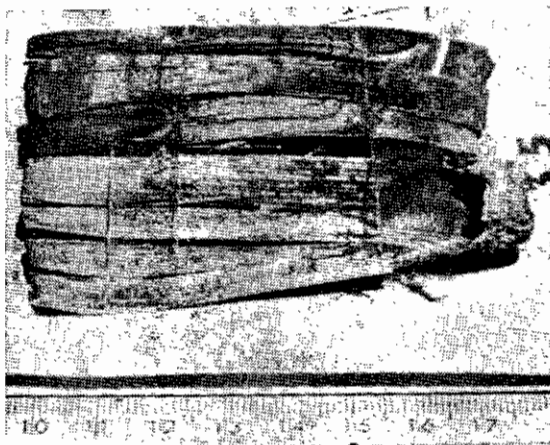


FIG. 26. - Irozo de tallo de maíz decorado con motivos geométricos.

metros de largo por dos centímetros de ancho. Tanto la trama como la urdimbre han sido trabajadas en lana de llama; la urdimbre de color verde y la trama de color amarillo la parte de la boca de la waraka está contorneada por un ribete de color rojo.

Nº 38. *Cucharita de madera*; mide 15 centímetros de largo de los cuales la boca es de 35 mm. por 22 mm. de largo y ancho respectivamente. Es de madera blanda, posiblemente sauce, así lo demuestra su pulpa. Su mango termina en forma geométrica escalonada. Color café claro. No se encuentra bien conservada pues está dividida en dos.

Nº 39. *Alimentos: Coca*; dos bolas de coca masticada las que en unión con la cal o Llipta (Llueta) formaban el bolo o *piccho*, que servía de estimulante para las grandes jornadas a pie que realizaban los indígenas de nuestra raza andina¹. (Fig. 27).

40. *Warakita ceremonial*; mide 63 centímetros de largo, la parte ensanchada o boca de la hondita mide 135 mm. de largo por 15 mm. de ancho. Ha sido tejida en lana de auchenias y en colores rojo, amarillo y verde; se le encontró sosteniendo las vestimentas del ídolo número 1, ó muestra Nº 1. (Fig. 10).

¹ Parece que el nevado Pichu Pichu a Picho-Picho aludiera a los muchos promontorios, cumbres o Picchus que dejaron las erupciones por los menos cinco volcanes, posiblemente en la era Terciaria. (Ver el informe vulcanológico).

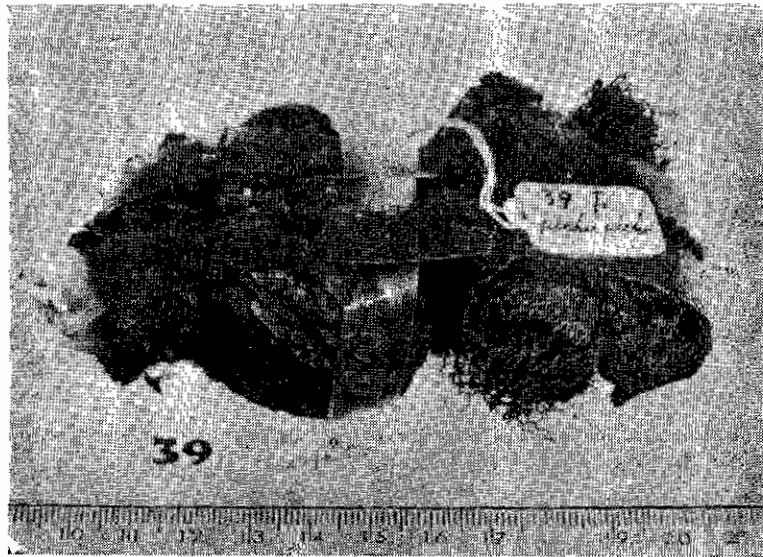


FIG. 27. - Bolos de Piccha, de coca masticada con Ilipta para la ofrenda.

Nº 41. *Tejido de lana, de forma rectangular*; mide 23 centímetros de largo por 17 centímetros de ancho, semejante a la especie catalogada con el número 36. Tiene como colores el amarillo, el sepia claro, el rojo, el verde y el café oscuro. Sirvió como especie de manto para cubrir el ídolo Nº 1. Corresponde al estilo Inkaico. (Fig. 10).

El material óseo fue remitido al Catedrático de Antropología Profesor Augusto Mazeira, quien hizo un estudio antropométrico del esqueleto cefálico así como de las vértebras cervicales Axis y Atlas y por último de un hueso calcáneo.

Nº 42. *Un cráneo, dos vértebras y un calcáneo.*

Esqueleto Cefálico: El doctor Mazeira ha hecho un examen cefaloscópico íntegro, como se puede ver en el informe que transcribimos:

EXAMEN Y PRECIACIÓN ANTROPOMÉTRICA DE UN ESQUELETO CEFÁLICO, PROCEDENTE DEL PICHU PICHU

“Empleando las normas señaladas por la craneología, encontramos en la mencionada pieza las siguientes características osteológicas:

Normas laterales o de Camper. Visto el esqueleto por la cara lateral

izquierda, se observa la existencia de las suturas: fronto-parietal, fronto-esfenoidal, temporo-occipital, perfectamente perceptibles y separadas, toda vez que no hay ninguna sinóstosis; finalmente se observa cierto prognatismo en su maxilar.

En la cara lateral derecha, está destruída una pequeña parte del parietal próxima al borde anterior de dicho hueso; se observa la destrucción de 1/3 del frontal en el borde posterior; idem también de gran parte de la región escamosa del temporal. Algo más, la lámina ósea externa del parietal, de parte del temporal y del occipital está desprendida de la porción media o esponjosa.

Por lo que respecta al esqueleto facial, la situación articular de sus huesos es similar a la craneal; es decir, no hay ninguna sinóstosis; las suturas fronto-nasal, fronto-molar, temporo-malar y maxilo-frontal y malar, lo mismo que la fronto maxilo-esfenoidal, están desarticuladas como las anteriores. Se nota la destrucción del hueso lagrimal o unguis.

Por lo que respecta al maxilar inferior, tanto la rama ascendente como la mitad izquierda del cuerpo están en perfecto estado, presentando de notable, el que el último gran molar inferior izquierdo se encuentra en condiciones de salir fuera de la encía. Se nota la no existencia de dos molares; en el maxilar superior sólo presenta una muela.

En el esqueleto facial derecho están, como en el cráneo, algunos huesos destruídos: el malar, parte del maxilar superior, dejando en descubierto el seno y el unguis, y parte de uno de los huesos de la nariz. El maxilar inferior presenta también un desprendimiento de la lámina externa de la rama externa y parte del cuerpo, que tiene una coloración negruzca y untuosa. Presenta en pleno proceso de crecimiento, la última muela, la del "Juicio". Finalmente, le faltan tres piezas dentarias.

Norma frontal de Prichard. Se constató la destrucción del frontal una sexta parte, hacia el lado derecho, hasta el borde posterior del mismo lado; en el esqueleto facial, en la cavidad nasal, hay una formación que parece corresponder a residuos de la mucosa que cubría los cornetes o parte de las fosas nasales.

Norma de Laurillard u occipital. Se aprecia muy bien la separación de las suturas dentadas interparietales y parieto-occipitales. A los lados de la sutura interparietal, se observa la lámina ósea con levantamientos y depresiones, que señalan una separación entre ésta y la lámina media, y además existen pequeñas manchas negras y untuosas.

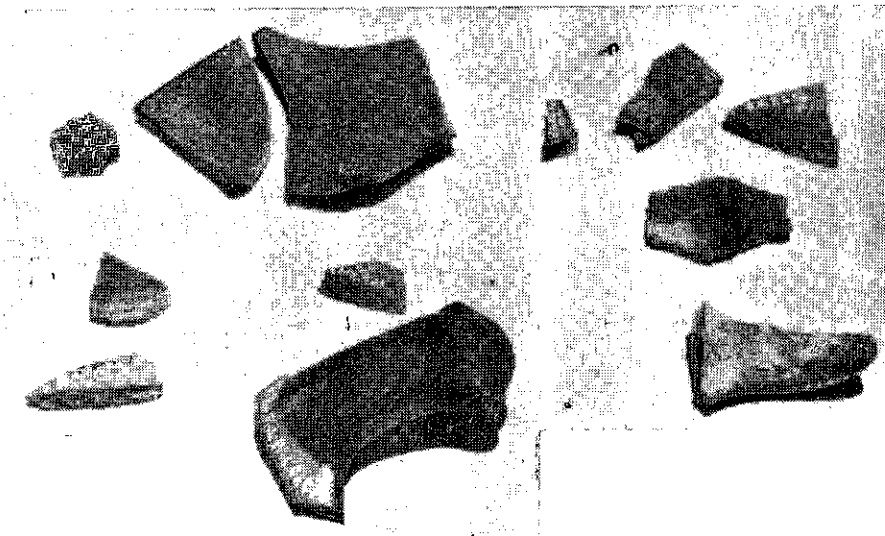


FIG. 28. - Fragmentos de cerámicas estilo Inca del cateo N° 1, 1965. Tumbas de la base del Espolón.

Norma de Blumembach o vertical. Presenta una ligera depresión, que puede haber sido ocasionada por un golpe dado por un objeto cortante, ello a la altura del frontal y con disposición de atrás adelante y de derecha a izquierda. Una vez más se observan levantamientos y abolladuras, lo mismo que las manchas negruzcas.

Norma de Owen o de la Base. Todas las suturas, están separadas: la esfeno-occipital, que es la primera que suele sinostosar, está perfectamente libre, lo mismo que la temporo-occipital; y en la parte facial, la sutura inter-maxilar superior y máxilo-palatina. La que parece estar en sinóstosis es la esfeno-maxilar superior.

En el borde inferior del cuerpo del maxilar inferior, se nota un ligero desprendimiento de la lámina externa, así como en el borde y cara externa de la rama del mismo lado.

Examen antroposcópico de la morfología (según Sergi): es de tipo ovoide.

Índice craneano horizontal. Realizada la medida de los diámetros antero-posterior, (Glabela-opistocráneo) y transverso (Bieurio) y la respectiva regla, dio un cociente de 75, o sea que se trata de un dolicoocráneo.



FIG. 29. - Fragmentos de cerámica del estilo Juli o Tricolor. Cateo Nº 1, 1965.

Apreciaciones osteológicas sobre ciertas particularidades de las piezas óseas.

El desprendimiento de la lámina externa ¿se debe a la acción del intemperismo?, ¿o es un proceso de osteitis de origen sífilítico? (que parece haber sido relativamente frecuente en el incario). La respuesta sería factible, si se conociera cómo estuvo el cráneo, y también habría que completarlo dentro del punto de vista médico-legista. La coloración morado-verdosa que presenta el cráneo ¿es también por la acción del intemperismo y del agua?

La destrucción que presenta el cráneo ha sido post-mortem. La huella encontrada, al examinar el cráneo según la norma de Blumembach, parece demostrarlo así.

Edad del esqueleto. La existencia —inmersa— de los últimos grandes molares ("muela de juicio"), nos indica que *la edad del individuo se aproxima a los quince años*; lo mismo demuestra la sutura esfenoccipital, ya que todavía no se ha sinostosado, pues ésta se produce

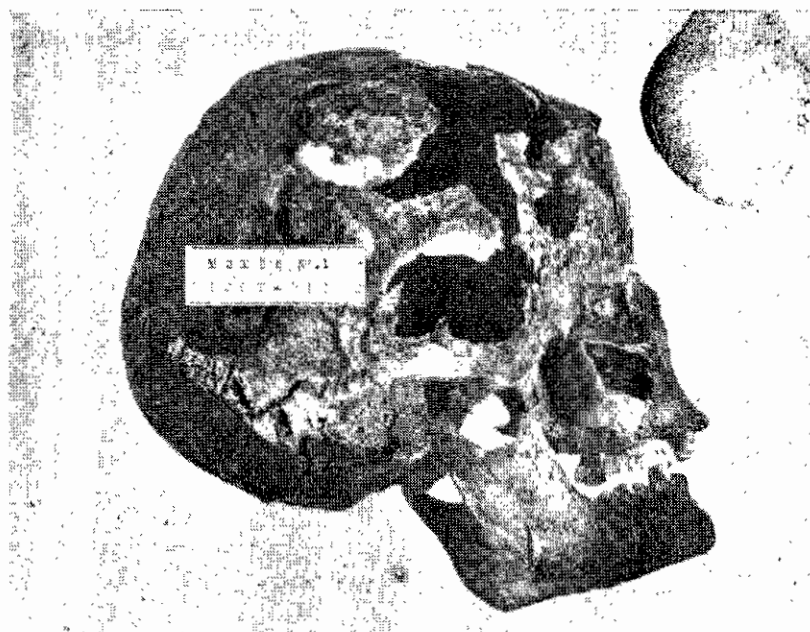


FIG. 30. - Cráneo de la "momia" del Pichu Pichu.

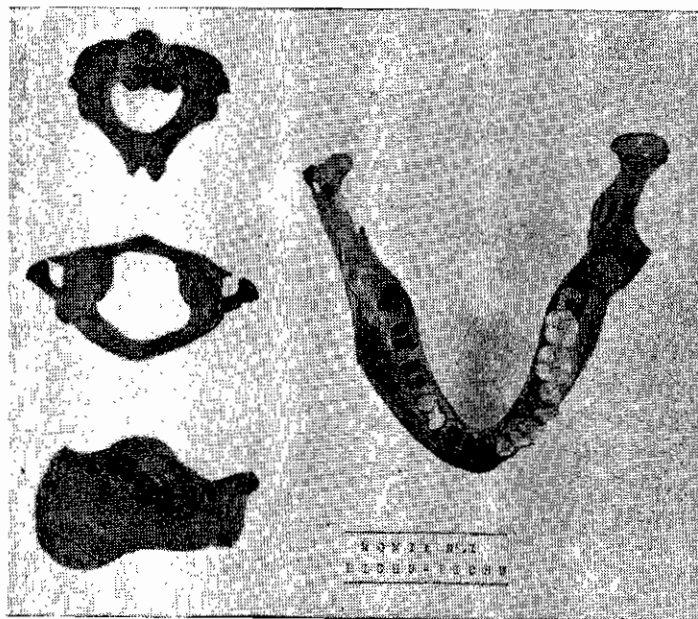


FIG. 31. - Idem. Vértebra y maxilar inferior.

de los quince a los veinte años; pero por el tamaño del calcáneo y de las vértebras, parece ser de una edad menor que la indicada por las características osteológicas anteriores”.

(Firmado: Dr. Augusto Mazeira, Catedrático de Antropología. Arequipa, 19 de noviembre de 1963.)

Teniendo en consideración algunas observaciones del Profesor de Antropología Física, solicitamos del Jefe del departamento de Patología de la Facultad de Medicina Dr. Luis Fernán Zegarra un informe que insertamos. Es importante, pues de su diagnóstico se desprende claramente un posible sacrificio de la víctima, la cual ha conservado los glóbulos rojos debido al clima.

ESTUDIO ANATOMOPATOLÓGICO DEL CRÁNEO, MAXILAR INFERIOR, AXIS, PRIMERA VÉRTEBRA CERVICAL Y CALCÁNEA, DE LOS RESTOS MOMIFICADOS ENCONTRADOS EN EL PICHU PICHU

Estudio macroscópico

Se ha recibido un cráneo provisto de su mandíbula inferior, del axis y una primera vértebra cervical y un hueso calcáneo.

Cráneo: Tiene 48 cm de diámetro fronto-occipital por 42 cm de diámetro parieto-basal (base del cráneo). El maxilar superior está provisto de 2 molares, 3 pre-molares, 2 caninos. El maxilar inferior presenta 3 molares, una pieza cordal no erupcionada, 2 caninos y 3 incisivos. Las otras piezas dentales faltan en ambos maxilares, han sido desprendidas y perdidas. Las suturas articulares de todos los huesos craneales y de la cara no están consolidados en forma definitiva. A nivel fronto-parieto-temporal se encuentra una falta completa e irregular de tabla ósea, así como la presencia de un pigmento violeta azulado, que recubre toda la parte superficial del hueso circunvecino. A nivel temporal y en relación con la falta de hueso referido se observa una zona de bordes bien pulidos que aparentemente mide 6 cm y que parece corresponder a una trepanación. *La mayor parte del cráneo está cubierta por una lámina membranoide que parece corresponder a partes blandas desecadas.*

Vértebra axis: mide 7 por 4 por 1 cm y no presenta alteraciones de significación.



Fig. 32.— Muestra un corte decalcificado de hueso de la zona fracturada, se aprecian conductillas óseas con elementos celulares remanentes. Hay una superficie irregular que corresponde a la cara externa de la lesión, con esquirlas óseas astensibles. Aumento panorámica.

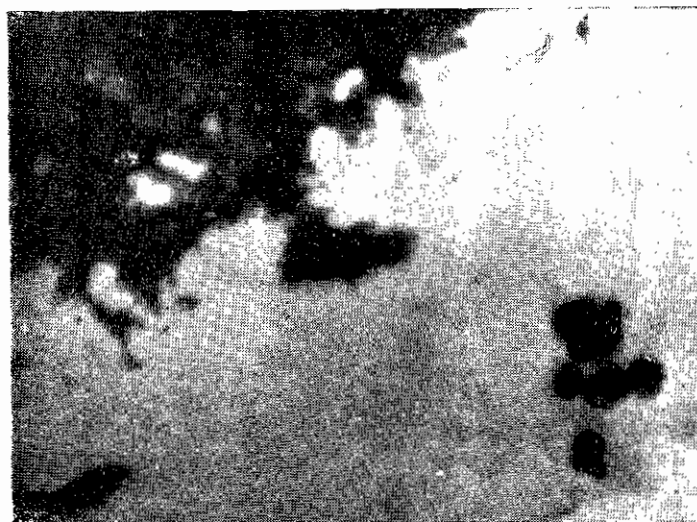


Fig. 33.— Una aproximación de la superficie externa fracturaria, con aspecto deflecado y un acúmulo de hemocitos bien preservados lo cual indica lesión traumática con hemorragia. En ninguna de las dos secuencias fotográficas (1 y 2) hay indicios de reparación la cual confirma la idea de que el traumatismo fue inmediato a la muerte. Aumento 10 x 45.

Primera vértebra cervical: mide 5 por 4 por 3 cm (apófisis espinosa) y no presenta alteraciones de significación.

Estudio microscópico

Se han hecho estudios microscópicos de las partes blancas que cubren el hueso craneal y que corresponden a tejido colágeno fundamentalmente y restos hematoxilínicos y parecen corresponder a restos nucleares. En los cortes histológicos realizados en los tejidos blandos que rodean el área craneal con posible fractura se encuentra tejido fibroso abundante, y se puede reconocer la presencia de tejido epitelial epidérmico con folículos pilosos. En la parte más próxima al hueso craneal se observa restos hemoglobínicos y glóbulos rojos intactos con moderado retraimiento.

El estudio del material óseo indica que está en proceso de descalcificación

Conclusión diagnóstica provisional:

El material óseo estudiado parece corresponder a una persona joven de aproximadamente 16 á 18 años de edad, aparentemente de sexo femenino. El cráneo presenta una lesión posiblemente traumática y que corresponde a una fractura amplia, con hundimiento fronto-parieto-temporal derecha y huellas de una posible trepanación temporal. Todos los huesos corresponden al mismo individuo.

Estos diagnósticos tienen un carácter provisional y están sujetos a modificaciones.

Material de estudios realizados

1. — Fotografías en colores.
2. — Radiografías del cráneo.
3. — Estudio histológico del tejido blando y óseo.

Conclusión diagnóstica. Fractura del cráneo por traumatismo de poco tiempo de evolución previo a la muerte, tal vez inmediatamente previo”.

(Firmado: Dr. Luis Fernán Zegarra, Catedrático Jefe del Dpto. de Patología, Facultad de Medicina U. N. S. A. y Jefe del Servicio de Anatomía Patológica del Hospital General de Arequipa. 12 de octubre de 1965.)

De todo lo expuesto, podemos deducir las siguientes *conclusiones provisionales*:

Primera

El origen de la existencia de restos arqueológicos en el nevado Pichu Pichu fue la fotografía enviada por el señor Joshifuma Takeda, del Japón, en la cual se nota claramente la existencia de una especie de fortaleza o pukara.

Segunda

La primera comprobación de la existencia de restos incaicos en las cimas del Pichu Pichu se debe a la profanación de una tumba por miembros de la expedición mistiana de rescate.

Tercera

La primera comprobación científica se debe a la expedición realizada por miembros de la misión Peruano-Alemana de investigación arqueológica del litoral extremo sur, con los auspicios de la Deutsche Forschungsgemeinschaft (mancomunidad para la investigación y la ciencia alemana).

En esta oportunidad se descubrieron:

- a) Petroglifos a más de 4760 metros de altitud.
- b) Una gradería de un posible camino a 5350 m. s. n. m.
- c) Un mirador de piedras picadas a 5650 metros sobre el nivel del mar.

Se ha comprobado:

- a) Mediante un cateo, que las construcciones de la base del Espolón pertenecen a la expansión incaica en esta zona de Arequipa (llámense éstas, Plaza de Ceremonias, Tumbas, Habitaciones o Tambo).
- b) Que no ha habido profanación de otras tumbas después que los miembros de la expedición mistiana localizaran los primeros especímenes; habiéndose construido la doble muralla a 5634 metros de altura sobre el nivel del mar con materiales que no existen *in situ*.

- c) Se han relevado por primera vez tanto las construcciones de la base del Espolón como la tumba de la parte alta del cerro.

Cuarta

Se ha hecho un estudio arqueológico, paleontológico, antropológico-físico, patológico, y análisis químico de los materiales encontrados en la tumba profanada, así como un estudio geológico de la región del Pichu Pichu, por diferentes especialistas de la universidad de Arequipa. Todo ello lleva a comprobar:

- a) Que los restos encontrados pertenecen a la época incaica de expansión quechua al Kontisuyo (como lo atestigua sobre todo vasijas de cerámica y de madera).
- b) Que la concha no fosilizada de molusco y de aproximadamente 27 millones de años fue llevada al lugar como ofrenda.
- c) Que el cráneo pertenece a una mujer, joven, entre los quince y veinte años.
- d) Que el hecho de haber encontrado lesionado al cráneo y glóbulos rojos en él, justifica el posible sacrificio de la menor.
- e) Que la totalidad de piezas de metal son aleaciones de oro, plata y cobre encontrándose hierro como óxido extraño al enterramiento.

Quinta

Varios cronistas, entre ellos Felipe Huamán Poma de Ayala, Molina y Cobo, nos hablan de sacrificios de niños en el imperio Inkaico como homenaje a sus dioses especialmente al Dios INTI. Puede afirmarse provisionalmente que se trata de uno de estos casos, asunto del que ya nos habla la doctora Grete Mostny, al referirse a la momia del cerro El Plomo (5400 m. s. n. d. m.), en Chile, o el doctor Juan Schobinger, cuando nos describe el hallazgo de la momia del "Cerro El Toro" (6300 m. s. n. del mar), en la provincia de San Juan, Argentina.

BIBLIOGRAFIA FUNDAMENTAL

- ANDES. "The Report of the University of Tokio". Scientific Expedition to the Andes in 1958. (Japonés e Inglés).
- BARRIGA, VICTOR M. Los Terremotos de Arequipa, 1582-1868. Publicado en 1951.
- BUENO, COSME. Geografía del Perú Virreynal (Siglo XVIII). Publicado por Carlos Daniel Valcárcel en 1951.
- CARDENAS PAZ, MARIANO. Los hallazgos arqueológicos del Pichu Pichu. Diario "El Pueblo" del 23 de setiembre de 1963. Arequipa.
- CIEZA DE LEON, PEDRO. Crónica del Perú. Copítulas XLIII, XCIII, etc.
"EL COMERCIO". Ciudad perdido no está en el pico del Pichu Pichu". 4 de mayo de 1959. Lima.
- "EL PUEBLO". Ruinas del Pichu Pichu esconden un inculcable tesoro Incaico. 23 de abril de 1959 y 2 de setiembre de 1963.
- GARCILASO DE LA VEGA. Chímpu Ocllo. "Comentarios Reales".
- HUAMAN POMA DE AYALA, FELIPE. Nueva Crónica y Buen Gobierno. Institut D'Éthnologie de l'Université, bajo la dirección del doctor Paul Rivet. París, 1936.
- LINARES MALAGA, ELOY. El Antropólogo Alemán Friedrich Max Uhle-Padre de la Antropología Andina. Editorial P. L. Villanueva S. A., 1964.
Una expedición iría al Volcón Pichu Pichu a buscar Ciudad Inka. Declaración al Diario "El Pueblo", abril de 1959.
Tumba profanada en los cimas del Pichu Pichu, en "Kontisuyo", Número 2, Boletín del Museo de Arqueología e Historia, 1963. Arequipa.
- MAROVE. Fotografía do origen a un Hecho Histórico. Desde avión Nipón captaron algunas ruinas. Rastrea indicios en elevada y gélida zona. Los Agentes Naturales esculpen un Templo y unas Vírgenes en eterna pose hierática, etc. "El Pueblo" del 18 de setiembre de 1963.
- MOSTNY, GRETE. La Momia del Cerro el Plomo. Boletín del Museo Nacional de Historia Natural. Tomo XXVII, Número 1. Santiago de Chile, 1957.
- RIVERO, MARIANO EDUARDO Y JUAN DIEGO DE TSCHUDI. Antigüedades Peruanas. Editado en Viena en 1851.
- RIVEROS, WALTER EFFIO. Fabuloso tesoro en el Pichu Pichu. Diario "Noticias" del 19 de setiembre 1963.
- SCHOBINGER, JUAN. Descubrimiento de una momia del Período incaico en la cumbre del Cerro El Toro. Publicación N° 7 de la Soc. Amigos de la Arqueología e Instituto de Arqueología y Etnología. Mendoza (Argentina), 1964. Ver ahora: Schobinger, Juan et al.: La "Momia" del Cerro El Toro. Investigaciones arqueológicas en la Cordillera de la Provincia de San Juan (Rep. Argentino). Mendoza, 1966.
- VASQUEZ DE ESPINOZA, ANTONIO. Compendio y Descripción de las Indias Occidentales. Transcripción y comentario del original por Charles Upson Clark en 1948.
- WEBERBAUER, AUGUST. El Mundo Vegetal de los Andes. Editorial Lumén (Lima). 15 de junio de 1945.

EL SANTUARIO INCAICO DEL LICANCABUR
(PROV. ANTOFAGASTA, CHILE)

POR GUSTAVO LE PAIGE S. J.

Licancabur o "Pueblo de Arriba" (*Nota actual*: Yo diría "El Cerro que habla"): sobre la silla entre el volcán de ese nombre y el Yariques, está el centro incásico de la zona (Lam. XVIII y XVIII bis, foto 28). Todos los volcanes, especialmente los extinguidos con una lagunita en su cráter, tenían leyendas de Tesoros del Inca (Toro de oro amarrado con cadena de oro para defenderlo). El Licancabur es una excepción. Las únicas leyendas que tiene son sus hodas con el Quimal y su venganza contra los violadores de su cumbre ya que es un monte sagrado: tiene un santuario auténtico. (Por este motivo el Licancabur no puede vengarse contra el autor de estas líneas, ya que es un sacerdote...).

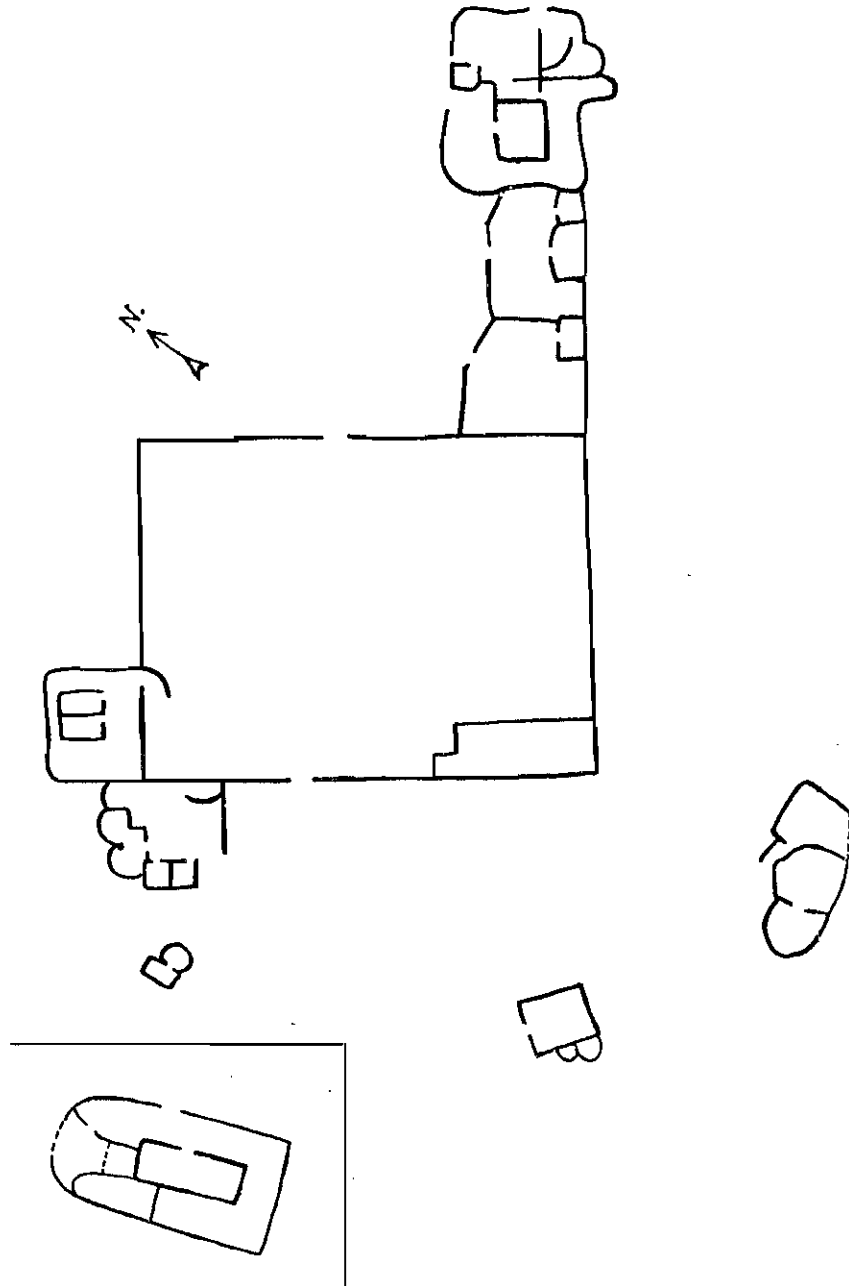
En dos ocasiones (ya tres: la última en 24.XI.66) he subido sus casi 6.000 mts. de altura. En el cráter hay tres pircas; en el medio una semi-circular y de cada lado una cuadrada. Es un santuario con casas para el sacerdote y sus acólitos en la fiesta del solsticio o equinoccio de verano o invierno. Un sendero subía del pie de Licancabur hasta el santuario. (Hacia el Noroeste una cuarta parte pertenece a Bolivia). Quedan ahora 3 ó 4 trozos de 10 a 30 m; el resto está destruido o tapado por los derrumbes de piedras; ese sendero salía de otro santuario al pie mismo del volcán. Éste es una pieza rectangular, ubicada dentro de un patio cerrado por murallas; todo está

Reproducción, con pocos cambios formales, del acápite correspondiente aparecido en "Antiguas culturas Atacameñas en la Cordillera Atacameña. Época Neolítica". *Anales de la Universidad Católica de Valparaíso*, Nros. 4-5. 1957-58. Lo reproducimos, a pesar de su brevedad, a sugestión del autor, por su interés para el tema y por hallarse agotado el artículo citado. Las citas de ilustraciones corresponden al mismo. (*N. del D.*)

hecho con piedras planas superpuestas en capas regulares, modalidad usada por primera vez en la zona. (Lám. XVIII bis).

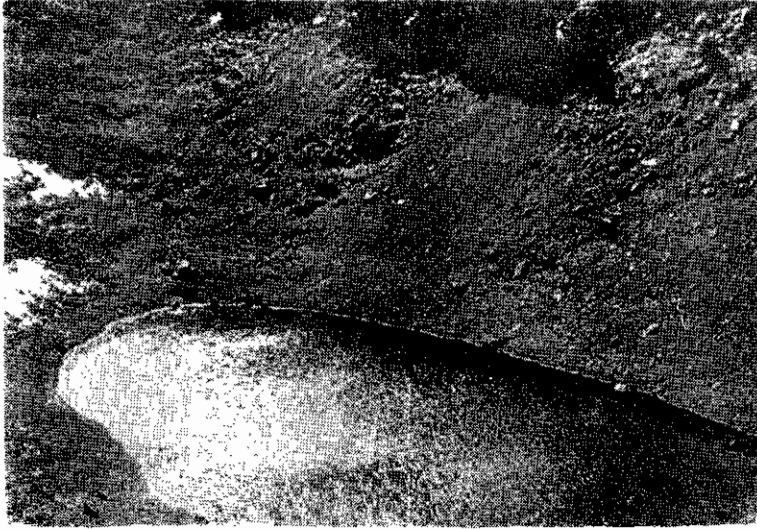
Un poco más abajo está el pueblo religioso con sus patios limpios y regulares, donde la gente que llegaba a las fiestas debía reunirse para bailar y cantar, pues no podían subir al cerro (Foto 28 — Lám. XVIII). Sus construcciones son como las del primer santuario que acabamos de describir. Decimos el primero pues aquí se encuentra un segundo con las casas sacerdotales. En este pueblo no hay un solo mortero, ni piedra para moler, ni herramientas de piedra, ni tumbas: solamente muchos pedazos de alfarería (incásica). Todo esto indica que la gente llegaba como en los lugares de peregrinación actuales, Ayqnina, La Tirana, trayendo sus utensilios necesarios de los que quedaban pedazos en el suelo cuando se retiraban. Aquí necesitaban traer cántaros con agua, pues no hay ninguna fuente (vertiente) cerca, y la "Laguna Verde" a 2 Km, es salada.

Frente al pueblo religioso, al Snr, sobre la pendiente de la silla entre los dos cerros, hay una serie de pircas de casas circulares u ovals, o irregulares, para el alojamiento de la gente durante las fiestas; aseguramos ésto ya que el material sobre el suelo es igual: solamente pedazos de alfarería. Tenemos la certeza de que se trata de un pueblo religioso inca porque la cerámica es incásica; está muy bien cocida, homogénea en su pasta, dibujos pintados de llamitas o pajaritos, platillos con asa en forma de cabezas de pato, etc.



Plano aproximado de las ruinas de construcciones situadas al pie del volcan Licancabur. (Corresponde a la lám. XVIII del trabajo de 1957-58). En el ángulo inferior izquierdo, el conjunto situado 200 más arriba del grupo principal.

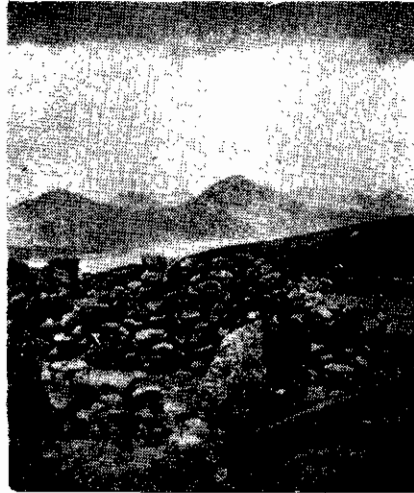
(Lám. XVIII bis)



Laguna en la cumbre del cerro, cerca de la cual se hallan tres construcciones pircadas. (Foto inédita).



Vista panorámica de las construcciones al pie del Licancabur.
(Corresponde a la foto 28 cit.)



Diversas vistas del mismo poblado incaico. (Inéditas).

SANTUARIOS INDIGENAS EN ALTAS CUMBRES
DE LA PUNA DE ATACAMA

*Informe sobre las cuatro expediciones argentino-austríacas
1956 - 1965*

POR MATHIAS REBITSCH *

Primera expedición (1956)

Habíamos sido informados acerca de pircas existentes en la cumbre de una montaña de aproximadamente 6000 m., en el desierto de Atacama (el Cerro Gallán). El fin parcial de nuestra primera expedición atacameña fue esclarecer el significado exacto de esos restos pétreos.

El 5 de enero de 1956 partimos de Buenos Aires Verena y Anders Bolinder —matrimonio sueco—; el andinista argentino Sergio Domicelj y el que escribe. Después de superar una cadena de contratiempos, pudimos partir desde Fiambalá (prov. de Catamarca) con dos arrieros y doce mulas, hacia el norte en dirección al Paso de San Francisco. Ocupaba el primer lugar en nuestros planes el Ojos del Salado, un volcán que en los últimos tiempos se hizo conocido a través de una insistente comunicación periodística de carácter sensacionalista. Según “nuevas mediciones” supuestamente superaría en altura al Aconcagua, hasta entonces considerado el pico más elevado de América. Sin embargo una expedición polaca de cuyas realiza-

* Dirección: Klappholzstrasse 27, Innsbruck, Austria. Fotografías del autor. Traducción por Christian Federico Buchrucker, revisada por J. Schobinger. El texto correspondiente a las expediciones de 1956 y 1958 ha sido seleccionado por el director, del artículo de M. Rebitsch: “In der Puna de Atacama” (Jahrbuch des Tiroler Alpenvereins, 1958).

Véase el trabajo de la Prof. M. D. Millán de Palavecino, en que se describe el material hallado en las tres primeras expediciones.

La ubicación de los sitios puede verse en el mapa que se halla al final del tomo (p. 195).

ciones en este campo tengo el mayor respeto, ya había escalado, por primera vez, el Ojos del Salado en 1937, habiendo medido su altura "solamente" en 6.800 m. El escalamiento fue puesto en duda por parte de algunos. Desde entonces habían fracasado todos los intentos posteriores.

La primera parte de nuestra expedición tuvo éxito: el dos de febrero logré llegar trabajosamente a la cumbre. Mi altímetro señalaba 6.870 m. (Tres meses después, mediante trabajos de triangulación se fijó definitivamente su altura en 6.885 m.).

Sergio debe luego regresar a Buenos Aires. Más tarde vuelven los Bolinder de una exploración realizada por su lado. Habían escalado, por primera vez, el Cerro Aguas Calientes (5.620 m); asimismo el Incahuasi Chico (6.010 m), habiendo realizado una exploración de gran alcance y creando así las bases para posteriores empresas en el área del Paso de San Francisco.

Entonces nos dirigimos, ya acostumbrados a la altura, a la segunda tarea, esto es, a la investigación de las misteriosas ruinas sobre una alta cumbre de la Puna.

Un amigo, alpinista originario de Salzburgo, el Dr. Rolf Dangl, había escalado unos años antes el Cerro Gallán (de aprox. 6.000 m), un notable cono volcánico en el desierto montañoso, el único en los alrededores con manchas de hielo en las paredes de su cráter. Al poner el pie en el punto más elevado del alargado filo de la cumbre, encontré allí, para mi asombro, tres círculos de muros, tapados hasta arriba con escombros. El Dr. Dangl me escribió acerca de esto y nos propusimos realizar juntos una excavación. Por desgracia a último momento se vio impedido de participar.

Verena, Anders Bolinder y yo marchamos desde Angastaco (al oeste de Salta) con un arriero de confianza hacia el Gallán durante 6 días ricos en acontecimientos. Atravesamos un territorio montañoso, abrasado por el calor. Cabalgamos a altura cada vez mayor, a través de barrancas y valles, pasos y estepas. Entonces se presenta ante nosotros el coloso trapezoidal, rojizo, del cerro Gallán. Desde los campos de hielo se derraman aguas de deshielo sobre sus laderas y un arroyito claro como el vidrio con una ancha orla de pastos de un rico verde, rodea el pie del Gallán. Vicuñas huyen como gacelas hacia las laderas.

Levantamos un campamento de altura (5.300 m) junto a los campos de nieve de penitentes en una hondonada del cráter. Anders



FIG. 1. — El autar en la primera de las construcciones del cerro Gallán. (Todas las fotografías son del autor.)



FIG. 2. — Vista lateral de una de las construcciones del Gallán.



FIG. 3. — "Martillos" líficos en la cumbre del Gallán.

y yo ascendimos trabajosamente hacia la cumbre. Al fiu arribamos al punto más elevado. La tormenta nos ataca cou toda su furia, pero es uu momento excitante para nosotros: nos encontramos frente a las "formaciones similares a tumbas" de las cuales informó el Dr. Dangl. La crecida roca de lava está coronada de tres construcciones muradas con planta cuadrangular, de aproximadamente 130 cm. por



FIG. 4. — La primera estatuilla del Gallán.

160 cm. —lo cual permitiría lugar a una momia— y de hasta más de 1 m de altura, construídas con toscos trozos de lava y rellenas con escombros hasta el borde.

Empezamos con investigaciones exteriores. En primer lugar encontramos tres cabezas de martillo graníticas. ¿Sólo podían haber sido hachas de sacrificio — para animales consagrados?

Comenzamos a excavar el interior. En el material excavado aparecen delgados trozos de ramas, semicarbonizados, astillas de hueso quemadas y un diminuto pedazo de cuero. Los recogemos cuidadosamente.



FIG. 5. — Detalle de la segunda estatuillo (como la anterior, de plata).

Antes del crepúsculo bajamos tropezando por las blandas laderas de lava en dirección a la carpa.

A la mañana siguiente Bolinder es atacado por violentos dolores estomacales y por ello se encuentra físicamente muy afectado. Repetidas veces él trata de seguirme obstinadamente, y cada vez vuelve tambaleando y sin fuerzas a la carpa. El segundo día sobre el Gallán. Yo continúo la excavación de ayer en el círculo de muros. Las horas pasan. Casi he llegado hasta el piso. De pronto, entre los cascotes de tierra veo un punto colorido. Se trata de una pequeña y chata escultura de una llama, en forma estilizada, esculpida de un material

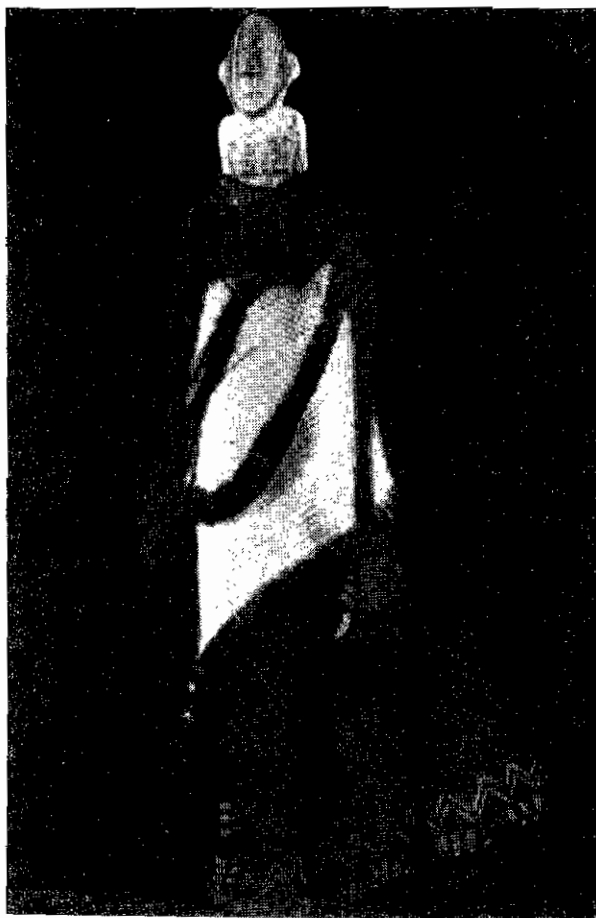


FIG. 6. — La tercera estatuilla (de concha rojiza).

de concha, rojizo y una bolsa de coca. ¡Exvotos, sacrificios simbólicos! Y a continuación extraigo de la oscuridad de los siglos una figura de plata, envuelta en vestidos multicolores en miniatura y con la cabeza rodeada de una corona de plumas de papagayo, al modo de los jefes incas. Tengo en mis manos un “ídolo” de 15 cm; una figurilla de una divinidad, al parecer de la época incaica.

Me dirijo hacia la segunda de las “formaciones similares a tumbas” y sigo allí la excavación con un último esfuerzo de voluntad, hasta el atardecer. Es un peligroso desgaste de mis fuerzas —a 6.000

metros de altura— y en realidad me encuentro al borde del agotamiento. Pero entonces la pala libera otra vez la pequeña figura de una divinidad, esta vez de plata fundida más pura. Los fuertes colores de la vestidura real, como de muñeca, y de la roja corona de plumas, están inquebrantablemente frescos.

Ya es hora de desceuder. Boliuder y el arriero esperan junto a la carpa. La infección intestiual de Auders ha empeorado peligrosamente, y es necesario que baje al campamento principal con don Antonio. Pero la mayor de las tres “formaciones similares a tumbas” en la cumbre, todavía no ha sido abierta. Así, pues, quedo solo en el campamento de altura. El viento asume fuerza de tormenta.

En el tercer día excavo sobre el filo de la cumbre del Gallán, azotado por el viento, en la mayor y última construcción. La capa superior de escombros está endurecida como piedra por el proceso de deshielo, helada y aproximadamente hasta 75 cm de profundidad. Es completamente imposible atravesarla desde arriba. Trabajosamente demuelo los muros circundantes y cavo túneles debajo de la capa helada, en esforzada labor, desde tres lados. Se acerca la noche y se acaban mis fuerzas. Entonces logro agarrar un atado de tela, delgado, similar a un adorno sacerdotal. De éste asoma una cabeza diminuta y chata, tallada como la otra en concha rojiza. Me arrastro fuera del túnel y observo el hallazgo a la luz. En ese momento se derrumba la pesada bóveda del túnel. Un caso fortuito: la figurilla de un dios me ha salvado la vida.

Nuestra tarea está cumplida; en el estado en que fueron encontradas, las construcciones fueron, según todos los indicios, un santuario sencillo y local de los incas. Quizá superpuesto a un santuario prehistórico, mucho más antiguo. Con fuegos de sacrificio, con animales sacrificados, “Intis”, más cercanos al dios Sol.

Después del regreso, las figuras fueron examinadas por destacados científicos. Los hallazgos fueron considerados, entre otras cosas, como “extraordinariamente valiosos para la historia de la cultura”, y su origen incaico y mi hipótesis de un lugar de sacrificio fueron confirmados.

En el lado chileno, sobre el Cerro El Plomo, se encontraron a 5.400 m de altura tres construcciones similares a las de Gallán. En una de ellas se encontró el cuerpo momificado de un niño indígena, sacrificado en la época incaica —probablemente al sol—; en otra una figura completamente similar en el estilo y la vestidura a la del



FIG. 7. — La estatuillo de auquérido (largo 5 cm, tamaño un poco ampliado).

Gallán, de oro. Se vislumbraron así importantes vinculaciones. Con nuestro hallazgo en el cerro Gallán quedó demostrado un sacrificio animal, con el del cerro El Plomo un sacrificio humano de la época indígena antigua, sobre altas cumbres de la Cordillera.

Segunda expedición (1958)

Por amigos y alguna literatura me enteré de la existencia de construcciones de piedra sobre otras cumbres de la Puna de hasta 6.700 m de altura. Examinar estas construcciones misteriosas a tan enorme altura, las cuales datan seguramente de tiempos precolombinos, y esclarecer su función original, fueron los objetivos principales de mi segunda expedición al desierto de Atacama, en el verano de 1958. Su preparación y dirección estaban en mis manos. Participaron: Guzzi Lantschner, quien se había propuesto rodar una película cultural en colores sobre el desarrollo de la expedición y el paisaje de Atacama y sus habitantes, y Emo Heinrich, ambos de Innsbruck. Además mi compañero del Ojos del Salado, Sergio Domicelj, y transitoriamente nos acompañaron desde Salta el hermano de éste, Jorge (de Bs. Aires) y los miembros del Club Andino del Norte, Yosho Cvitanic, Milenko Jurcich y José Robles.

En febrero 1958 partimos otra vez Emo, Guzzi y yo con el ferro-

carril desde Bs. As. en la línea Salta-Antofagasta. Sergio nos seguiría un mes después.

La embajada de Austria y la Federación de Ski y Andinismo nos habían allanado muy eficazmente, por anticipado, todos los obstáculos. Les debemos mucho agradecimiento así como al Club Andino del Norte.

Salta, San Antonio de los Cobres, Caipe. Todavía 70 Km. en un camión traqueteado y llegamos polvorientos a la mina de azufre "La Casualidad" (4.150 m) punto de partida de nuestra expedición. Desde aquí emprendemos las primeras exploraciones en el viejo desierto de Atacama, en su parte más desolada pero más grandiosa. Se trata de la tierra maldita de las salinas, de los gigantescos desiertos de sal. Decenas de millares de Km² de duros y lisos terrones de sal gris. A la distancia, vistos desde las alturas, parecen verdaderos lagos con una superficie algo lechosa y turbia, rizada por el viento. La ilusión de agua es a veces tan completa, que se cree reconocer allí hasta reflejos, islas, bahías y olas. Pero a veces pasamos al lado de verdaderas lagunas, lisas como plomo, alimentadas por las aguas de deshielo subterráneas de los glaciares.

Partimos con un jeep desde "La Casualidad" y nos internamos en el mar pedregoso, sin sombra. Por primera vez vemos nuestra meta, el Llullayacu. En regularidad perfecta surge con blancura de nieve inmaculada a una altura inconcebible, de los cerros violeta—oscuros hacia el cielo azul acero de la Puna, hasta los 6.730 m. Cou filos de roca y lenguas de hielo.

Una montaña maravillosa que invita a escalarla! Se refleja con claridad cristalina en un lago tranquilo verde malaquita, la Laguna de Llullayacu. Sus orillas son un cinturón de sal, con algunos manchones amarillentos de pasto. Vicuñas pastan descuidadamente junto a la orilla. Aves rosados caminan con solemnidad en las aguas estancadas — son flamings. Una vez más creo no haber visto nunca un cuadro de tan maravillosa armonía...

El Llullayacu, totalmente aislado, es la montaña dominante del sector centro-norte de la Puna de Atacama. Cuando los conquistadores españoles en el siglo XVI pasaron a su lado, todavía vieron surgir humo de su cumbre. Como volcán hoy día está apagado, pero sus campos de hielo envían hoy, como entonces, sus aguas de deshielo hacia abajo. Cien años antes de aquéllos habían pasado cerca los Incas en su gran campaña de conquista hacia Chile y habían construido una carretera militar paralela a la costa chilena, y otra al este,

al pie de la cordillera. En el medio se hallaba el Llullayacu. Seguramente existía la urgente necesidad de un medio de comunicación entre ambas arterias. La cumbre Llullayacu es visible cientos de kilómetros. Con sólo un par de puntos de observación podría transmitir señales de humo y fuego, desde la costa marítima hasta el declive montañoso oriental. Jugaba el Llullayacu ese papel en el sistema de comunicaciones incaico.

En efecto, mi amigo el Dr. Dangel, quien había estado ocupado durante un tiempo como médico en la mina "La Casualidad", encontró en la cumbre del Llullayacu dos muros circulares del tamaño de pequeñas cabañas indígenas. Volvió a subir allí con el coronel Rudel y el Dr. Morghen. Rudel emprendió luego una expedición propia hacia estas construcciones. En esa oportunidad Neubert se despeñó mortalmente en una fisura del hielo. Pero debía haber aún más cosas para encontrar y aclarar en este Llullayacu. Seguramente se le asignaba un significado especial en la vida religiosa de los indígenas de la zona atacameña.

Muchas leyendas giran todavía hoy alrededor de él, y en las mentes de los trabajadores de "La Casualidad" existe la acostumbrada historia de un tesoro incaico, que fue salvado de los españoles, ocultándolo en su cumbre.

El Llullayacu está ahora libre de nieve, solo sus tres glaciares relucen blancos entre las rocas pardas de lava. Queremos escalarlo pasando por la lengua de hielo oriental, el camino usual. Nuestro campamento principal está a 4.800 m de altura, y hemos erigido otro a 6.000 m. Había sido un camino torturador con las mochilas repletas. Erno ha contraído una peligrosa infección en la garganta con alta fiebre y debe volver al campamento principal.

Tras dos días de fuerte temporal, intento la ascensión por el lado norte. Llego trabajosamente a unos 6.500 m. Un trozo de madera yace a mis pies! ¿Estoy soñando acaso? Levanto el rostro contra el viento. Casi cien metros más alto se perfilan un angosto portezuelo y muros grises, contra el cielo encapotado! Bajo un saliente rocoso está erigido un cuadrángulo de muros. Apretados entre las piedras de construcción, sobresalen todavía los viejos maderos de la techumbre. Son los restos de un refugio humano.

Solo difícilmente logro llegar, contra las ráfagas del viento, al filo del portezuelo. Entonces veo al otro lado del filo, un par de metros más abajo, otra vez muros, nevados y derumbados. Estos ya



FIG. 8. — El Llullayacu (6725 m). La ruta de ascensión fue por la derecha, donde algo por debajo de la cumbre pueden verse las formaciones rocasas que determinan el portezuelo de los 6550 m.

son los muros básicos de una pequeña casa en ruinas -- a casi 6.600 metros de altura! Con el largavista creo percibir a través de la nevada, todavía más construcciones, más alejadas, una cueva tapiada? Me parece irreal como en un sueño.

Primero exploro metódicamente los alrededores, luego los restos exteriores y al fin recojo restos de cerámica y leños carbonizados. Creo observar también, imprecisamente, indicios de construcciones en la escarpada cabeza de la roca y trato de alcanzarlas. Dedos acalambrados, montones de nieve y el temporal me rechazan. Se han hecho las 19 horas. Sólo 900 m más abajo me espera la seguridad del Campamento I. Con una selección de trozos de leña en mi mochila desciendo en la oscuridad creciente. La tormenta ruge detrás mío, hasta que después de una dolorosa caminata puedo pasar mis zapatos endurecidos por el hielo a través de la abertura salvadora de la carpa.

Tras unos días de espera, y a pesar de la reanudación del temporal, intentamos nuevamente la ascensión. Con Gnzzi llegamos al grupo de ruinas del portezuelo; él filma, yo continúo la exploración externa. En el filo del portezuelo alcanza a distinguirse un estrecho círculo de piedras colocadas alrededor de un negro bloque basáltico colocado verticalmente. Bajo una de las lajas situadas en el interior del círculo se hallaban escondidos atados de pasto seco, excremento de llama y restos de carbón. Se trata de un sitio de fogón, listo para ser encendido.

Continuamos la ascensión. De pronto, la marcha se hace más fácil. Hemos llegado a un camino derruido, con viejas murallas de sostén, colocado en zig-zag. Vemos uno que otro trozo de leña, que alguna vez dejó caer un agotado cargador indígena.

Estamos en la planicie de la cumbre, y nuevamente tenemos paredes de pircas delante nuestro. Se trata de las paredes laterales de dos pequeñas chozas, altas como un hombre, construídas sin relleno o argamasa. Todavía se ven algunos de los sostenes del techo perecedero, constituídos por troncos de madera dura. Esto es lo que descubrió el Dr. Dangl. Alrededor hay más madera diseminada. Y unos 30 metros más allá se alcanza a distinguir otro doble círculo de pircas, probablemente los verdaderos sitios para las fogatas. ¿Qué llevó al Indio a estas alturas, donde la respiración se hace casi imposible y el frío casi nunca sobrepasa los cero grados? ¿La fuerza religiosa, o también razones militares? ¿Transmisión de noticias? ¿La

inapelable orden del Inca? Estamos como fascinados ante este mundo. Tal vez las ruinas del Portezuelo nos den una respuesta a estas preguntas. Debo volver a ellas.

Descendemos, para descansar y preparar un nuevo "asalto". Los amigos del Club Andino del Norte, de Salta, nos ayudan. Debemos subdividirnos, y mientras los demás exploran otros cerros, yo regreso al Lullaiyacu con el propósito de terminar las excavaciones en las "ruinas del Portezuelo".

Tras inconvenientes y demoras que no viene al caso relatar, y acompañado ahora por Sergio Domicelj, instalamos nuevamente un campamento a 6.150 m. Pero éste enferma, y no puede continuar la ascensión. Durante tres días excavo solo en las citadas ruinas, pero con escaso éxito. El año ya está avanzado, y el tiempo excesivamente frío. El hielo acumulado es casi impenetrable. Alcanzo a obtener algún material como marlos de maíz, fragmentos de cerámica y restos de carbón. Regreso, agotado y al borde del congelamiento.

Entre tanto Heinrich, Lantschner, Cvitanic y Jurcich escalaron el Aracar de 6.080 m de altura, el cual se yergue como un gigantesco baluarte en la llanura de sal de la Salina de Arizaro. Había sido un primer avance audaz en esta larga cadena de montañas no escaladas de 6.000 m. Ellos encontraron, en su punto más alto, testigos del pasado indígena: una plataforma artísticamente embaldosada con losas de piedra y haces de leña del grosor de un brazo. Y les pareció como si en el borde opuesto se levantaran algunos muros sobre el lago azul oscuro del cráter. Luego conquistaron contra el viento tormentoso el apagado volcán Antofalla (6.100 m). También aquí encontraron señales de un extraño culto de tiempos legendarios: un recinto en forma de óvalo, demarcado por piedras erectas, y en su centro un cono en forma de monumento, construido de bloques. Encima había una piedra alargada, colocada verticalmente.

Todos juntos recorreremos ahora una parte más agradable de la Puna, hacia la Salina de Antofalla. Repetidamente encontramos, en oasis de la alta estepa, huellas de antiguos habitantes — restos de muros, hachas de mano, cabezas de martillo de piedra dura y puntas de flechas de obsidiana. Acampamos en el valle de Tebenquicho, junto a las sencillas ruinas hundidas de un poblado grande, sumergidas bajo arena y ripio.

Meditamos ante extraños círculos de piedra, filas paralelas de pequeños bloques redondos, bajas columnas crudamente talladas — imágenes del culto cuyo significado hemos perdido. La Puna de

Atacama, hoy casi despoblada, debe haber sido, en un tiempo, en varios puntos, bastante más habitada que hoy.

Con Heinrich todavía escalamos la ancha cumbre del cerro Tebenquicho (5.800 m), sobre la muerta "ciudad perdida". También allí comprobamos la presencia de bajas estructuras de piedra, un círculo de bloques y un haz de leña seca.

La segunda expedición en la Puna llega a su fin. En Buenos Aires se cierra el círculo.

De todos los sitios arqueológicos de las cimas escaladas hemos traído muestras de leña. Su edad podría ser determinada según el método del Carbono 14 y con ello la época cultural a que pertenecen las ruinas. Los hemos entregado a los institutos correspondientes, junto con los demás materiales arqueológicos reunidos. Un juicio concluyente sobre el significado último de las ruinas — ¿lugares de sacrificio, estaciones de señales? — sólo podrá ser emitido después de una valoración definitiva de nuestros hallazgos y observaciones, realizada por científicos especializados. Se han hecho visibles nuevas relaciones, y nuevas preguntas han quedado planteadas. Se han dado a conocer estructuras de piedra de algunas otras montañas. La tarea se hace cada vez más grande allí y debería ser continuada.

En realidad, se ha iniciado un nuevo capítulo en la historia del andinismo. ¡Las altas cumbres de la Puna de Atacama fueron escaladas ya siglos antes de que despertara el alpinismo entre los europeos!

Por su contribución al éxito de ambas expediciones quiero todavía agradecer profundamente a todos los que las han auspiciado. Debo particular agradecimiento a la Argentina, el país huésped.

*La tercera expedición (1961). (Segunda expedición argentino-austríaca al Llullayaco) **

El objetivo de esta nueva empresa común argentino-austríaca fue la continuación y finalización de las investigaciones (no terminadas en 1958) de antiguas construcciones indígenas en el Cerro Llullayaco (6.725 m), en la provincia de Salta. La empresa fue promovida de manera generosa, materialmente por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas e idealmente por la Fede-

* Esta parte y la siguiente tienen el carácter de "informes breves", redactados especialmente por el autor en 1966. (N. del D.).



FIG. 9. — Pircas y leña en la cumbre del cerro Tebenquicho.

ración Argentina de Ski y Andinismo (FASA), el Centro Andino de Buenos Aires (CABA) y por la Dirección de Fabricaciones Militares. En Austria, por el Ministerio Federal de Educación, el Gobierno Provincial de Tirol, la ciudad de Innsbruck, el Club Alpino Austríaco y por el Comité Olímpico Austríaco.

El profesor Leonhard Franz, jefe del Instituto de Pre y Protohistoria de la Universidad de Innsbruck, la recomendó. La empresa austríaca "Steyr-Daimler-Puchwerke" proporcionó el pequeño automotor especializado "Haflinger".

Participantes: Mathias Rebitsch como jefe y Luis Vigl de Sankt Johann en Tirol, austríacos; Benjamín Dixon, Frank Memelsdorff, Ricardo Mendieta, Gerardo Watzl y su esposa Jacqueline — todos de Buenos Aires (CABA), argentinos.

Itinerario: De la estación ferroviaria Caipe (frente a Socompa,



FIG. 10. — El triple conjunto de construcciones adosadas en el "portezuelo" del Llullayacu (6550 m): en primer plano, a la izquierda de la persona, el depósito de leña; al fondo, la habitación; al fondo arriba a la izquierda, el corral. (NOTA: Una de las otras estructuras ubicadas en esta zona puede verse en "La momia del Cerro El Toro", fig. 3.)

en la frontera argentino-chilena) con automotores hasta la mina de azufre "La Casualidad" (4.100 m) y más allá hasta el pie oriental del Cerro Llullayacu. El campamento base se instaló a 5.050 m. (Sitio con agua pero sin pasto ni leña). Con el cargado "Haflinger" se alcanza una altura de 5.860 m; el Campamento I se erige a 6.100 metros en la ladera noreste del Llullayacu.

El primer "ataque": Dura desde el 16 hasta el 29 de febrero de 1961. Durante un día Rebitsch y Vigl, y durante el siguiente los integrantes argentinos de la expedición y Rebitsch, con la pala liberan de nieve a las construcciones del "portezuelo" (6.550 m) tapadas por aquélla. Luego llegan a la misma capa helada, impenetrable a la pala, ante la cual Rebitsch tuvo que detenerse en 1958, después de cavar durante tres días. Para lograr a que dicha capa, ahora liberada del manto de nieve, sea fundida por la radiación debe esperarse hasta

un período de tiempo bueno. Entretanto se acercan a su fin las vacaciones para los integrantes argentinos de la expedición, quienes deben regresar a Buenos Aires. Tambiéu lo hace Vigl, quien ha enfermado.

Segundo "ataque": Desde el 12 hasta el 18 de marzo: Rebitsch y el obrero de la mina "La Casnalidad" Narciso Díaz (salteño), acostumbrado a la altura, continúan las excavaciones en una labor agotadora, esta vez equipados con pesados picos. Aquél debe superar una seria infección intestinal, después de haber consumido carne enlatada en mal estado. Ellos despejan hasta el piso la estancia principal ("habitación") de las "ruinas del portezuelo" a 6.550 m.

El conjunto de construcciones en este sitio está compuesto por:

1) Un muro circular angosto (pirca), antepuesto al "portezuelo" por el este, con restos de techumbre todavía parcialmente conservados, debajo de una saliente rocosa. Un puesto avanzado de observación? Una "casilla de guardián"?

2) Un círculo formado por piedras, en el filo del "portezuelo". En su centro, una losa de piedra plana cubre un montoncito de pastos secos, trocitos de excrementos de animales (de llamas o de vicuñas?); se trata de un fogón abierto, preparado para encender rápidamente el fuego.

3) La construcción principal, compuesta por tres recintos, uno adosado al otro y separados por medio de muros de piedra unidos sin argamasa. El primero de éstos resultó ser un depósito de leña (hallazgos: un montón de leña). El segundo era el "cuarto de estar" verdadero, antiguamente techado. Sus medidas interiores son 2,50 m por 2,20 m. La muralla que mira hacia la montaña tiene por adentro una altura de 3 metros. La que da al valle es de 1 m de grosor en la base, y es doble, estando relleno el espacio intermedio con una masa de arena y pasto duro, impermeable al viento. El techo, ya derrumbado, está compuesto por "tablas" de madera de cacto. La viga o sostén principal, un delgado tronco, tiene casi 4 m de largo; el techo de madera estaba cubierto de una capa de pasto entretrejido y además, afirmado con lajas chatas de piedra.

Hallazgos efectuados en la habitación: En un fogón (círculo de piedras) leños semicarbonizados y restos de cerámica, carozos de fruta (la especie todavía no está determinada), una pequeña mazorca de maíz, una sandalia de pasto (ojota), una estera tejida de hierba y un pedazo de tela marrón oscuro, de tejido burdo. El piso está cubierto por una capa de pasto. Sin duda seres humanos se detenían



FIG. 11. — Detalle de la habitación, con las maderas del techo caídas.

aquí durante algún tiempo, en esta estación media del antiguo camino de subida.

En el tercer recinto adyacente se encontraron excrementos de llamas o vicuñas, y cordeles trenzados con pastos duros y lana. Estaba, según parece, solamente techado hasta la mitad y debe haber servido de corral.

Rebitsch explora a 5.750 m unas pircas y leña amontonada al lado de una charca de agua dulce junto a un bloque rocoso. Con esto se descubre también la allí supuesta "estación de partida" de la antigua ruta de subida. A continuación Rebitsch y Díaz escalan la

rocosa cumbre principal del Llullayacu. En su punto más alto yace todavía un trozo de rama casi tan grueso como un muslo. En la ladera pedregosa, entre el "portezuelo" a 6.550 m y la zona de la cumbre, a 6.700 m, pueden reconocerse todavía en algunos lugares los restos de una angosta escalinata dispuesta en zig-zag, reforzada con pequeños y bajos muros, y algunos trozos de ramas encajados entre pedruscos. Se investigan construcciones nevadas en el lomo de la cumbre. Entonces fallan los caleutadores. No pudiendo soportar durante más tiempo la tortura de la sed, debemos volver a "La Casualidad".

Tercer "ataque": Desde el 29/3 hasta el 4/4/61; Rebitsch y Díaz terminan la excavación en el tercer recinto (corral) de las "ruinas del portezuelo". La cumbre principal es escalada por ellos por 3ª vez. Luego vuelven a investigar las construcciones en el lomo de la cumbre (6.700 m), ya conocidas por Rudel/Dangl y desde nuestra expedición de 1958. Se trata de:

1) La "choza doble redonda", vale decir dos pircas circulares, apenas del alto de un hombre, adosadas, con entradas y la techumbre todavía parcialmente conservada. En ambas piezas interiores solo se encuentran restos de leña. Sin duda, estas pircas a 6.700 m sirvieron en un tiempo a los hombres de refugio, a pesar de toda su primitividad. En un arco de bloques dispersos, que los rodea por el lado oeste, debe reconocerse probablemente el resto de un antiguo muro protector, erigido contra el ventarrón que arremete constantemente desde el oeste. Hacia el este se encuentran antepuestas a las "chozas dobles redondas", dos filas casi paralelas de grandes piedras. Podría tratarse de un muro protector hacia el este. Parecen iniciar un "pase" hacia las rocas de la cima (?).

2º) Los dos semicírculos adosados de piedras superpuestas, situado 25 m al norte de la "choza doble redonda". Hallazgos: leños semicarbonizados. Quizás estos dos muros semicirculares, bajos, abiertos hacia el este, estaban destinados a ser puestos de comunicaciones por medio de señales de humo y fuego (?).

3º) Rebitsch y Díaz escalan, por el lomo adyacente que se eleva con suavidad hacia el N. y N. O., la cima lateral del Llullayacu (6.710 m). Sobre su lado occidental encuentran otra pirca circular con varios leños: un puesto para señales de fuego, con la libre visión del vecino Cerro Chuchulay, de 5.472 m, a 13 km de distancia.

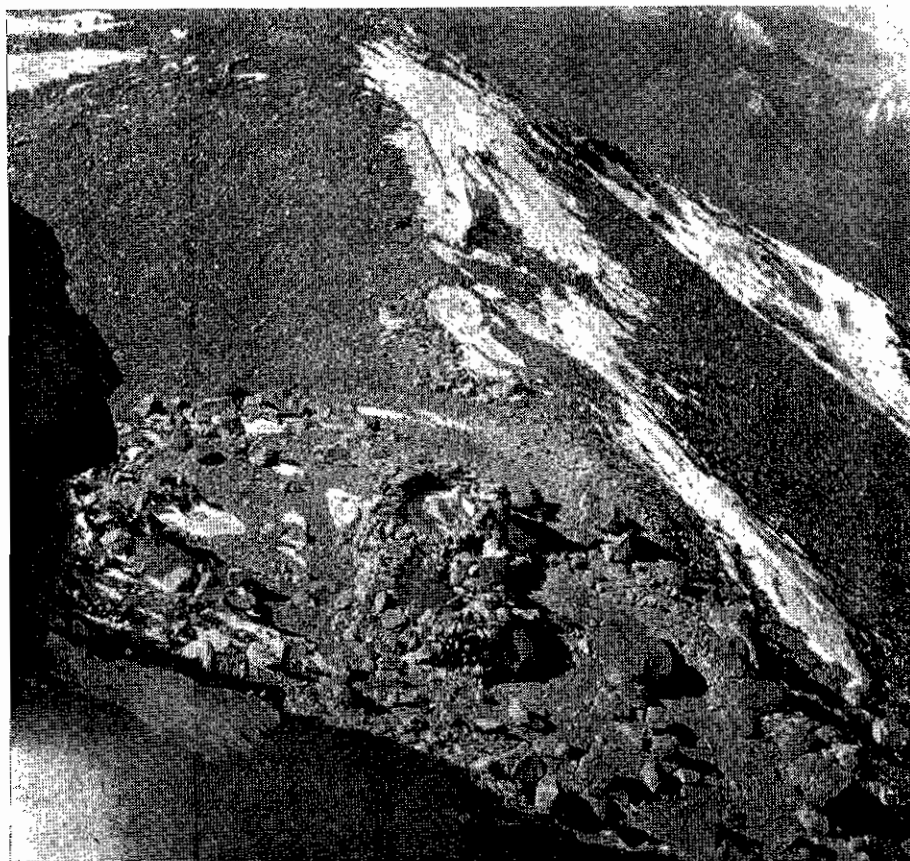


FIG. 12. — Construcciones en la cumbre del Llullayocu. En primer plano, la "choza doble", a la izquierda la protección contra el viento (?), a la derecha el sendero de entrada (?). Al centro las dos piras semicirculares. Al fondo (tocándose con el borde de la figura), la cumbre lateral (6710 m), con la plataforma artificial (ofrendatorio?).

(Obreros de "La Casualidad" afirmaron haber descubierto, en esta cumbre, estructuras de piedra y leña).

4º) Inmediatamente por debajo de la "cima" hay almacenado, protegido contra el viento, más de 1 m³ de leña (ramas secas).

5º) El punto más alto de la "cima" plana lo constituye una plataforma cuadrangular y horizontal, erigida por mano humana, rodeada por muros de 0,50 m de alto. Están ya bastante derruidos por el viento, pero son claramente reconocibles como muros artificiales. Superpuestos a la plataforma hay un cuadrángulo menor, redondeado, de piedra. Debajo de sus losas pudimos extraer pastos car-

bonizados, un fragmento de cerámica y un trozo de paño finamente tejido, con decoración multicolor. La tormenta, el frío inaguantable y el peligro de congelamiento obligan al descenso. Pero la tarea en el Llullayacu está cumplida en lo principal: porque de estos hallazgos sobre la plataforma, erigida en forma de altar, a 6.710 m de altura, puede concluirse que ésta servía de lugar de sacrificio (“mayor cercanía al Sol” . . .). ¿Cuál habría sido su función, de no ser así?

La profesora María Delia Millán de Palavecino examinó el resto de tejido de la plataforma y confirmó su origen incaico. De lo cual puede inferirse que las construcciones en el Cerro Llullayacu fueron ocupadas bajo el dominio de los Incas, por lo menos temporalmente, por seres humanos que en determinados días del año (?) ofrecían en la plataforma (“altar”) sacrificios a la divinidad solar (?).

Quizá el “destacamento” — que probablemente debía ser relevado por turnos — también tenía que mantener continuamente encendido el fuego en la “doble choza redonda” (y en el “portezuelo”), y prestar atención a las señales de humo y fuego de las montañas vecinas para retransmitirlas (???). De ser cierta esta suposición, debería encontrarse en un cerro vecino, a distancia visible desde el “puesto de señales” (semicírculo doble, 6.700 m), una “estación opuesta”. Esto parecería cumplirse en el Cerro Chuchulay (a 13 km. de distancia). También en el Cerro Socompa a 6.100 m, en el ángulo de visión hacia el noreste, se encuentra una construcción correspondiente: pirca circular y montón de leña (según informe del Dr. Dangel). Pero está a 47 km del Llullayacu. Lo mismo ocurre en el Cerro Tebenquicho (5.800 m), junto a la Salina de Antofalla, hacia el sureste, pero a mayor distancia aún (107 km; explorado, como vimos, en 1958). De las elevaciones intermedias todavía no se sabe si ya fueron escaladas (a excepción del Cerro Chuchulay) o si tienen construcciones de piedra. Una serie de cerros elevados deberían ser investigados en busca de posibles “puestos de señales”, partiendo del Llullayacu en dirección a la costa chilena, y por el este hacia el Valle Calchaquí. Con esto se podría comprobar la existencia de una red de puestos de señales incaica, que comunicaría a través de las montañas atacameñas el “camino real del Inca” de la costa con el de la Cordillera. No hay noticias de que los incas hubieran trazado un camino de conexión a través de la Puna de Atacama. Por necesidades militares debía haber existido alguna red de puestos de señales, siquiera elemental, entre estas dos arterias principales del

imperio incaico. ¿Quizás jugaron tal papel en la transmisión de señales las montañas de la Puna de Atacama, que podían ser escaladas por indios carentes de equipo técnico especial (es decir piquetas, sogas y grampones), y sobre cuyas cumbres carentes de glaciares era posible construir instalaciones permanentes? Parece haber una razón para estas reflexiones, pero por el momento hay más razones en contra, cuando se piensa qué gigantesca y complicada organización hubiera sido necesaria para ello en este enorme desierto montañoso de la Puna de Atacama. Además, un sistema de comunicaciones por medio de fuego y humo habría sido dificultado por las condiciones climáticas, especialmente durante el día.

Los trabajos de excavación en el Llullayacu, con su continuo y agotador transporte de grandes pesos, estando nosotros apunados, azotados por las tormentas y el viento helado, sólo pudieron ser efectuados con nuestros esfuerzos más extremos. Cabe destacar la perseverancia y el buen ánimo con los cuales Narciso Díaz trabajó a tan gran altura con las pesadas herramientas de excavación. Él contribuyó considerablemente al éxito final de la expedición de 1961.

Los hallazgos reuvidos fueron entregados al Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires.

La cuarta expedición (1965)

Objetivo de esta nueva expedición argentino-austríaca a la Puna de Atacama, fue la búsqueda de antiguas construcciones indígenas sobre altas cumbres en los alrededores del cerro Ojos del Salado y del Paso de San Francisco. Además, investigar estas construcciones y entregar hallazgos eventuales a los institutos científicos argentinos correspondientes, con explicaciones y material fotográfico para su posterior valoración. La expedición fue muy perjudicada por las condiciones climáticas extraordinariamente malas de este año ("Año del Niño"?), traducidas en fuertes nevadas y tormentas en la Cordillera.

Integrantes: Mathias Rebitsch como jefe; y Benjamín Dixon, Sergio y Joan Domicelj, de Buenos Aires, argentinos. Arrieros: Juan Reales y su hijo Gilberto, de Fiambalá; Víctor Carrizo, de Palo Blanco. El matrimonio sueco, Anders y Verena Bolinder, participaron sólo en la primera parte de la expedición, sin escalar ninguna cumbre.

La empresa fue promovida muy efectivamente, de parte argentina, por la Gendarmería Nacional, la Federación Argentina de Ski y Andinismo (FASA) y por el Centro Andino Buenos Aires (CABA). En Austria, entre otros, por el Ministerio Federal de Educación, el Gobierno Provincial de Tirol y la ciudad de Innsbruck. La empresa fue recomendada también por el profesor Dr. Juan Schobinger, director del Instituto de Arqueología y Etnología de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza), y por el profesor Leonhard Franz, Director del Instituto de Pre y Protohistoria de la Universidad de Innsbruck.

Desde Fiambalá (provincia de Catamarca, departamento de Tinogasta) partió la expedición a principios de febrero de 1965, pasando por Cazadero Grande (3500 m) y por el Paso del Portillo (5050 m) hasta llegar a la Vega Laguna Tres Quebradas (4100 m), erigiendo allí su campamento principal (al sur del Ojos del Salado).

Como Bolinder se sentía enfermo, Sergio Domicelj escaló solo, después de una tormenta de nieve huracanada, la cima norte del Cerro de los Patos (5960). Su esposa Joan lo acompañó hasta los 5600 m. Esa cima fue así escalada por primera vez, pero no se encontró ninguna estructura de piedra. La expedición polaca a la Puna de Atacama de 1937 había encontrado en la cumbre principal del Cerro de los Patos (6250) una pirca circular, pero no había llevado herramientas de excavación. A causa de las masas de nieve fue imposible a Domicelj, por sí solo —a pesar de grandes esfuerzos de varios días—, alcanzar la cumbre principal e investigar la pirca circular que allí existe.

Mientras tanto, Dixon y Rebitsch escalaron, bajo malas condiciones climáticas, el Cerro Azufre (o Copiapó) de 6080 m situado en territorio chileno al este de la ciudad de Copiapó. La expedición polaca había conquistado en 1937 también esta aislada cumbre volcánica, situada algo hacia el oeste de la cordillera principal de los Andes, y para su sorpresa había encontrado pircas. Por falta de tiempo, y herramientas adecuadas, no pudieron realizar ninguna excavación. Por desgracia también se perdió la mayor parte de su material fotográfico en los años de guerra siguientes, y los extraordinarios éxitos de esta expedición polaca a la Puna de Atacama tampoco encontraron la estimación pública que hubieran merecido.

Durante tres días permanecieron Dixon y el que escribe en la zona de la cumbre del Cerro Azufre. Allí encontramos antiguas cons-



FIG. 13. — El cerro Azufre o Copiapó (6080 m).

trucciones indígenas, de una magnitud hasta ahora desconocida a tal altura:

1º) Una terraza colgante horizontal, muy derruida, de 1,50 m de ancho y de 10 m de largo, con saledizos en forma de "bastión" en ambos extremos. Hallazgos: pastos duros entre las piedras de los muros (material para encender fuego?).

2º) Una plataforma con muros de soporte, la cual sobresale horizontalmente a corto trecho debajo del filo angosto y rocoso de la cumbre (por el lado este) y que la corona también por el oeste en forma de "terrado". La plataforma tiene 10 m de largo y en su parte más ancha mide 4 m. El muro circundante, construido con relativa exactitud, compuesto por piedras sin labrar unidas sin argamasa, tiene en algunos puntos más de 3 metros de alto. (Uno de los pesados bloques mide 1 m de largo por 0,35 m de espesor!). La superficie de la plataforma está cubierta por toscas losas. Hallazgos: Pasto seco y restos de leña. Los polacos encontraron en 1937 restos de huesos semicarbonizados y leños.

Sólo pudimos realizar una excavación de cierta profundidad junto al "bastión" norte, ya parcialmente derrumbado, de la terraza colgante. Ésta en gran parte ya se ha derrumbado deslizándose por la ladera empujada y cubierta de nieve. En lo demás tuvimos que



FIG. 14. — Cerro Azufre: lado N.E. de la pared que rodea a la plataforma. A la izquierda abajo: restas de la "terrazza colgante".



FIG. 15. — Idem. Lado E. de la pared de la plataforma horizontal (largo, 10,50 m).

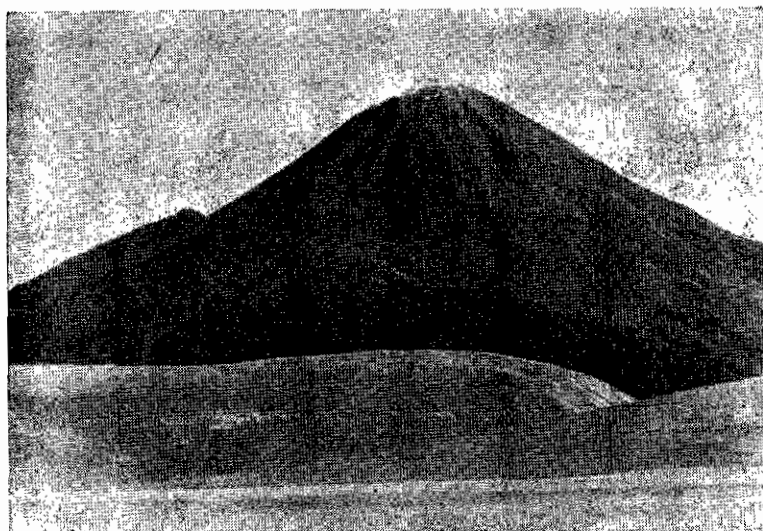


FIG. 16. — Cerro El Peinado (5740 m).

conformarnos con una investigación más superficial, aunque exhaustiva, del complejo total. A consecuencia de las continuas nevadas y del frío, los muros y la capa superior de la plataforma se habían congelado como piedra. Por lo tanto nos fue imposible, entre dos, penetrar desde arriba en el núcleo de la masa de los escombros y explorar su eventual contenido, sin dañar los muros. (Por ejemplo, desgarrando y provocando el derrumbe por su base, del muro circundante en la ladera que da al valle. Probablemente la masa de escombros debajo de la capa congelada se habría deslizado detrás, y habría descubierto su "contenido").

Por lo tanto, por el momento sólo puede afirmarse acerca de estas construcciones en la cumbre del Cerro Azufre a 6080 m de altura, que según toda probabilidad servían a finalidades de culto. Para su erección eran necesarias —junto a las fuerzas de la fe— también un orden inflexible y una organización, de las cuales suponemos que solamente los Incas habían sido capaces.

La 2ª parte de la expedición fue realizada solamente por Rebitsch y el matrimonio Domicelj con el sobresaliente baqueano Juan Reales y el hijo de éste, Gilberto. Su área de operaciones fue la región del Paso de San Francisco. Sergio Domicelj y el que escribe



FIG. 17. — La circunferencia de piedras en la cumbre del Peinado.

escalaron por primera vez el Cerro Dos Conos (5860) situado directamente junto al paso. No encuentran estructuras de piedra. Luego escalan el Cerro El Peinado (5740 m). Ya al pie de la montaña se encuentran restos de cerámica (con decoración sencilla, de tipo no incaico según el profesor Menghin), y al pie de la cumbre algunos trozos de leña, encajados entre bloques rocosos. En el borde del cráter de este volcán de estructura típica, extraordinariamente empinado y difícil de alcanzar en medio de un total desierto montañoso, descubrieron: 1) Un anillo de piedras dispuesto sobre el piso pedre-



FIG. 18. — Muro semicircular (Cerro El Peinado).



FIG. 19. — Muro apoyado en un bloque rocoso (id.).

goso (diámetro: 1,10 m), con un resto de leña semicarbonizada. 2) Un muro en forma de arco, derruido por el viento, de 6 m de largo y 60 cm de alto, con unos pocos haces de pasto duros. ¿Lugar de sacrificio? 3) Apoyado en un bloque rocoso, un pequeño muro rectangular de 1,80 m por 2 m y 0,60 m de altura, con indicios de peldaños. *Hallazgos*: pastos duros, restos de leña. ¿Se trata de un refugio para protegerse del viento, originariamente techado? 4) Una losa de piedra de 1,40 m de alto, erigida verticalmente, afirmada con bloques y terminada en punta.

La parte más profunda del cono del cráter, parcialmente cubierto con azufre, lo ocupa una pequeña laguna, de aproximadamente 5 m de diámetro.

También estas construcciones en la cumbre del Cerro El Peinado, en su conjunto, indican que los indios tuvieron aquí un lugar de culto.

Cabe agregar que 15 Km al norte del Cerro El Peinado existe, en una hoya protegida del viento, una laguna habitada por flamings con un poco de agua algo estancada, pero todavía potable, con un borde de pasto duro; en las inmediaciones hay fuentes termales y pircas en ruinas. Allí a 3500 m se instaló el campamento base de la expedición.

Los hallazgos fueron entregados en Buenos Aires al profesor Dr. Osvaldo Menghin. *

* Para principios de 1968 se halla planeada otra expedición por parte del autor. El mismo tiene en preparación una obra amplia sobre sus expediciones y hallazgos en la zona andina, a publicarse en Alemania. (N. del D.).

DESCRIPCION DE MATERIAL ARQUEOLÓGICO
PROVENIENTE DE YACIMIENTOS DE ALTA
MONTAÑA EN EL ÁREA DE LA PUNA
(FORMAS DE INDUMENTARIA Y TÉCNICAS TEXTILES)

POR MARÍA DELIA MILLÁN DE PALAVECINO

(Con un apéndice por Josefa Patti de Martínez Soler)

En la cumbre del cerro Llullaillaco de Salta, en el cerro Gallán de Catamarca, y en los nevados del Chañi de Jujuy, así como en el Aconquija y más recientemente en el cerro El Toro de San Juan con alturas de 6000 a 6700 metros sobre el nivel del mar, se han verificado hallazgos arqueológicos consistentes en construcciones diversas, corrales de pircas, recintos rectangulares o circulares y objetos arqueológicos, entre los que se encuentran ricos ajuares de vestimenta tejida.

Esas piezas tejidas provenientes de los yacimientos del área de la Puna se encuentran en el Museo Etnográfico: son las correspondientes al Nevado del Chañi, al Cerro Llullaillaco, y al Cerro Gallán.

Es interesante puntualizar que los pequeños idolillos de plata de este último sitio, con una vestimenta completa, son muy semejantes a los del área chilena del Cerro El Plomo y que acompañaban el ajuar de la momia, cuyo estudio realizado en el Museo de Historia Natural de Santiago de Chile lo presenta también como un yacimiento de altura.

Un hallazgo del mismo tipo consistente en una momia con su rico ajuar pertenece al área de Cochino en la Puna Jujjeña, aunque a menor altura, conocida en la bibliografía como la "Momia de Salinas Grandes" (v. Boman, 1918).

Los análisis de los tejidos del Cerro Llullaillaco, de los nevados del Chañi, del Cerro Gallán, así como también los de la momia de Salinas Grandes resultan por su técnica, forma de las prendas y algunos de los elementos de uso común, como por ejemplo la honda

y también el tocado, de un absoluto carácter correspondiente al período cultural incaico. *

1) UNA MOMIA DE NIÑO Y SU AJUAR HALLADO A 6.000 M. DE ALTURA EN EL NEVADO DE CHAÑI (prov. de Jujuy).

En el año 1905 la Expedición del Teniente Coronel E. Pérez, en su ascenso al Nevado de Chañi obtuvo de un enterratorio, la momia de un niño de una edad aproximada de 6 años, con su ajuar funerario.

El infante llevaba puesta como vestidura una túnica o *uncu*, y una vincha de hilos torcidos ceñían su frente. Integraban el ajuar, además: un peine de caña, dos ponchitos (uno rojo y otro arena), dos fajas de colores, una bolsa tejida y recubierta con plumas que contenía hojas de coca, dos pares de sandalias u ojotas correspondientes al pie del niño, un estuche de caña pirograbado, y un disco de barro cocido que en su centro tiene una prominencia, con perforación (para ser sostenido). También parece haber formado parte de este conjunto un pequeño cuadrúpedo modelado en arcilla cocida.

Estos materiales integran las colecciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Las diversas piezas constituyen elementos para la reconstrucción del ajuar infantil. ¹ El peine de caña, el botón de alfarería y los fragmentos de tejidos de doble faz o con revestimiento de pluma, indicarían una edad avanzada en el conocimiento de las manufacturas, especialmente en el arte textil.

Las técnicas textiles empleadas son: faz de urdimbre, doble faz, falsa doble faz, tipo de tapicería por recubrimiento con plumas y obtenido por costura.

En los colores se destacan el uso de los tonos naturales tostados; los teñidos son solamente al azul y el rojo. La decoración es franjeada y de damero, además de la decoración por revestimiento de plumas. En las costuras y terminación de los bordes se observa la

* Este artículo se dedica a la descripción del material proveniente de estos cuatro sitios, sobre la base de informes elevados al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas en 1963. Por separado se ha publicado el estudio de las vestimentas que constituían el ajuar de la "Momia" del Cerro El Toro (M. de Palavecino, 1966). Para la ubicación y características de los yacimientos excavados por Rebitsch, véase su artículo que aparece en este mismo tomo. (N. del D.).

¹ Varias piezas del ajuar llevan en conjunto un solo número en el catálogo y una letra además para cada pieza.

decidida intención de convertir un elemento imprescindible en factor de embellecimiento de la tela.

Las prendas del ajuar corresponden a las que se hallaban en uso en el período de los Incas. Del análisis del material textil y de otros elementos, así como de la consideración del enterratorio en su conjunto, surge un notable paralelismo con los yacimientos de los cerros El Plomo y El Toro, permitiendo inferir que se trata en el caso del Nevado del Chañi asimismo de un sacrificio humano.

DESCRIPCIÓN ANALÍTICA

Nº 321.— TÚNICA, envoltura de la momia en tela marrón oscura, de una sola pieza, terminada en sus bordes con un galón ejecutado aparte y aplicado posteriormente; el galón dibuja un cuadrulado de blanco y negro.

La túnica mide 820 mm. en su largo total y 900 mm. de ancho.

Observación: hajo el mismo número figuran el cuerpo de la momia, la envoltura de la misma y la vincha que ceñía su frente.

Nº 328 A.— MANTA, grueso tejido de lana de alpaca con tres bandas de tela iguales, unidas con las clásicas costuras de adorno. Sobre sus bordes extremos las terminaciones se destacan con un encadenado de hilos contrastantes en rojo sobre el color natural del fondo. Mide 1400 mm de largo por 1200 mm de ancho; cada handa o paño mide 400 mm.

Técnica de faz de urdimbre. Densidad: 9 tr. x 6 urd.

Nº 328 B.—MANTA, tejido de lana de color natural, en guanaco, es de color natural el fondo y con anchas franjas de marrón oscuro a cada lado, las que están dispuestas en el sentido longitudinal de la tela; los bordes están revestidos con una terminación hecha a la aguja y con el punto llamado de enlace o festón. El tejido, hecho en dos partes, está unido al centro con la clásica costura usada en esa área, para dar dimensión a una prenda. El tejido es muy fino y podría ser un fragmento grande perteneciente a una túnica o "uncu".

Densidad: 19 urd. x 11 tr.; la técnica es de faz de urdimbre y mide 500 mm x 700 mm.

Nº 328 C.— BOLSA o "chuspa", tejido de lana de alpaca de color oscuro con franjas blancas. La trama es fina, de lana de llama. El hilo es retorcido. De uno de los extremos de la boca parte una trenza que probablemente sirvió de pasamanos.

Técnica de faz de urdimbre. Densidad: 17 urd. x 9 tr.

Nº 328 D.— TEJIDO (frag.), tela áspera y gruesa hecha de lana de llama y guanaco; las fibras han sido hiladas y retorcidas. El hilo ha sido preparado en dos colores, y después retorcidos los dos cabos.

Técnica de faz de urdimbre.

Densidad: 5 urd. x 3 trama.

Observaciones: La cantidad de hilos resulta sumamente poca si se compara con piezas cuyo porcentaje de hilos por cm² es 10 veces más; este espécimen por la cantidad de hilos en cm² está mostrando ser uno de los tipos más toscos, y es el más grueso tejido de este ajuar.

Nº 328 E.— MANTA de grueso tejido de lana de llama; es una prenda ejecutada en tres partes iguales de tejido, midiendo cada banda un ancho de 47 cm. y las costuras de unión están hechas con hilos de lana de llama del mismo color. Ofrece la particularidad de ser una pieza integrada por tejidos iguales; pero hechos separadamente (como otras piezas de este ajuar). La extensión total es de 1300 mm.

Técnica de faz de urdimbre. Densidad: 15 urd. x 9 tr.

Nº 329.— BOLSA o "chuspa", de tejido de lana muy fino, en color blanco y con un revestimiento de plumas blancas también.

Sobre la base del tejido las plnmas están dispuestas en líneas horizontales y formando una orla alrededor de la bolsa sobre ambas caras. Una serie de 13 hileras que abarcan principalmente la parte central.

Para asegurar las plumas al tejido éstas han sido aseguradas a un hilo, el que a su vez es llevado y cosido con otro hilo al tejido de base. De esta manera queda la cubierta superior de este emplumado asegurado pero con flexibilidad. La bolsa es de un blanco natural lo mismo que las plnmas e hilos que la sostienen, resultando en conjunto una pieza delicada. La terminación del borde superior o boca de la bolsa tiene restos de una red de lana que parte de la misma bolsa.

Técnicas: faz de urdimbre para el tejido de la bolsa, de red en su terminación de la boca con una decoración adherida de tapizado de plumas, recurso conocido en el área de la Pnna.

Nº 324.— PONCHO, resto de tejido de lana, de fondo rojo con listas azul verdoso y arena; al centro está unido por una costura de adorno de "punto de espina". Mide 330 mm de ancho; el largo no puede controlarse. Técnica de faz de urdimbre. Densidad: 10 urd. x 8 tr.

Nº 325.— FAJA de casi 4 m de largo; es de tipo "doble faz unida" con dos colores de hilos alternados para producir un efecto de enadrículas más anchas que altas. Los colores empleados son azul muy oscuro, marrón, en dos tonos y arena, en total son dos colores y tres tonos con esta alternancia:

Azul y arena
Azul y marrón
Arena y tostado
Tostado y arena

La técnica es de doble faz unida y las urdumbres producen el efecto de pequeños cuadrantes.

Nº 326.— FAJA con dibujos recíprocos en ambas faces del tejido, en colores rojo, azul y natural. Los bordes de la faja son redondeados (no planos), efecto producido por una trama que en lugar de regresar a su punto de partida sigue siempre girando en un sentido de espiral ascendente.

La terminación de los extremos está efectuada con trenzado de los hilos sobrantes.

Técnica de doble faz con tramado espiralado produciendo sobre los lados un efecto grueso y redondeado en los bordes. La densidad del tejido es de 8 urd. x 6 tramas.

Nº 327.— TÓNICA o MANTA (frag.), tejido de lana de vicuña finamente tejida y en color natural. Sobre los bordes lleva franjas con una combinación de colores en rojo laca y negro que encierran una franja dibujada en damero de blanco y negro.

El fragmento mide 700 mm. en su parte más ancha. Sobre los lados hay una terminación de tejido aparte y aplicado posteriormente a la tela. Todos los detalles del tejido, el adorno y los galones aplicados, lo indican como una pieza correspondiente a un período de alto conocimiento en la técnica.

Técnica de faz de urdimbre y falsa doble faz. Densidad: 17 urd. x 9 tr.

Nº 328.— PEINE de cañas, unidos los dientes entre sí por medio de hilos que en forma alternada van de derecha a izquierda formando un dibujo de espinas y que sostienen el conjunto. El peine tiene de largo 50 mm; solo se ven aparecer los dientes por 20 mm escasos, el resto está recubierto por el denso trabajo ornamental de los hilos de colores.

El material empleado es vicuña en dos tonos de pardo y formando un dibujo de zigzag.

Nº 331.— OJOTAS; dos pares, de triple suela y cosidas entre ellas con tiento muy suave en puntadas. Miden aproximadamente 120 x 55 mm.

APÉNDICE AL § 1

DESCRIPCIÓN SUMARIA DEL NIÑO NATURALMENTE
MOMIFICADO DEL CERRO CHANI

por Josefa Patti de Martínez Soler

Se trata de una momia de un infante de unos cinco años de edad, aproximadamente, cuyo sexo no se puede determinar.

Su posición "in situ" debió ser vertical. Tiene la cabeza fuertemente inclinada sobre el pecho y la columna de la zona dorsal y cervical con una marcada incurvación hacia adelante. El brazo izquierdo flexionado con la mano tocando la cara y el derecho con el antebrazo formando casi un ángulo recto con el brazo que está apoyado sobre el tórax y con los dedos de la mano apretados sobre la palma que está hacia arriba.

Las piernas flexionada, formando un ángulo con el tórax y con los muslos ligeramente dirigidos hacia la derecha y el pie izquierdo, que es el único que se conserva, toca casi la región glútea.

De la pierna derecha sólo queda el muslo.

Del cráneo casi desprovisto de los músculos se conserva únicamente la cara y parte del frontal del lado izquierdo, el que no parece haber sufrido deformación intencional alguna.

Falta totalmente el cráneo neural.

Quedan restos del cabello que es color castaño bastante claro, posiblemente decolorado.

La momia se halla totalmente ennegrecida.

Por tratarse del cadáver de un niño de corta edad, no sería comparable los índices obtenidos sobre mediciones del mismo con series de adultos, y no es posible por lo tanto, determinar con precisión su origen racial (que podría quizá ser asignado al tipo andino por la zona en que ha sido hallado).

NOTA: El estado de los restos no permite presentar un estudio más completo.

2) YACIMIENTO DE OFRENDA: *Figuras de plata antropomorfas con su atavío completo, procedentes del Cerro Gallán.*

En el año 1956 el Sr. Mathias Rebitsch, escaló el Cerro Gallán (prov. de Catamarca). A los 6.000 m de altura descubrió un sitio con un notable ajuar, que dadas sus características le hizo suponer que se trataba de una ofrenda, y que probablemente ese lugar era sitio destinado a sacrificios y otras ceremonias.

El valioso material obtenido fue donado por su excavador al Estado Argentino, pasando a integrar las colecciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras.

Las figuras de plata mencionadas están modeladas; son dos figuras femeninas que llevan las manos puestas sobre el pecho y en su tocado las trenzas están atadas hacia la espalda. Lo importante de esta pequeña colección es que las figuras de plata poseen una rica vestimenta de piezas tejidas cuidadosamente en el estilo que estuvo de moda durante el período incaico. Los vestidos consisten en prendas tejidas muy finas de alpaca y vicuña y adornos de plumas de colores para el tocado. Por su atuendo representarían personajes de destacada posición social. *

La forma de las prendas tejidas, las técnicas textiles clásicas en un alto nivel del dominio de la técnica, los dibujos tejidos, el hilado mismo indican que ellas pertenecieron al último período del tiempo prehispánico.

Siendo el ajuar y las técnicas muy similares, describiremos sólo el perteneciente a una de las estatuillas de plata (ver fig. 2).

La indumentaria está integrada por siete piezas tejidas:

3 de forma cuadrangular y rectangular.

1 túnica.

1 honda.

2 fajas.

2 "topu" de plata (alfiler para sostener el manto).

El tocado consiste en una especie de casco recubierto totalmente de plumas.

No teniendo este material número de catálogo, para la descripción que sigue, quedará ordenado, como en casos análogos, con el sitio o procedencia, Cerro Gallán y una letra de orden. La serie de las piezas es la siguiente, tal como la lleva la figura.

* También se halló en interior de las construcciones una figurilla recortada en concha, y en el mismo material una pequeña llamita. (N. del D.).

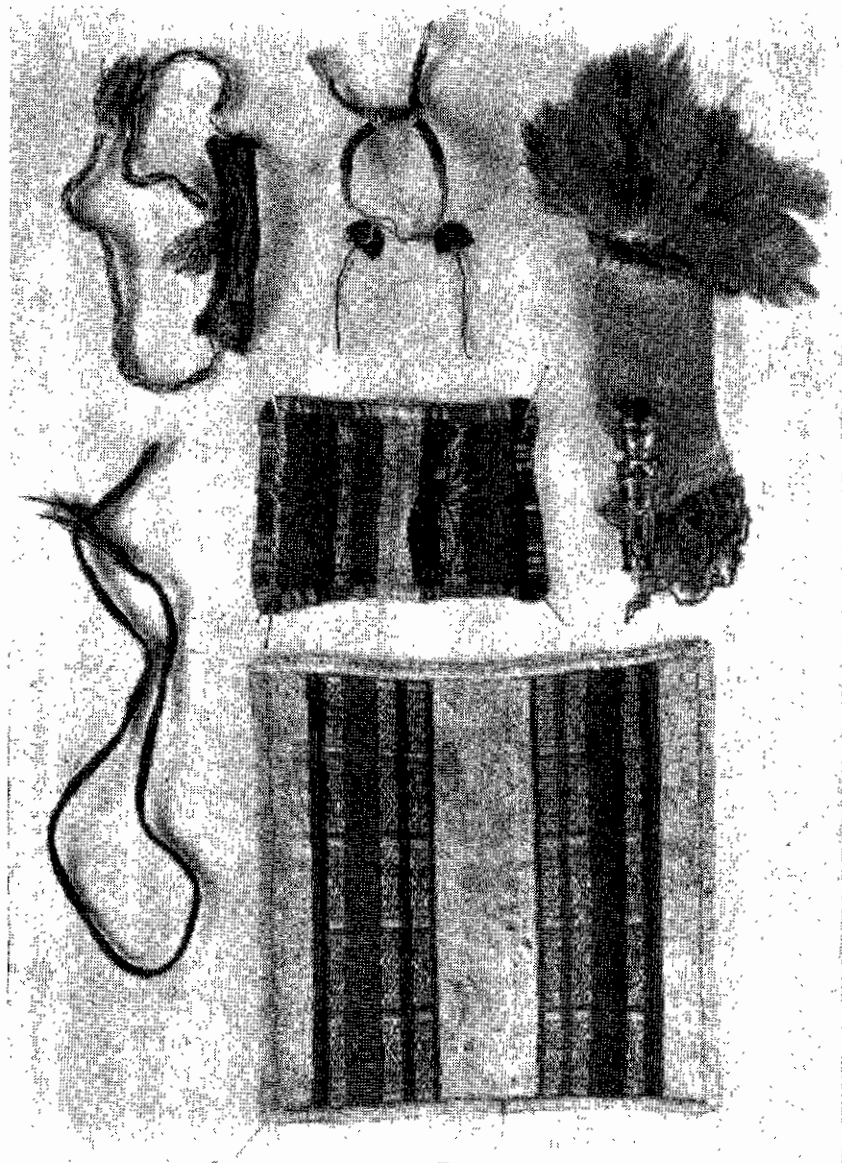


FIG. 1. — Cerro Gollán: una de las estatuillas de plata y su indumentaria.
(Foto Museo Etnográfico.)



FIG. 2. — La otra estatuilla de plata y su indumentaria tejida. En el centro se halla la tercera estatuilla (de cancha), sin sus vestiduras. (Foto Museo Etnográfico.)

- a) TEJIDO rectangular de lana de alpaca, mide 110 mm. x 60 mm. Consiste esta pieza en un rectángulo que envolvía el cuerpo como primera prenda colocada sobre el mismo. Es de fondo blanco con un filete en su derredor de color rojo y negro.
Densidad: 44 urd. x 13 trama.
Técnica: faz de urdimbre; para los bordes se han usado las costuras ornamentales: punto de enlace, el que es acostumbrado en los tejidos muy perfeccionados.
- b) TÚNICA o "uncu", tejida en color negro total y con guardas en zigzag en el borde inferior. La guarda está hecha con aguja y colores negro, verde, y rojo; las uniones de los costados son también en colores destacados. En la boca lleva un refuerzo de color negro.
Medida: 130 mm x 70 mm.
Densidad: 30 urd x 14 tr.
Técnica: faz de urdimbre.
Observaciones: esta pieza va colocada inmediatamente de la envoltura inscripta con la letra (a).
- c) MANTO del fondo blanco con rayas verticales en colores azul, alternadas con franjas rojas que equivalen en su medida a la franja blanca del centro. Esas franjas tienen un labrado hecho con líneas de doble faz falsa. El contorno tiene un festón ejecutado con los mismos colores de las franjas.
Densidad: 26 ur. x 12 tr.
Técnica: faz de urdimbre.
Mide: 100 x 100 mm.
- d) MANTO de mayor tamaño que el anterior, combinándose los colores rojo y blanco para fondo, interrumpido por dos franjas granate dentro de las cuales hay un dibujo en zig zag de pequeños rectángulos. Los dibujos están hechos con hilos amarillos, y el borde es terminado en colores verdes, amarillo y rojo, o sea, repitiendo los colores del tejido en total.
Mide: 140 mm x 120 mm.
Densidad: 33 urd. x 8 tr.
Técnica: de faz de urdimbre y doble faz de tipo unido, los bordes están unidos reforzados con punto de enlace.
- e) FAJA de doble faz, con dibujos sinuosos en amarillo y verde, terminando en los extremos con trenzados de los hilos.
Mide: 170 mm x 10 mm.
Densidad:
Técnica: de doble faz en su tipo unido.
Observación: el motivo decorativo es idéntico a los registros actuales de los tejidos de los collas.
- f) HONDA con dibujos de "ojos", en color azul, combinándose con rojo y arena. La honda está hecha en tamaño muy pequeño. La honda rodea

el cuello del idolillo y va ceñida por delante con "topo" de plata.

Medida: 70 mm x 10 mm.

Técnica: doble faz unida.

- g) TIARA de plumas rosadas y rojas insertas sobre un casco hecho de lana de vicuña con técnica de malla apretada, y con el borde correspondiente a la frente y reforzado. Las plumas están dispuestas recubriendo al gorro de red y se despliegan hacia arriba en forma de abanico. Desde la parte correspondiente a la nuca parte un manto de lana blanca que tiene la altura misma del pequeño ídolo. El tejido mide: 50 mm x 100 mm; la tiara de plumas en su extremo más ancho mide: 90 mm y es el alto total 60 mm.

3) MATERIAL ARQUEOLÓGICO DEL CERRO LLULLAILLACO ²

El señor Rebitsch ha entregado al Museo Etnográfico una serie de elementos arqueológicos obtenidos durante su viaje de exploración a las zonas adyacentes a la cumbre del cerro Llullaillo (6.725 m, prov. Salta, límite con Chile), a cuyo pie se nuclean grupos de pobladores chilenos, bolivianos y collas que trabajan en las minas de azufre.

Poco más abajo de la cumbre y a la altura de 6.710 m está el lugar denominado por Rebitsch en su informe, Segunda Cumbre o Altar, porque hay allí una roca basáltica de superficie lisa, inclinada y rodeada de piedras. Cercanas a ese punto se encuentran restos de viviendas con muros de diferentes piedras de tamaño y composición.

A 6.550 m hay un desfiladero o "portezuelo" donde quedan restos de viviendas, cuyos techos han caído sobre el piso. Son mazos de "pasta duro" entremezclados con restos de las esteras que primitivamente cubrían y formaban parte del piso.

"En ninguna de las viviendas se encontraron restos humanos, de modo que fue este lugar no de vivienda sino de concurrencia ocasional y en determinadas épocas, pero nunca enterratorio". (Informe de Rebitsch).

De una de esas viviendas proceden varios fragmentos de tejidos finos de lana cuyo carácter es de filiación incaica.

El conjunto está constituido por los restos de una instalación de

² El estudio de las piezas tejidas y de todo el ajuar que integraba este yacimiento fue oportunamente elevado al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. No habiendo sido aún ingresadas a Catálogo, para su identificación se le ha dado provisoriamente una letra de orden a cada pieza.

altura con variados elementos representativos de la cultura material. Estos vestigios permanecieron bajo la nieve y la tierra congelada, contribuyendo este hecho a la buena conservación de las piezas.

Aparecen también otros elementos asociados al hallazgo como ser fragmentos de cerámica, semillas, flor de tola, restos de vigas, trozos de madera de cardón y algarrobo negro. Entre los muros que son dobles, se hallaron sogas de pasticho o pasto puna, trenzadas y que, dispuestas en zigzag entre los dos muros, formaban un zócalo y además una capa aisladora.

En los restos textiles hay filatura fina, gruesa, y de vegetales empleadas directamente, sin ninguna torsión. Del análisis resulta evidente que se emplearon distintos materiales y técnicas correspondientes a distintos períodos culturales (véase el comentario final).

DESCRIPCION ANALÍTICA

- a) TEJIDO (frag.) de lana, ejecutado con técnica de faz de urdimbre trabajado con hilos de lana muy fino.
Colores: de fondo siena natural y rojo con líneas azules (hay deterioro de la materia colorante).
Los bordes son de galón muy fino labrado con el mismo tejido.
Densidad: 28 urd. x 9 tr.
- b) TEJIDO (frag.) de lana con técnica plana la que es obtenida por un entrecruzamiento de hilos en dos direcciones y algo entre abierta. La urdimbre es color gris y la trama color arena, el hilado torcido de dos cabos, textil de lana de alpaca y de guanaco en dos colores. Hay un pequeño resto de costura de adorno que la indicaría como resto de vestidura.
Densidad: 17 urd. x 7 tr.
- c) CUERDA de lana y pelo. Cuerda de hilo retorcido con tres ramales formando una gruesa cuerda. Hay residuos de lana de vicuña, de guanaco y de pelo dispuesto para hilarlo conjuntamente. Fibras hiladas sin separar la especie lanosa del pelo; la lana presenta caracteres salvajes y rústicos.
- d) SOGAS de dos y de tres cabos, de fibras torcidas cada una con anterioridad. Conjunto de sogas preparadas en haces continuados para obtener su extensión; "hilado por arrollado a mano"; con la técnica anterior al conocimiento del hilado en el huso. Se conocen con el nombre de sogas o torzales.
Las torsiones son distintas de espesor habiendo ejemplares que se componen de varios cabos de distintos grosores.
Estaban las sogas ubicadas en la base de la construcción, dispuestas en forma serpeante o zigzag para servir de sostén y base a las piedras del muro. La soga es de 150 mm de diámetro. El grupo está integrado por

FIGURAS. 3-11. — Hallazgos de Rebitsch en la habitación del "portezuelo" (6550 m), en el cerro Llullaillaco. Fotos M. Rebitsch (tomados durante la expedición de 1961).

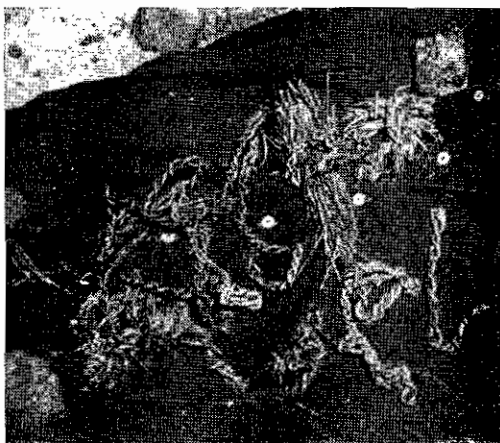


FIG. 4. — Cuerdas de lona y pelo.

FIG. 3. — Restos de piezas tejidas.



FIG. 5. — Sogas, de fibras vegetales.

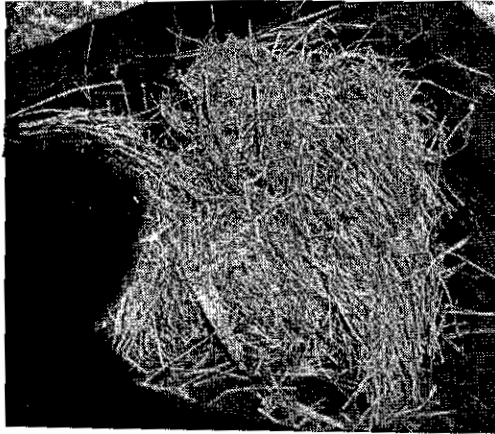


FIG. 6. — Paja procedente del piso.

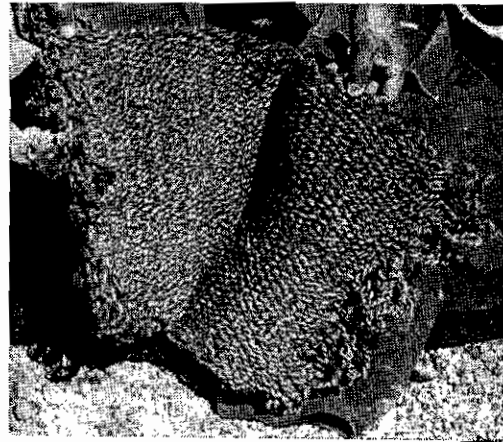


FIG. 7. — Saco o talega, de fibra vegetal.

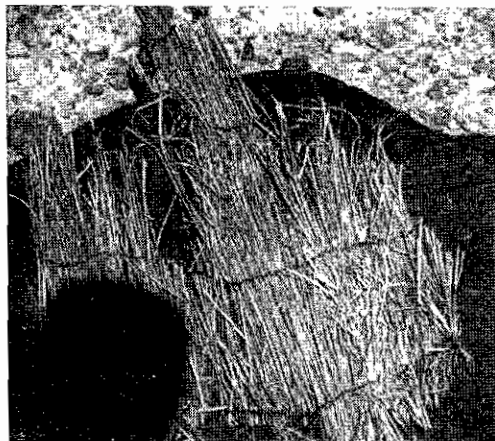


FIG. 8. — Estera de haces de pasto duro, unidos por medio de hilos de lana (para colocar sobre el techo de madera de cardón, según Rebitsch).

FIG. 9. — Sandalia confeccionada con pasta dura.

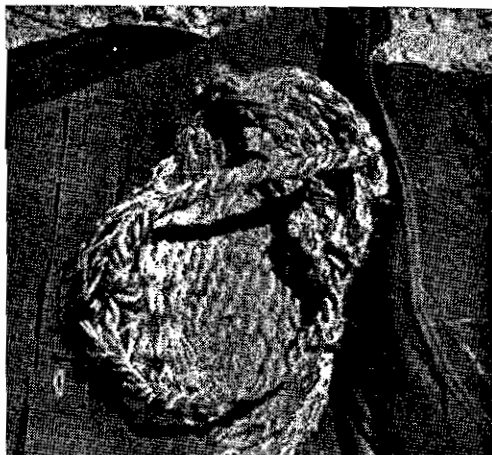
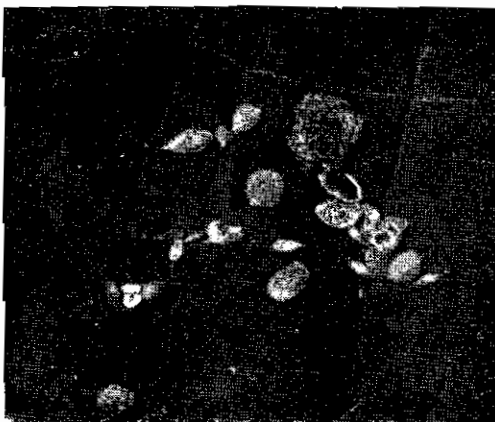


FIG. 10. — Fragmentos de cerámica.

FIG. 11. — Semillas o carozos de frutas.



diversos fragmentos de sogá de dos y tres torsiones (2 y 3 cabos cada una). Puede notarse el método de su ejecución y comienzo.

- e) RED (frag.), técnica de anillado o de enlazado continuo. Pertenecen al comienzo de un grueso tejido. Hay tres fragmentos de este estilo que corresponden evidentemente a tres piezas distintas del ajuar. Son semejantes a la técnica empleada en la fabricación de bolsas de transporte.
- f) ANILLO o argolla de paja envueltas sobre sí misma y revestida en otra fibra vegetal y colocada de plano. Es el comienzo de una pieza para trabajar con técnica de aduja o coiled. Justamente aduja o coiled o enroscado definen el método empleado para la cestería espiralada.
- g) SACO o talega, de fibra vegetal, tejido cilíndrico, prescindiendo de costuras de unión para las dos partes que comúnmente integran una bolsa. En su base hay restos de costuras rústicas que cierran la misma. El método seguido es el mismo empleado para los tejidos de lana o algodón hechos con el sistema arawak. La técnica para el tejido cilíndrico o tejido "sin fin" es obtenido con una urdimbre de hilos llevados siempre como las manecillas del reloj, en forma de un anillado continuo o cicloide. La bolsa mide 610 mm x 370 mm.
- h) ESTERA, de haces de paja de "pasta duro" aliueadas paralelamente y unidas entre sí por medio de costuras de lana de llama y pelo humano. Técnica: de acordelado.
- i) SANDALIAS, de paja de "pasta duro" o paja icho. El borde de la sandalia es más grueso por un revestimiento trenzado. Los cordones de sostén para el pie son más gruesos formados por tres cabos reunidos, primeramente torcidos de a dos cada uno de ellos. Los hilos para la torsión están integrados por briznas torcidas que forman un hilo, los que se arrollan en espiral. Técnica: espiral. Las medidas de la sandalia son: 13 cm de ancho x 23 cm de largo.
- j) TEJIDO (frag.) pieza rústica hecha en técnica cicloide y en fibra vegetal de hebras torcidas de a dos. El anillado deja ojos de 30 mm. Su aspecto general lo indica como grueso tejido, empleado para bolsa o estera.

Cerámica

Fragmento de cerámica — De buena cocción, lado externo color ladrillo, conserva estrias de alisamiento por la cara exterior, el lado interno es negro.

Fragmentos de cerámica — Uno de color negro en su interior, y cinco fragmentos más de color ladrillo en su parte interna. Cerámica tosca y sin decoración.

Vegetales

Semillas — De cuezco duro y contienen la semilla blanda aún.

Flor de Tola — Usado actualmente como remedio para el apunamiento.

Maderas

Resto de viga — (Del techo), de cardón.

Trozos de madera — De algarrobo; había 2 m³ de madera para leña, semejantes, que fueron dejados en el yacimiento.

Observaciones:

De la diversidad de las piezas enteras, fragmentos y técnicas textiles empleadas, queda en evidencia que ese conjunto hoy reunido correspondió a distintos períodos del conocimiento del tejido sin telar y del tejido con telar; hay especímenes que corresponden a una etapa primaria donde el trenzado y fibras paralelas “agarradas” por entrecruzado arrollado, suple al tramado que es base del verdadero tejido; y están también presentes los realizados en un tiempo en que el verdadero tejido de telar es ya conocido y alcanza embellecimiento por color y decoración. Esto pudo deberse a que los elementos textiles tuvieron su origen en el acervo cultural de distintos grupos humanos (lo cual no excluye la posibilidad de que en el Llullayacu se hayan usado simultáneamente).

Las piezas y fragmentos de fibra vegetal muestran dos aspectos claros en la utilización de esta especie: logra formar prendas integrantes del vestido, como son la sandalia y el pequeño saco o bolsillo (formas conocidas del área atacamaña); y también interviene la fibra como elemento útil para la construcción de la vivienda y parte del ajuar de la misma.

Es manifiesto que los antiguos habitantes tenían gran conocimiento de las materias fibrosas que podían ser usadas como textiles y aprovechadas con el dominio de una técnica primaria de la cual eran poseedores.

Según la técnica textil y filatura, puede decirse en síntesis que las técnicas se agrupan en los tipos:

Tejido	Técnicas elementales, sin telar	Trenzado Torzales Espiral Cicloide Arrollado	} (de cestería)
	Técnica con telar	a la plana (tipo muselina) urdimbre cubierta (warp face)	

Textiles – Fibra animal: lana de guanaco y alpaca (muy aspera y gruesa). Pelo humano.

Fibra vegetal: pasto duro.

Filatura – En lana, hilo retorcido de dos colores en grosores diversos, hilado con huso y tortero.

En fibra vegetal: briznas torcidas entre las palmas de las manos o sobre el muslo.

Pelo humano entremezclado con lana.

Rasgo particular: hilos de dos colores distintos retorcidos.

Decoración – Sobre los bordes, costuras de colores; comunes a la cultura inca; y típica aún hoy, en el área atacameña.

Colores – Rojo, gris, azulado y verde; los colores de negro siena, gris y blanco naturales de los camélidos americanos.

En resumen: se constatan diversas etapas del conocimiento de las técnicas textiles enumeradas y una notable utilización de las fibras vegetales con destino a la base de la construcción de la vivienda y a parte del ajuar. Resulta una serie de mucho interés para fines comparativos con piezas de otros yacimientos de altura.

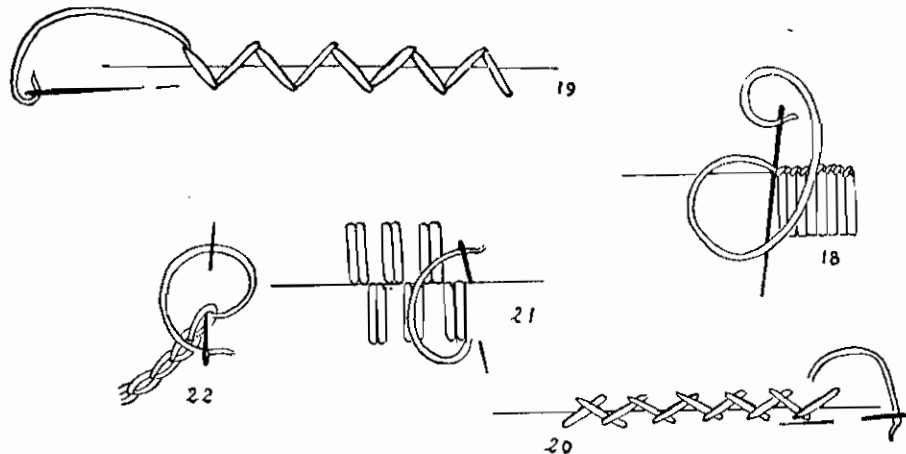


FIG. 12. – Esquemas de las técnicas de aguja o costura empleados en piezas halladas en los yacimientos de alta montaña. Tipos de terminación y adorno. Los diagramas muestran la aguja en la línea del borde y tomando el material que debe ser unido o reforzado. La aguja es de espina de cardón (quishka). Nº 18: Puntada de enlace o festón (para bordes); Nº 19: cruzado "pata de gallo"; Nº 20: zigzag, cruzado, variante de la anterior; Nº 21: paralelas recíprocas; Nº 22: cadenas. (1)

1 Para la descripción e ilustración de las demás técnicas textiles observadas en los yacimientos cordilleranos (incluso cerro El Toro), remitimos a M. de Palavecino, 1964 (ver figs. 1, 7, 8, 9, 12 y 13). (N. del D.)

4) LA MOMIA DE SALINAS GRANDES. RESTOS DE SU AJUAR

Se analizan a continuación los reducidos fragmentos y que, por destructivo efecto de la sal, quedan en la actualidad de una vestimenta que aparece sobre el cuerpo infantil distribuida en pequeños trozos en el cuello, sobre la espalda a la altura del hombro y en su borde inferior; estos pequeños fragmentos permiten establecer el tipo de prenda usado por el párvulo como también su forma y dimensión.

Refiriéndose a este hallazgo Eric Boman describe la zona cercana a Cochinoca en la Puna de Jujuy, en el área de las Salinas Grandes.

“Las Salinas Grandes, situadas en la parte meridional de la extensa altiplanicie que lleva el nombre de Puna de Jujuy, son formadas por una inmensa capa de sal perfectamente horizontal, que ocupa unos 1.500 km² de terreno. La capa de sal es de 10 a 50 cm espesor y se cubre, cuando ha llovido, de una capa de agua, especialmente en el centro de las Salinas”. Los indios explotaban la sal y la llevaban en llamas y burros, a vender en Salta y Jujuy. La momia fue encontrada en la parte central de la salina, bajo una capa de sal.

El ajuar está constituido por:

Nº 1.— **GORRO** de lana negra: Hay sólo restos puestos en el contorno de la cabeza de la momia; aparecen incrustados en algunas partes del cráneo, mezclados con el pelo. El tipo de la técnica de cestería hecha en lana lo asocia con los gorros completos que de este mismo tipo aparecen en otros yacimientos arqueológicos de la Puna.

Nº 2.— **TORZADA** de hilo grueso de lana, que envuelve el cuello de la momia rematando en sus terminaciones en un desflecado de la misma soga. La medida del grosor y la extensión de la torzada no han podido ser tomadas por la posición del cuello y de los brazos que aparecen encogidos. Demuestra la forma en que el niño fue sacrificado.

Nº 3.— **TOCADO** ejecutado en series de trencitas delgadas colocadas sobre ambos lados de la cabeza de la momia y constituye un peinado tal cual se encuentran aún entre algunos grupos etnográficos del oriente jujeño.

Nº 4.— **TÓNICA** o “uncu”. Pequeños fragmentos que aparecen en distintas partes del cuerpo de la momia, son suficientes para identificar el tipo de la técnica y un borde con una decoración simple y mecánica; esta prenda de vestir es de lana en el color tostado común de los camélidos y la franja decorada a la que se alude es de color blanco y negro con un intercambio rítmico de los hilos.

Cuadro que consigna los yacimientos de altura con las técnicas, fibras (vegetal o animal), costuras, prendas o fragmentos de ellas.

NOMBRE DEL YACIMIENTO	TECNICA	F I B R A S		COSTURAS	FRAG.	OBJETOS
		VEGETAL	LANA			
Lullaiyacu	cil.	—	+	+	—	Talega
	f. u.	+	—	—	+	—
	p.	—	+	+	+	—
	ret.	—	+	—	+	Cuerda
	ret.	—	+	—	+	Sogas
	an.	+	—	—	+	Red
	ag. (comienzo)	+	—	—	+	Anilla de paja
	ac.	+	—	+	+	Estera
	es - tr.	+	—	+	+	Sandalias
	cic.	+	—	—	+	Bolsa-estera
Nevado de Chañi	f. u.	—	+	+	—	Manta
	f. u.	—	+	+	+	Túnica
	f. u.	—	+	+	—	Bolsa
	f. u.	—	+	—	+	—
	f. u.	—	+	—	—	Manta
	f. u. red. pl.	—	+	+	—	Bolsa
	f. u.	—	+	+	+	Poncho
	d. f. u.	—	+	—	—	Faja
	p.	—	+	—	—	Túnica
	d. f., tr.	—	+	—	—	Faja
	d. f.	—	+	+	—	Túnica
z. z.	+	—	+	—	Peine	
Salinas Grandes	cest.	—	+	—	—	Gorro
	hil.	—	+	—	—	Torzada
	d. f.	—	+	—	+	Túnica
Cerro Gallán	f. u.	—	+	+	—	Manto
	d. f.	—	+	+	—	Túnica
	d. f.	—	+	+	—	Manta
	d. f. f. u.	—	+	+	—	Manta
	d. f. tr.	—	+	—	—	Faja
	tr.	—	+	—	—	Honda
	m. a. f. u. pl.	—	+	—	—	Tiara y tocado
Cerro El Toro	f. u.	—	+	+	+	Túnica (2)
	f. u. ma. fl.	—	+	—	—	Gorro (2)
	f. u.	—	+	+	—	Taparrabo
	tr.	—	+	+	—	Faja de cintura
	tr. pe.	—	+	+	—	Handa
	f. u.	—	+	+	—	Media

ABREVIATURAS: cil.: tejido cilíndrico; f. u.: faz de urdimbre; p.: plana; ret.: retorcido; an.: anillado; ag. de aguja; ac.: acordelado; es-tr.: espiralado-trenzado; cic.: cicloide; red.: red; pl.: plumas; d. f. u.: doble faz unida; tre.: trenzado; d. f.: doble faz; z. z.: zig-zag; cest.: cestería; hil.: hilado; ma.: malla; fl.: flecos; pe.: pelos.

BIBLIOGRAFÍA

- AMBROSETTI, Juan B.: 1912. Memoria del Museo Etnográfico. Buenos Aires.
- BOMAN, Eric: 1918. Una momia de Salinas Grandes (Puna de Jujuy). Anales de la Soc. Científica Argentina, t. 85. Buenos Aires.
- MILLÁN DE PALAVECINO, María Delia: 1952. Lexicografía de la vestimenta en el área de influencia del Quechua. Folia Lingüística Americana. Buenos Aires.
- 1964. Tentativa de codificación para la nomenclatura de las técnicas textiles más frecuentes. Presentado a la Primera Convención Nacional de Antropología (Primera Parte). (Publicado en: Fac. de Filosofía y Humanidades, Instituto de Antropología, Publicaciones, Nueva Serie N° 1 (XXVI), pp. 67-84. Córdoba, 1966).
- 1965. Yacimientos de altura. (Noticia preliminar). Etnía, Vol. I (Primera parte), pp. 2-4. Olavarría.
- 1966. Elementos culturales asociados a la "momia" del Cerro El Toro: piezas de vestimenta. En *La "momia" del Cerro El Toro* (Editor Juan Schobinger), pp. 97-112. Mendoza.
- MOSTNY, Grete (Editor): 1957. La Momia del Cerro El Plomo. Boletín del Museo Nac. de Historia Natural, t. 27, N° 1. Santiago de Chile.
- SCHOBINGER, Juan: 1966. La "momia" del Cerro El Toro. Investigaciones arqueológicas en la Cordillera de la provincia de San Juan. Mendoza (Parte I).

EXPEDICIONES Y HALLAZGOS EN LA ALTA CORDILLERA
DE LA PROVINCIA DE COQUIMBO (CERROS LAS TORTOLAS
Y DOÑA ANA), 1956-1958

POR LUIS KRAHL T. y OSCAR GONZÁLEZ F.

Nota de la Dirección: A pesar de hallarse proyectado un trabajo definitivo sobre este tema, se ha estimado de gran interés la inclusión, en este tomo dedicado a la arqueología de alta montaña, del texto —con muy pocas supresiones— del informe elevado por los autores a las direcciones de los Museos de Historia Natural de Santiago y Arqueológico de La Serena. Debo la remisión de su texto a la amabilidad del director de este último D. Jorge Iribarren Charlin.

Se agrega, como segunda parte, y en calidad de nota preliminar, los datos sobre las expediciones de diciembre de 1957 y enero de 1958, contenidos en el Noticiero Mensual Nº 20 (Marzo de 1958) del Museo Nacional de Historia Natural, que agradezco a su directora la Dra. Grete Mostny.

Las fotografías de su principal hallazgo, la estatuilla, tomadas por L. Krahl, aparecieron en el artículo de René Naville "Sanctuaires Incas dans la Cordillere des Andes", Bulletin de la Societé Suisse des Américanistes, Nº 16, Septiembre de 1958 (Ginebra). Agradecemos a la Presidenta de dicha Sociedad, prof. Marg. Lobsiger-Dellenbach, el envío en préstamo de los diapos correspondientes y el permiso para su publicación.

Primera Parte:

INFORME DE LAS OBSERVACIONES REALIZADAS DURANTE
LA PRIMERA EXPEDICIÓN ARQUEOLÓGICA DEL GRUPO
DE ALTA MONTAÑA DEL CLUB ANDINO DE CHILE DE
SANTIAGO A LA ALTA CORDILLERA DE COQUIMBO
(ENERO DE 1956)

A N T E C E D E N T E S

Antes de iniciar este informe de los resultados obtenidos por la primera Expedición Arqueológica, realizada por miembros del Grupo de Alta Montaña del Club Andino de Chile a la Cordillera de la

Provincia de Coquimbo, deseamos dejar constancia de cuáles han sido los motivos que han inspirado a nuestro grupo, para llevar a cabo una expedición de esta índole; como a la vez, expresar nuestros más sinceros agradecimientos, a todas aquellas personas que contribuyeron a la realización de esta empresa.

El deporte de montaña que no hace mucho se encontraba en estado embrionario, hoy lo contemplamos en el dominio de la roca y el hielo. Esto nos indica que se ha alcanzado un estado adulto, pero no la madurez. Es ahora entonces, cuando debemos orientar a la vanguardia del andinismo nacional al igual que las Instituciones europeas de Montañas, coordinando nuestras actividades, en estrecha relación con las Instituciones Geográficas y Científicas del país.

Es por eso que el Grupo de Alta Montaña ha considerado que ya no basta salir a la montaña con el simple objeto de alcanzar una cumbre y deleitarse con la maravillosa naturaleza; sino que debemos contribuir con un pequeño granito de arena al estudio de las diferentes ciencias que se relacionan con ella; ya que la naturaleza nos presenta el más grande de los laboratorios.

Así es como el grupo ha decidido dedicarse activamente a explorar y estudiar la Alta Cordillera de Los Andes, científicamente. Especialmente en lo que respecta a Glaciología, Cartografía, Arqueología y Geología.

En lo que se refiere a Arqueología, se está realizando un programa de exploraciones arqueológicas, con el único objeto de colaborar en forma totalmente desinteresada con el Departamento de Arqueología del Museo Nacional de Historia Natural, que dirige a Dra. Grete Mostny. Contribuyendo de esta manera a incrementar las colecciones y datos de dicho Museo. Pues hemos considerado que este es el lugar donde deben llegar todos los informes, objetos y documentos de interés que se encuentren, para que estén al alcance de cualquier estudioso de estas disciplinas, que deseen consultarlas. Y no, que permanezcan ignoradas en colecciones particulares.

La idea de explorar la Alta Cordillera de Coquimbo, nació después de la participación de algunos miembros del Grupo en la Primera Expedición Científica-Andina al cerro El Plomo, con motivo del hallazgo de un niño quechua.

El principal motivo que nos hizo elegir esta zona, fue la información proporcionada por dos andinistas del Club Alemán de Ex-

ursionismo de Valparaíso, que efectuaron la primera ascensión deportiva al Cerro de las Tórtolas, de 6.332 mts.; ubicado en la cadena limítrofe de la provincia de Coquimbo. Cuyo relato aparecido en Revista Andina N^o 77, es el siguiente:

“Tórtolas (6.332 m): Esta cumbre limítrofe, la mayor de la provincia de Coquimbo, fue escalada el 19-1-1952 por dos escaladores del Club Alemán de Excursionismo de Valparaíso. La ruta seguida, fue por el Valle de Elqui hasta el término del ferrocarril, en la estación de Rivadavia, luego, en camión a lo largo del río Turbio, hasta la unión del río de la Laguna y el valle que conduce a las Termas del Toro. Desde este lugar se continuó en mulas hasta la mina de cobre “Las Hediondas”, a 3.200 mts. Heinz Koch, participante de la ascensión tentó dos veces la cumbre. La primera vez con Herbert Dietz hasta un portezuelo alto, desde donde debieron regresar, agotados por los empinados acarreos y el fuerte calor, más de 30° sobre 0 (cero), que reinó en el día de la primera tentativa. Después nuevamente Koch, y esta vez con Edgar Kausel, intentaron la cumbre y ahora con éxito. Sin embargo, encontraron ahora condiciones desfavorables de mal tiempo. En la cumbre encontraron sorprendidos, una plataforma elíptica de unos ocho metros de largo por tres de ancho y en un ángulo de ella, semi-enterrado, un atado de leña carcomida. Los andinistas regresaron desde la cumbre por la misma ruta del acarreo, hasta la mina, después de dejar en la cumbre los datos del ascenso, encerrados en una lata.

En el mineral Las Hediondas, se les dijo que en la cumbre de la montaña que venían de escalar “aparecían indios”, los cuales efectuaban ritos religiosos bailando sobre un plato de oro. En su relato, Koch, señala que, dado la facilidad del ascenso, esta cumbre ha sido visitada por los antiguos indios de la región diaguita o quichuas, pero es más posible que la plataforma se deba al trabajo de mineros, como es corriente en las cordilleras de Chile y Argentina”.

Este relato, junto con los datos de trabajos arqueológicos efectuados en el Valle de Elqui, que demuestran que esta zona ha sido el centro de importantes núcleos de indígenas precolombinos, despertaron en el Grupo, un gran interés por explorar la Alta Cordillera de dicha zona.

Con este objeto, se estableció contacto con el Sr. Francisco Cornely, Director del Museo Arqueológico de La Serena, quien se interesó vivamente en la realización de dicha empresa, y a la vez que proporcionarnos antecedentes del lugar, nos presentó a algunos miembros de la Sociedad Arqueológica de La Serena.

La preparación de los miembros de la expedición comenzó con

más de un año de anticipación. Efectuando durante este lapso interesantes excavaciones y hallazgos, en lomajes y quebradas de la zona Central.

Durante este período, también, se realizó un viaje previo a la zona de los Baños del Toro, en noviembre de 1955, con el objeto de reunir mayores antecedentes, contratar animales y preparar el terreno, para la expedición que iría en los primeros días de enero.

Paralelamente a estas exploraciones, el Grupo se preparaba teóricamente, recibiendo un ciclo de charlas, dictadas por la Dra. Grete Mostny, quien accedió gentilmente a la petición hecha con tal objeto por el grupo.

La Expedición que duró 20 días, fue financiada en su mayor parte por los integrantes de la Expedición y por un aporte hecho por el Club Andino de Chile.

Antes de comenzar con el relato de la Expedición, queremos dejar constancia de nuestros agradecimientos a las siguientes personas e instituciones que nos ayudaron:

Al Sr. Humberto Fuenzalida, Director del Museo Nacional de Historia Natural, quien en todo momento nos estimuló a la realización de esta empresa; dándonos toda clase de facilidades en el Museo, poniéndonos en contacto con otras personas y facilitándonos instrumentos.

A la Dra. Grete Mostny, Jefe de la Sección de Arqueología y Antropología de dicho Museo, quien nos ha orientado con sus clases y en todo instante nos ha atendido cordialmente a nuestras consultas.

Al Sr. Francisco Cornely, Director del Museo Arqueológico de La Serena, quien nos facilitó el camino a la Expedición, solucionando los problemas que se presentaban.

Al Sr. Federico Scheffer, miembro de la Sociedad Arqueológica de La Serena. Estudioso y decidido colaborador de la Expedición, a quien el Grupo le debe la invaluable cooperación prestada en aquella oportunidad. Dueño de grandes extensiones, puso a nuestra disposición, animales y monturas.

Al Instituto Geográfico Militar, que por intermedio del Teniente Coronel Alfonso Alfaro, Jefe de la Sección Geográfica, puso a nuestra disposición todo el material cartográfico y aereofotogramétrico existente, de la región.

Finalmente vayan nuestros agradecimientos y admiración, para aquellos esforzados hombres, los arrieros que nos acompañaron. Más

que arrieros fueron compañeros, supieron en todo momento compartir las responsabilidades y alegrías, conscientes de su deber. Ellos son Carlos Alcayaga, Carlos Díaz y Juan Díaz, arrieros que creemos no volver a encontrar en otro lugar de la cordillera.

RELATO DE LA EXPEDICIÓN ARQUEOLÓGICA

a) *Noviembre 1955.*— Cuando aún no se hace presente la luz del día, un centenar de kilómetros del Valle de Elqui ya han quedado rezagados. Nos dirigimos a los Baños del Toro, con el objeto de observar el terreno de la futura expedición. Rápidamente pasan los pueblos del valle, con sus rasgos inconfundibles y características que le imprimen un sello autóctono. A medida que nos internamos, se van acentuando los rasgos de la Sierra, que se ven reflejado en el rostro de sus habitantes, que día tras día reciben el constante e implacable azote del viento y de las bruscas fluctuaciones térmicas. Pero eso no es obstáculo para que luchen por subsistir, ahí lo vemos, en las quebradas más abruptas y lugares más apartados, sus plantaciones y viñedos reflejan su esfuerzo, que se ven plenamente compensados por las prodigiosas tierras. Varios pueblos y caseríos valle adentro, hasta alcanzar unos ranchitos a orillas de un pequeño huerto, que refleja la primavera en todo su esplendor: estamos en Balala. Ya en estos lugares cerca del término de la Quebrada de Ingahuás, se divisan pequeñas terrazas de cultivo, que nos recuerdan a los antepasados precolombinos del altiplano, y que en la actualidad son trabajadas.

Momentos más tarde llegamos a la "Boca del Toro", lugar en que observamos varios morteros y manos de moler, recolectados de otros lugares cercanos por el arriero Juan Díaz.

El motor hace un esfuerzo más y remontamos la cuesta. El colorido del paisaje es inolvidable, a pesar que el día gris no nos permite apreciarlo en su verdadera magnitud. Hemos llegado a nuestro destino, aquí están los Baños del Toro, con sus maravillosas aguas termales, deladoras de una actividad volcánica que aún duerme el sueño de los siglos.

Desde este lugar hicimos un recorrido por el cajón del Toro Muerto, encontrando abundantes vegas y varios guanacos, como también pequeños pirqueríos. Al día siguiente remontamos unas lomas

cercanas, alcanzando hasta una altura de 4.000 metros. Desde este lugar pudimos apreciar y estudiar la zona, cuyas cumbres principales y lomajes se encontraban aún bajo el manto blanco de las nieves del último invierno.

También hicimos un reconocimiento a un lugar denominado "La Taza", ubicado a unos 3.000 mts. de altura y a varios kilómetros de los Baños. En este lugar existe un "tamberío" más o menos grande, con varias pircas y casas de piedra, existiendo a un costado de ellas una laguna pequeña, desde la cual se divisa la imponente faz oeste del cerro de Las Tórtolas.

Las conclusiones que se obtuvieron de este viaje previo, fueron las siguientes: 1) Se pudo apreciar que la altura media en que se encuentran con más frecuencia restos arqueológicos, que evidencian la existencia de núcleos primitivos de cierta importancia, fluctúa entre 3.000 y 3.800 metros sobre el nivel del mar. Es decir, en todos aquellos lugares donde existen pequeñas lagunas y abundantes vegas, como también la presencia de bloques pétreos, que sirvan de apoyo para las construcciones de pircas o casas de piedra, ubicadas en las quebradas y cajones protegidos del viento y de los posibles ataques. 2) El campamento central de la Expedición debía estar ubicado en los Baños del Toro (3.340 m), por ser este punto equidistante de las zonas a explorar, especialmente de los cerros de Doña Ana (5.690 m) y de las Tórtolas (6.332 m), como también por las facilidades de acceso hasta este lugar en vehículo motorizado. 3) Se vió que bastaba con dos grupos: uno recorrería la región del Cerro de Doña Ana y valles adyacentes; el otro efectuaría una exploración por el Río Vacas Heladas, hasta alcanzar su objetivo principal, el cerro de las Tórtolas, en el que debería examinar el origen y características de la plataforma existente en su cumbre.

b) Enero-Febrero 1956.— En la madrugada del día 14 de enero partía de Santiago parte de la Expedición, con una camioneta en la que se llevaba todo el equipo, víveres y pasto para las mulas. Después de siete horas llegamos a Serena, donde nos entrevistamos con el Sr. Francisco Cornely. En esa oportunidad se nos comunicó que el Sr. Federico Scheffer nos estaba esperando en los Baños, pues había partido el día anterior.

Esa tarde continuamos viaje, hasta que cayeron las últimas luces del día. Al día siguiente, rápidamente pasaron Vicuña, Diaguita, Rivadavia, hasta alcanzar Huanta, donde está la Aduana; este es el

último retén de carabineros, es nuestro resguardo fronterizo. Después de unos breves momentos reiniciamos el viaje. Nuevamente el paisaje se nos presentaba con todas sus fuerzas, los múltiples colores de las laderas andinas contrastaban con el verde intenso de la vegetación de una que otra quebrada. Pero ahora las condiciones climáticas se presentaban distintas a las de noviembre. En el fondo de los valles a medida que avanzábamos, la temperatura nos sofocaba; mientras que en las altas cumbres y lomas, ahora totalmente desprovistas de nieve, el fuerte viento azotaba y desgarraba los cúmulos, trasladándolos de un lugar a otro velozmente. De pronto emergió ante nosotros la imponente pirámide del cerro de las Tórtolas, con su cumbre coronada por negros cúmulos.

Poco más allá, nos encontramos con Don Federico Scheffer, quien regresaba a Serena. El nos había contratado los arrieros y dejado algunos de sus animales a nuestra disposición. En esta oportunidad nos dio la bienvenida a nombre de la Sociedad Arqueológica de La Serena, formulando votos por el éxito de la Expedición.

Ya en los Baños, comenzaron los preparativos para salir a recorrer la zona. Esa noche llegó el resto de la expedición en dos jeeps.

El lunes 16, tres de los integrantes efectuaron la ascensión a la "Loma del Azufre" de 4.490 mts. Nos internamos por el Río Malo; su nombre está muy bien puesto, pues sus aguas son pésimas, están contaminadas con sales minerales que le dan un tinte rojizo. El cajón se estrecha, hasta una angostura que forma un pequeño cañón, roído por las aguas turbias del río. Un pequeño esfuerzo y vencimos este paso, remontándonos en seguida, por las laderas cubiertas de vez en cuando con algunos matorrales y arbustos. El cielo se cubría lentamente por cúmulos. La loma cumbre ya se divisaba, cuando bruscamente la tranquilidad se interrumpe, una pareja de estilizados guanacos que reposaban apaciblemente en su reino, salieron disparados. ¿Por qué esta fuga? La respuesta está en nosotros mismos, nosotros somos los representantes de su peor enemigo —el hombre— que los persigue hasta los últimos rincones con afanes lucrativos o meramente deportivos.

Ya el sol se aproximaba al ocaso, cuando pisábamos la enorme plataforma de la loma del Azufre, barrida por los vientos día y noche; es una terraza maravillosa para contemplar ese grandioso panorama. Al sur-este teníamos el Tórtolas, imposible de verle su cara, las nubes lo cubrían formando un verdadero arco de cúmulos en dirección sur-

este, nor-este, con el cerro Doña Ana. Al igual que días anteriores estas nubes se disipaban al anochecer. Después de captar algunas fotos y efectuar algunas mediciones, regresamos, ya oscuro, a los Baños.

A la mañana siguiente las mulas eran aparejadas; la carga consistía en víveres y equipo para permanecer durante ocho días en el terreno. Nuestro objetivo era instalar un campamento base en el cerro de las Tórtolas. Recorrimos largas horas a lomo de mula. El paisaje con su soberbia belleza desértica a cada instante nos presentaba enormes bloques pétreos deformados por la acción eólica del viento, cuyas fuerzas las reflejan los pequeños arbustos de gruesos troncos aparragados, como si alguien no les permitiese erguirse. Pronto pasamos por la mina de cobre Las Hediondas, que desde hace algunos años está paralizada; ahí vemos enormes instalaciones y grandes capitales invertidos, totalmente abandonados.

Llegamos a un lugar denominado "Los Escarchales" a 3.850 metros. A orillas de un arroyo instalamos nuestro campamento. En los alrededores encontramos varias pircas y gran cantidad de sílices, cornalinas y otras variedades de cuarzo, exparcidas por los terrenos de aluvión; material idéntico al que están hechas las flechas o dardos, que se encuentran dispersas en cantidades por los más remotos lugares.

Esa noche, junto al ruido acogedor del anafe y bajo un cielo tranquilo y despejado, los arrieros nos relataban sus tradiciones y leyendas montañosas y lngareñas, algunas tan interesantes como "La Cuca Mula"; la de la "Piedra del Guanaco" (un petroglifo cerca de Hnanta); y otras que decían relación con el Cerro de Las Tórtolas. Según ellos ningún nativo o minero subía a dicha montaña, porque estaba embrujada, salían fantasmas indios a recorrer sus laderas, se montaban al anca de la mula de los que intentaban acercarse, la mula se detenía y relinchaba; y el que lograba desafiarlos, era envuelto por la tormenta que se desataba. Continaban diciéndonos que en el bajo hablaban que una vez se vieron bailar indios en la cumbre del cerro.

Al día siguiente salimos a instalar el campamento alto. Los arrieros se abrían paso a través de lomas y quebradas, hasta alcanzar los primeros contrafuertes del Tórtolas. Apenas pasado el medio día nos detuvimos en un lugar, junto al cual existía un pequeño campo

de nieve penitente, que nos aseguraría el abastecimiento de agua, además estaba protegido del viento por unos farellones, lugar ideal para instalar el campamento. Los arrieros descargaron y regresaron al campamento de los Escarchales.

Ahora estábamos envueltos por la bruma y cúmulos, que día a día se venían observando y que cubrían totalmente la cumbre. Como a las cuatro de la tarde se desencadenó una escarchilla, cubriendo levemente las laderas de la montaña. El viento, la escarchilla y la baja temperatura, nos obligaron a introducirnos en las carpas, sin poder reconocer el terreno. El campamento estaba ubicado a 5.000 s.n.m., en la ladera noreste del macizo.

Jueves 19 de enero.— Son las siete de la mañana, el cielo está totalmente despejado, la quietud y claridad del amanecer reflejan una atmósfera escarchada, como que en efecto, la temperatura del aire en ese momento es de $-17,5^{\circ}$ bajo cero. En estas condiciones salimos de nuestras carpas, los zapatos casi no se pueden poner, están duros, todo está congelado, sólo una cantimplora que ha sido guardada en el interior de un saco de dormir nos hace posible preparar una rápida taza de café. No nos queda otra cosa que caminar, para calentar el cuerpo.

Iniciamos la ascensión a las 7,45 h. En el campamento han quedado dos compañeros. Aún no aparece el sol, el terreno de las laderas está duro, las piedrecillas congeladas por la baja temperatura y por la escarchilla caída el día anterior hacen dificultosa y lenta la marcha. A la hora de marcha, alcanzamos un pequeño portezuelo, ubicado al sur del paso de las Tórtolas; aquí recibimos los primeros rayos solares que no logran eutibiarnos. En este lugar desisten nuevamente dos compañeros. El viento comienza a soplar, por lo que reiniciamos inmediatamente la ascensión, tomando un enorme acarreo al nor-este del macizo, que nos da la impresión que conduce directamente a la cumbre, y que no refleja lo que es la imponente cara oeste de la montaña. Por el contrario, se presenta facilísima y sin dificultades, a tal punto, que nos hace recordar los fáciles acarreos del cerro "El Plomo". Lentamente vamos zigzagueando por el enorme acarreo; a medida que ascendemos, el viento aumenta en intensidad. La ladera de la cumbre oriental del cerro presentaba un color acerado, sus piedras reflejan el brillo de la escarcha. Hemos pasado los 6.000 metros, la marcha se hace más lenta, el mal tiempo se aproxima a cada instante, las nubes nos envuelven. El frío nos agota,

hasta que enfrentamos un roquerío empinado, de unos ochenta metros de altura; parece ser éste el tramo final, los cúmulos pasan a ras de él desgarrándose. un esfuerzo más y se nos termina el cerro. He aquí nuestra gran sorpresa, al encontrarnos frente a ese inmenso espacio en que nada logra sobrepasarnos para romper ese horizonte en que van a morir montañas y valles. Junto a nosotros, coronando ese magnífico mirador, encontramos una construcción idéntica a la tumba del cerro El Plomo. Una enorme pirca de unos ocho metros por cuatro, con muros de contención, que se elevan un metro más sobre la cumbre de la montaña. Está rellena con cascajos, traídos de los acarreos cercanos. En su extremo nor-este, hay un enorme atado de leña semienterrada en el cascajo del relleno. Intentamos extraer algunos leños, sin lograr conseguirlo. En la superficie del relleno y cerca del centro, encontramos un mortero y una mano de moler, al igual que un bastón, que quebramos, para introducirlo en nuestra mochila. (Ver croquis de la cumbre y de los objetos). Intentamos tomar algunas fotos, pero el obturador estaba congelado, por lo que aumentamos la velocidad al disparador, logrando de esta manera captar sólo tres fotos, ya que las manos se ponían insensibles por la baja temperatura (-12° C a las 14,30 hrs.). De pronto nuestra vista se clavó con sorpresa sobre la superficie del relleno. Un trozo de cerámica con engobe y dibujos, junto a él varios bordes de aríbalos y fragmentos de plato, que recogimos rápidamente. (Ver láminas con croquis de los más importantes fragmentos de cerámica recogidos). También divisamos un enorme planchón de hielo, que cubre la ladera sur-este de la montaña, y que nace a pocos metros de la cumbre y bordea hasta un portezuelo de 6.000 metros, en que se observaba una laguna helada. Este portezuelo queda entre la cumbre oriental y la occidental (principal). El ventisquero desciende hasta más o menos 5.000 m.

La baja temperatura, el fuerte viento y la amenaza del temporal, apenas nos permitieron permanecer 20 minutos en la cumbre, obligándonos a descender rápidamente.

La cumbre de 6.332 metros fue alcanzada el 19 de enero, a las 14,15 h. por Bion y Oscar González, después de una fatigosa jornada de siete horas continuadas de marcha, desde el campamento alto a 5.000 metros. De ella retiramos una insignia del Club Alemán de Valparaíso, dejada por los andinistas Edgard Kausel y Heinz Koch, quienes efectuaron la primera ascensión deportiva el 19 de enero de

1952, o sea nosotros, subimos a la cumbre justamente cuatro años después.

El descenso fue violento, en menos de tres horas nos encontramos de regreso en el campamento alto. Ahí estaban nuestros compañeros y los arrieros, preocupados por nuestro regreso. Ya el temporal estaba desatado. Después de un breve descanso, se levantó el campamento y se continuó viaje, hasta el campamento base de los Escarchales ubicado a 3.850 metros. Llegamos a las carpas cuando ya el temporal se desplazaba hacia el norte y los últimos rayos del sol doraban el atardecer.

El 20 de enero se levantó dicho campamento y se reconoció el Valle que forma el río Vacas Heladas. Llegamos hasta una majada ubicada al término del estero de Las Tórtolas. En los alrededores encontramos varias pircas, gran cantidad de lascas trabajadas y fragmentos de cerámica utilitaria. En la majada, los puesteros nos atendieron muy bien, nos dieron queso, pan y leche fresca, que hacía algunos días no veíamos.

El curso superior de este valle, corre casi paralelo a la Cordillera limítrofe, y cuenta con abundantes vegas y buenas aguas.

La marcha se reanudó, con el objeto de alcanzar ese mismo día el estero del Tambo, por el cual nos remontaríamos hasta el Paso de la Deidad. La marcha era lenta, bordeando siempre las aguas del estero. Era impresionante ver la enorme cantidad de burros muertos, de los cuales sólo quedaba el cuero pegado a los huesos. Según nos informaron los arrieros, estos fueron sorprendidos por un temporal en un invierno de años atrás. Cuando los inviernos eran buenos, se salía el río y auegaba los campos del bajo valle, no como ahora que eran malos, los años eran secos. Continuamente se nos cruzaban manadas de guanacos, pero la mayor de ellas la encontramos al llegar a un enorme tamberío, junto al cual instalamos el campamento por lo avanzado de la hora. Aquí hay abundantes vegas y buenas aguas. Nuevamente el fogón de llaretas, el ruido del anafe, los comentarios, leyendas y anécdotas, mientras otros se dedicaban a la caza nocturna de patos silvestres.

Al día siguiente se inició la exploración de ese enorme tamberío constituido por más de 30 casas de piedras y pircas; algunas daban la impresión de ser tumbas saqueadas, a orillas de las cuales se encontraban enormes cantidades de cerámica utilitaria totalmente destrozada, de todas dimensiones y espesores, algunas con engobe eu

los bordes e interiores, etc. De igual manera, pero esparcido por todos los lugares, se encontraban flechas de diferentes tamaños, y el resto de cuarzos, sílex y vistosas cornalinas con huellas de desbastes. Todo este conjunto deja la impresión que aquí vivió un poblado de cierta importancia, pero algo primitivo.

En la madrugada del día siguiente se desarmó el campamento, para regresar a los Baños. Se remontó la Loma del Azufre, hasta caer por una quebrada al río Malo, por donde se continuó descendiendo, hasta salir a los Baños del Toro.

A manera de descanso, el día 22 nos dirigimos a la entrada del Valle de Piuquenes, con el fin de observar unos arenales, que según dicen los arrieros, ahí se encuentran muchas de las piedras que nosotros recogimos, refiriéndose a las flechas. Una vez en los arenales de Piuquenes, no pudimos efectuar ninguna excavación, pues la temperatura era tan alta que nos tenía completamente agotados. Ese mismo día regresamos por la noche a los Baños.

Por motivos particulares, el resto de la Expedición regresó a Santiago, quedando solamente dos andinistas para continuar la labor de exploración. Esa misma tarde, los que quedamos en los Baños recorrimos la quebrada del Cruzadero, que dista unos siete kilómetros de los Baños, con el objeto de ver algunas pircas, las que a pesar de su enorme antigüedad, demostrada por los desniveles del terreno, dejaban la impresión de haber pertenecido a arrieros.

El día 25 de enero, con las primeras luces del día, salimos a lomo de mula por el cajón del Toro Muerto, pasamos por la entrada de la quebrada Pastalito, en cuyas laderas se encuentra la famosa yerba "chachacoma", buena para la puna. Nos remontamos por las laderas del cerro Escabroso, para salir el nacimiento del Valle Piuquenes. Nuevamente bordeamos el Escabroso, hasta alcanzar el portezuelo de Doña Ana (4.661 m). Desde aquí tuvimos una visión total de la faz sur-oeste del Doña Ana, que era nuestro próximo objetivo. Se podía ver claramente el portezuelo de Tilito de 4.156 m. Captamos una panorámica, efectuamos diversas mediciones y regresamos, recorriendo la ladera oriental del cerro Cumbre Nevada de la Cordillera de Doña Ana. Llegamos hasta las abundantes vegas de Piuquenes. Cerca de su nacimiento hay dos pequeñas lagunas, en cuyas cercanías hay varias pircas totalmente destruidas y cubiertas de guano; entre sus escombros encontramos flechas y restos de cerámicas. En las lagunillas habían varios piuquenes con polluelos.

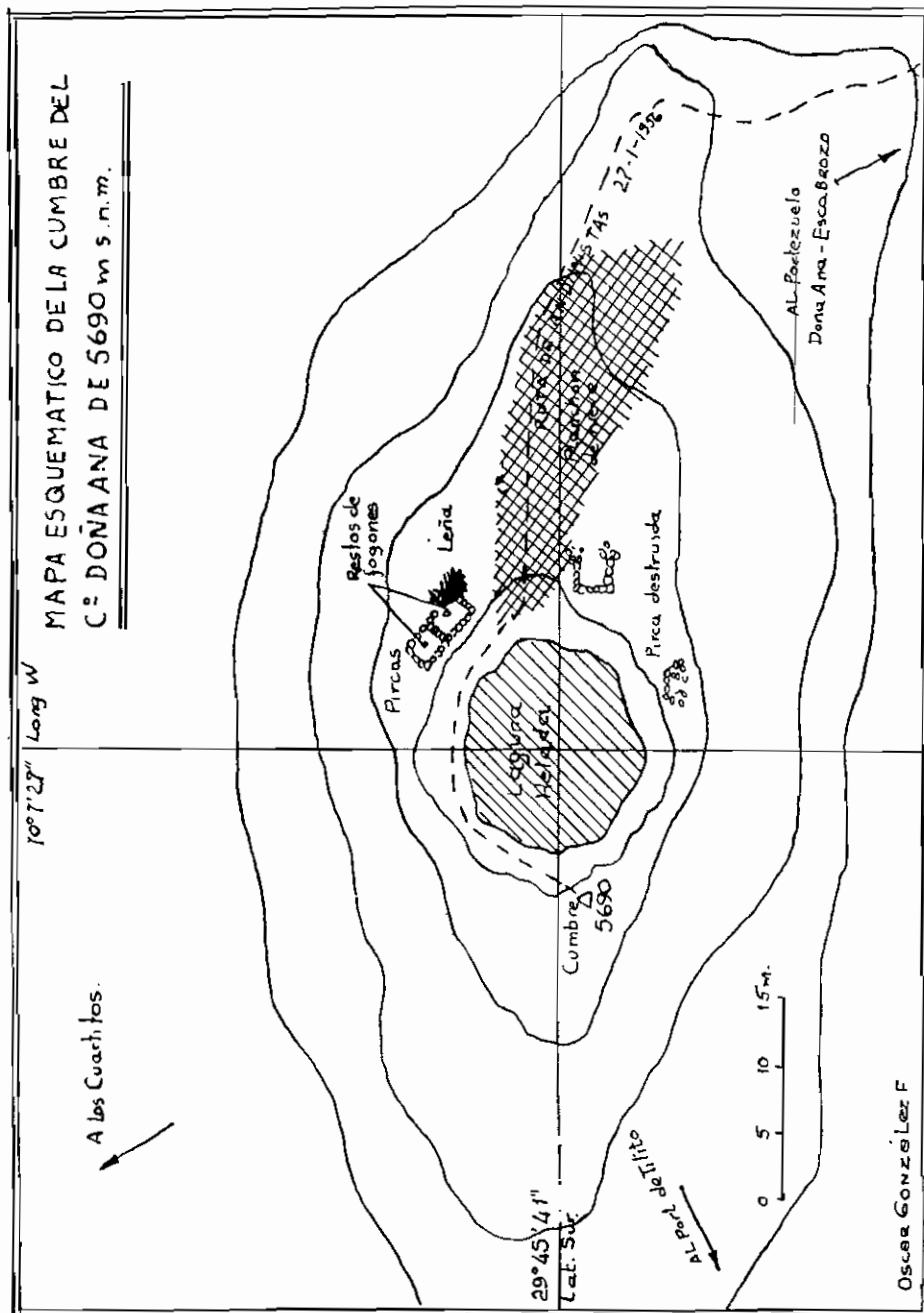
Continuamos el descenso por varios lomajes, hasta salir por el sur-oeste a los Baños del Toro. Este recorrido de circunvalación se efectuó a lomo de mula, empleándose una sola jornada de trece horas. Después de este recorrido, pudimos apreciar la verdadera maravilla y bondad de las aguas termales de los Baños.

Como resultado de esta exploración, se decidió salir a instalar un campamento alto al Doña Ana, pero siguiendo el cajón que continúa al oeste en fondo del Toro Muerto, y que seguramente nos llevaría a un portezuelo existente entre el Doña Ana y el Escabrozo.

El día 26, salimos con todo el equipo y víveres necesarios a cumplir nuestro objetivo. Nos remontamos por el Toro Muerto, cajón de Doña Ana, hasta alcanzar el portezuelo indicado, donde instalamos un campamento a 4.800 mts. de altura. El viento soplaba fuerte y reforzamos nuestras carpas. El terreno daba una impresión extraña, estábamos en medio de un terreno volcánico, su evidencia era indiscutible, la enorme cantidad de material piroclástico que cubría sus laderas reflejaban una antigua actividad volcánica.

Al día siguiente, a las 8,30 h., cuando ya el sol estaba alto, salimos rumbo a la cumbre. Nos encaramamos con cuidado por un roquerío, que nos dejó inmediatamente en el filo que conducía a la cumbre, evitándonos de esta manera un largo rodeo, que habría tardado algunas horas. En este filo encontramos restos de leña. Después de cuatro horas de ascensión, alcanzamos la cumbre de 5.690 metros del Doña Ana.

En la cumbre se pudo comprobar la existencia de una serie de enormes pircas (ver croquis de la cumbre), que en nada se asemejaba a la construcción de la cumbre del Tórtolas. Junto a la mayor de ellas había un enorme atado de leña. Pero lo más interesante, es que en la misma cumbre se encontraba una laguna helada, de más o menos doce metros de diámetro. Todo el material de la cumbre es de origen volcánico, grandes piedras porosas con incrustaciones de obsidiana daban la impresión de escorias o bombas volcánicas. Las pircas están construidas de este mismo material. Permanecimos una hora y media en la cumbre, excavamos en el interior de las pircas, encontrando solamente ceniza de antiguos fogones, el piso era duro, la escarcha con las piedras formaban un verdadero concreto. En esta cumbre no encontramos ningún resto de cerámica. Emilio Vicens y Oscar González, los escaladores, recogieron las tarjetas dejadas por los Sres. Federico Schaeffer y Hermanos Cariola, que ascendieron



dicha cumbre el 8 de febrero de 1953, siguiendo la ruta de Huanta, quebrado de Tilo hasta el portezuelo de Tilito.¹

Regresamos rápidamente al campamento, donde ya los arrieros nos esperaban; almorzamos, levantamos el campamento y descendimos, pues ahora se aproximaba un temporal de ciertas proporciones, que avanzaba desde la costa. Al atardecer llegamos a los Baños.

No se insistió en subir el cerro Escabrozo, por ser este una cumbre vasalla del macizo del Doña Ana, que quedaba a sólo 600 m desde el campamento, por suaves acarreos; pero también influyeron en nuestra decisión las malas condiciones atmosféricas. El temporal se desató en la noche y continuó hasta la tarde del día siguiente, cayendo sobre los Baños una pequeña nevada y granizos.

Los días siguientes, se dedicaron al embalaje del equipo, para regresar a Santiago, viaje que se efectuó en auto del compañero Luis Krahl.

La construcción existente en la cumbre del Cerro Las Tórtolas.—

La pirca de piedra que se encuentra en la aguzada cumbre del cerro Tórtolas, es en todo semejante a las construcciones sobre la planicie cumbre del cerro Plomo. Son construcciones hechas de bloques de piedras, de no más de 20 a 25 Kg. de peso, de cantos vivos y de todas formas, que fueron colocadas unas sobre otras de manera de formar murallas de 60 - 80 cm de espesor. Estos muros forman aproximadamente un rectángulo cuyo eje mayor está dispuesto en ambos casos de norte a sur y ligeramente inclinado hacia el nor-oeste (22° con respecto al norte magnético en el caso del Plomo); y de medidas totales muy similares en los dos lugares. El interior de este rectángulo (o más bien, trapecio) está relleno hasta el borde superior de los

1 En el cerro Doña Ana el único antecedente conocido lo proporcionó la ascensión del padre Sagüez, cura Párroco de Vicuña que en compañía de Angelino Castro la efectuó en el año 1870. Según informes indirectos consta que: "En una especie de plazoleta hicieron una excavación de poca profundidad, porque el terreno era muy duro y no les dejaba trabajar. No obstante alcanzaron a extraer una figura de hueso en forma de guanaco y una esculturita de plata, al parecer de mujer, semejante a los ídolos de los quechuas".

El aspecto que presenta la cumbre del Doña Ana en la actualidad es bien diferente. En lugar de la plazoleta existe ahora un enorme agujero cónico lleno de nieve y hielo en cuyas cercanías se hallan 4 grandes pircas de alojamiento con restos de tablas, sacos, leña y otros indicios típicos de mineros.

Numerosas piedras tronadas prueban que se hizo volar la construcción indígena con dinamita en busca de posibles tesoros perdiéndose así para siempre toda posibilidad de estudio de este valioso lugar arqueológico. (Mus. Nac. Hist. Nat., Not. Meus. N° 20).

muros de contención con una capa de tierra y piedrecillas, que en el caso del cerro El Plomo fue llevada hasta la cumbre desde lugares situados más abajo de ella, y en el caso del Tórtolas no cabe duda al respecto, porque los últimos 80 a 100 m de la pirámide final se componen exclusivamente de bloques de roca de ciertas dimensiones, de modo que el relleno de la pirca, forzosamente hubo de traerse desde niveles inferiores. Vale la pena meditar aquí un momento, en el extraordinario esfuerzo que significa subir en primitivos capachos de cuero un total de más o menos 30 m³ de tierra y ripio, que significa aproximadamente 90 toneladas, a una altura mínima de 100 metros. Hay que observar que este trabajo se realizó a 6.300 m de altura, en un aire enrarecido y falto de oxígeno, soportando intensos fríos y fuertes vientos y sin el equipo adecuado. Si suponemos en 20 kg la cantidad de material subida, en cada viaje, por individuo, tendríamos un total aproximadamente de 4.500 subidas y bajadas, de esta parte final del cerro Tórtolas.

Hoy día nos sentimos ridículamente importantes, cuando por finalidades meramente deportivas llegamos en algunas ocasiones hasta la cumbre de estos cerros.

En el Plomo había un total de tres construcciones en su cumbre, pero es probable que las dos menores no fuesen enterratorios, porque no había rastros de material de relleno, o tal vez eran enterratorios que fueron abandonados antes de completarse su construcción; en el Tórtolas existe una sola pirca rellena, porque no hay más espacio disponible en su cumbre para otras construcciones.

Fragmentos de Cerámica.— Recordemos que en el cerro El Plomo se encontró una gran cantidad de fragmentos de cerámica, no en la cumbre misma, porque ésta ya estaba saqueada y el terreno removido, sino en un fogón, junto al adoratorio, situado a 5.200 m. Parte de estos trozos, entre los que se hallan asas de platos incásicos quebrados y fragmentos con dibujos policromos, se encuentran en poder del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, y otra parte, obtenida durante una ascensión posterior (febrero 1956), se encuentra a cargo de la Dra. Grete Mostny en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. Entre estos últimos, se encuentra un trozo de plato incásico dibujado con el motivo característico y varios bordes de aríbalos pequeños; todos estos fragmentos estaban semi quemados.

En la cumbre del Tórtolas, los fragmentos de cerámica estaban repartidos sobre y a un lado de la pirca, y su forma y dibujo son en todo similar a los encontrados en el adoratorio de El Plomo. En el Tórtolas había además otros objetos, que no fue posible encontrar en El Plomo, por lo removido que estaba el relleno, como por ejemplo, un mortero de piedra con su mano correspondiente y un atado de leña semi enterrado en una esquina de la pirca (ver croquis adjuntos).

Como el resultado del presente estudio, estimamos que existen probabilidades de encontrar en el interior del relleno de la pirca, en el Tórtolas, objetos de interés arqueológico, semejantes a los que se bajaron de la cumbre de El Plomo, en perfectas condiciones y estado de conservación; y es por este motivo que se intentará en la próxima temporada de verano, ascender nuevamente dicho cerro, para excavar el relleno con el objeto de aportar un eslabón más en el conocimiento de la época precolombina de Chile.

Santiago — Setiembre de 1956.

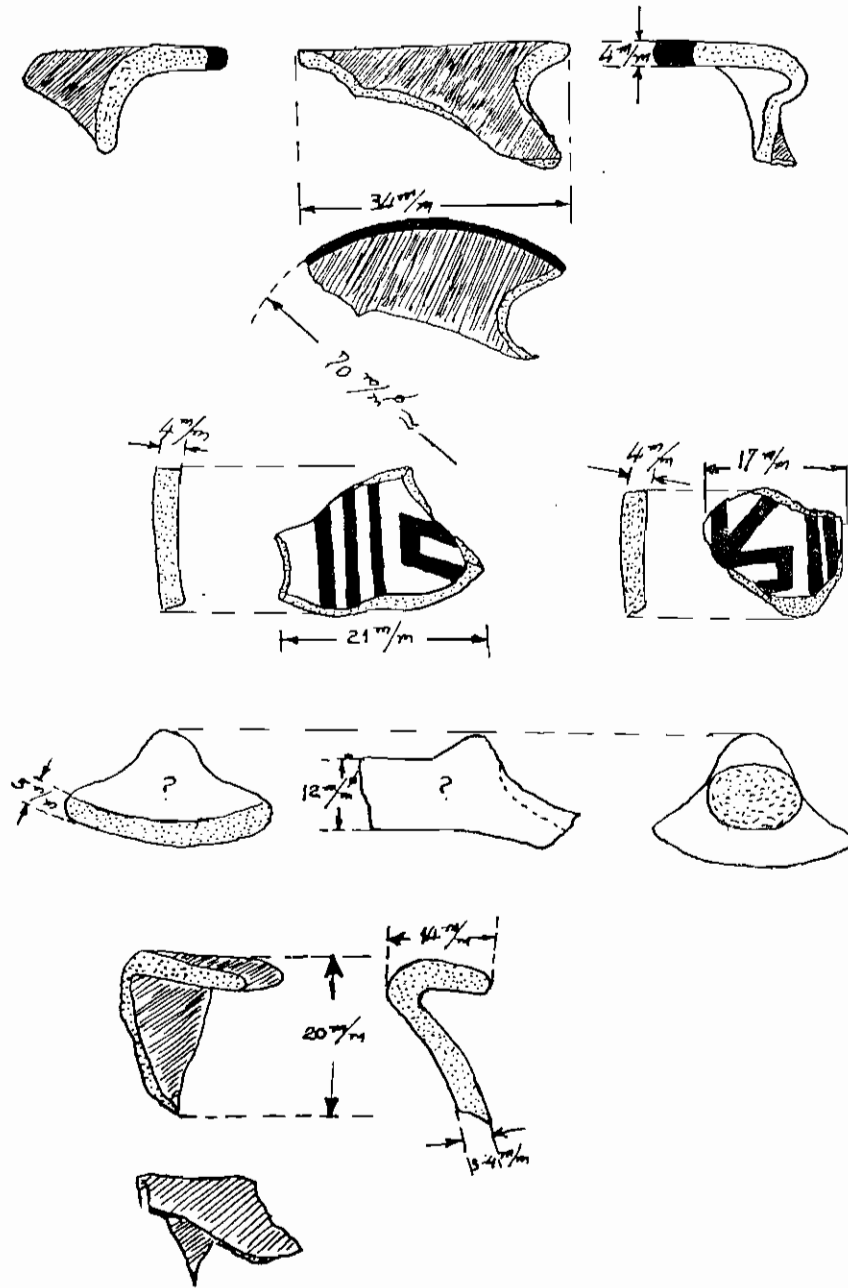
Segunda Parte:

*HALLAZGOS DE LA SEGUNDA TEMPORADA
DE EXPLORACIONES*

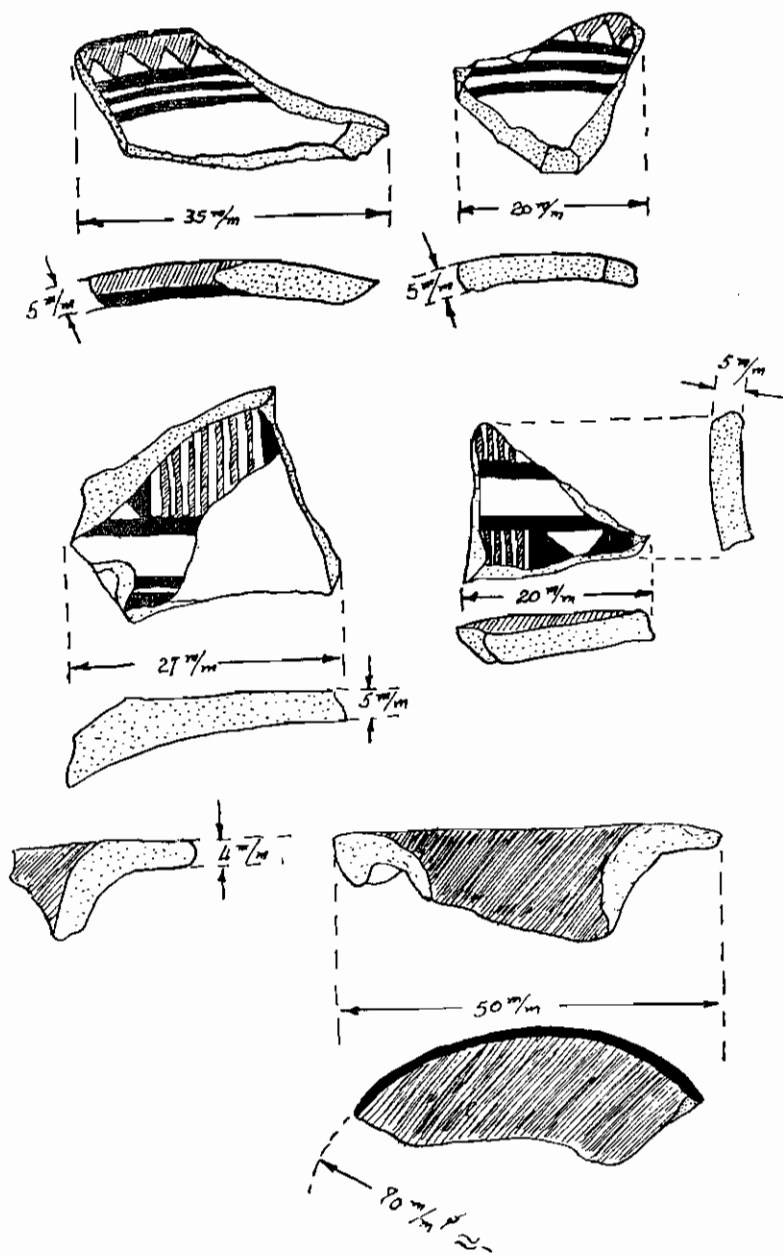
(Diciembre 1957 y Enero 1958)

(Informe preliminar)

En la cumbre del cerro de Las Tórtolas se encuentra una plataforma artificial en forma de un trapecio con la base al lado sur de 6 m de ancho, los costados de 9 m de largo y la parte superior al lado norte de 4 m de ancho. La superficie de la plataforma estaba dividida en forma radial en tres secciones por hileras de piedra con la mayor de ellas al centro. Superficialmente se encontraron numerosos fragmentos de cerámica decorada con motivos típicos incásicos, varias piedras utilitarias en forma de martillo y otras con aspecto de hachas rudimentarias; un mortero pequeño y plano con su respectiva mano de moler, bastones quebrados por su mitad y un atado de leña de "varillas" (arbusto que crece en la zona entre los 2.000



Fragmentos de cerámica de la cumbre del cerro Las Tórtolas (se indican las medidas).



Fragmentos de cerámica de la cumbre del cerro Las Tórtolas.

y 3.500 m) semi enterrado en la esquina nor-este de la plataforma. La construcción en sí está compuesta de piedras de todos tamaños (alguna de ellas de 300 kg de peso), provenientes de la misma cumbre o de lugares cercanos a ella y colocadas más o menos en orden unas sobre otras a través de toda la plataforma. El espesor de la construcción varía entre 30 cm que es la altura del borde en el extremo sur-oeste, y 1,80 m que fue la máxima profundidad excavada en el lado norte. Los huecos entre las piedras están rellenos con arena de color amarillento cuya procedencia aún no se ha establecido, así como ripio fino, y en el relleno del piso abundan los restos de fogones así como trozos de cordel de pelo trenzado, paja, pasto, plumas, trozos de cuero y hasta lauchas con sus nidos. Todo ello conservado como si el tiempo no hubiera pasado, ya que hasta las hebras de pasto se mantienen verdes y flexibles como recién cortadas.

El principal hallazgo lo constituyó un ídolo tallado en un trozo de concha marina de color rojo de 4 cm de altura vestido con diversos ropajes en miniatura, tejidos y bordados en varios colores, con una pequeña bolsa para la coca muy finamente elaborada colgada de un hombro y con un tocado de plumas negras detrás de la cabeza. (Fotos 1 y 2). Este ídolo se hallaba enterrado a 110 cm de la superficie en la parte central "del sector norte protegido por arena fina y rodeado de piedras de formas muy regulares aunque no trabajadas y que no pertenecían al material rocoso que forma la cumbre del cerro".

Unos 300 m más abajo en un portezuelo a 600 m situado en el filo que une la cumbre principal con una secundaria hacia el Nor-Este, se encontraron también un atado de leña y varios palos de 2 a 3 m de largo, que prueban cuál era la ruta de ascensión de los indígenas constructores de la plataforma cumbre. A 5200 m en los lomajes al lado norte del cerro, se encuentra una pequeña laguna muy bien protegida del viento en una hondonada rodeada de promontorios rocosos y junto a ella se ubicaron restos de pircas de alojamiento con pequeños fogones en su interior y algunas piedras utilitarias del mismo tipo que las halladas sobre la plataforma de la cumbre.

* * *

Algunos datos respecto a las expediciones mismas servirán para comprender mejor la magnitud de la labor realizada durante la permanencia en el terreno de un total de 69 días, entre 1956 y 1958:



FOTO 1. -- Estatvlla hallada en 1958 en el interior de la construcción del cerro Las Tórtolas.
(Foto L. Krahl; clisé Soc. Suisse des Américanistes.)

Fueron ascendidos: 6 veces el cerro de Las Tórtolas (6332 m), 3 veces el Doña Ana (5690 m); 1 vez una cumbre de la cordillera de la Punilla (5300 m). Además, se recorrió en reconocimiento y estudios un área de 1500 km² investigando la casi totalidad de las quebradas y lugares de posible ocupación precolombina, recorriendo para ello una distancia de alrededor de 600 km a lomo de mula.

Comparando los recientes descubrimientos del Cerro de Las Tórtolas con los del Cerro del Plomo (1954), se presentan varias características comunes, que no detallaremos aquí. (Ver G. Mostny (Editor), *La Momia del Cerro El Plomo*. Bol. Mus. Hist. Nat., t. 27 N^o 1. Santiago, 1957; también Centro de Est. Antropol. Univ. de Chile, "Arqueología Chilena", Publicación N^o 4. Santiago, 1958).

A P E N D I C E

LAS TÉCNICAS DE LA INDUMENTARIA DE LA ESTATUILLA HALLADA EN EL CERRO LAS TÓRTOLAS

POR MARÍA D. MILLÁN DE PALAVECINO *

La apariencia es muy semejante a otros ajuares de estatuillas provenientes de hallazgos de altura y cuyo material he analizado directamente. En este caso, la observación he debido hacerla sobre las fotografías; no pueden estudiarse las fibras, ni colores, ni porcentajes de hilos. Pero sí se han constatado las técnicas textiles que resultan ser idénticas en un todo, a otras técnicas de ajuares descritos en este mismo tomo. El ajuar está integrado por manta, bolsa, tocado, y cordeles. Cada pieza tiene estos caracteres:

Manta: Envoltura de la figurilla. Técnica en "punto de poncho", o *warp face* o faz de urdimbre o trama cubierta. Borde de terminación: de varios colores alternados a cortos espacios, hechos con aguja. Modo de llevarlo: dispuesto envolviendo la figura desde el

* Para ampliar el estudio cultural de los hallazgos del cerro Las Tórtolas, se incluye el presente análisis realizado sobre la base de las fotografías publicadas por R. Naville: *Sanctuaires Incas dans la Cordillere des Andes*, Bull. de la Soc. Suisse des Américanistes N^o 16, Septiembre 1958, Ginebra. Son las mismas que se reproducen aquí. (N. del D.).

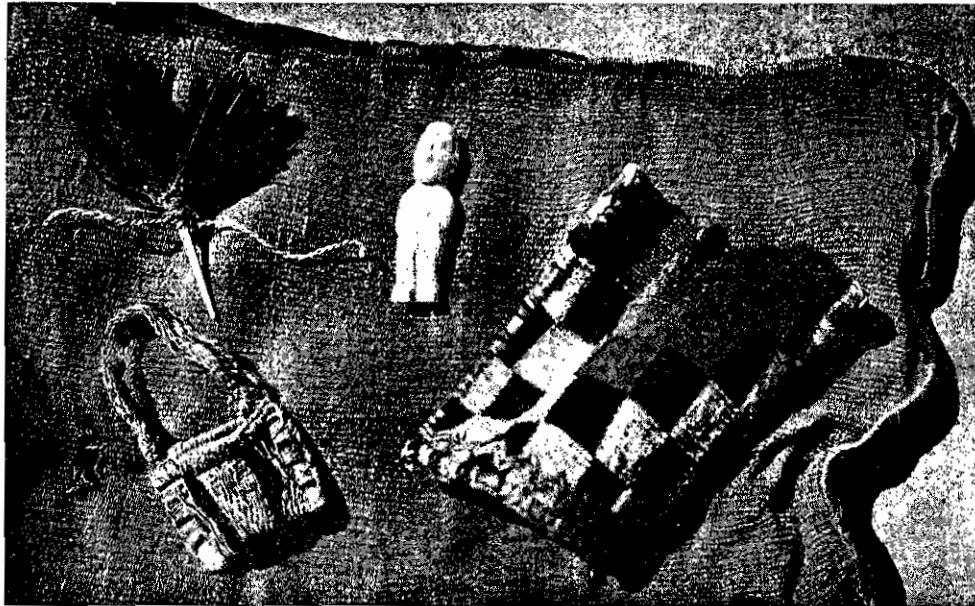


FOTO 2. — Lo estotuiilla tallado en concha rojiza (largo 4 cm) y sus elementos. (Idem)

cuello hasta más abajo de los pies. Envuelve la figura y está ceñida al cuerpo que rodea con un cordón de hilo retorcido.

Uncu (túnica): del formato común, tela recta doblada. Por su mitad y unida con costuras que forma por sí, por grosor y colores una decoración. El borde del cuello o pasa-cabeza, terminado con festón de colores, y lo mismo el borde de las mangas. Sobre el ruedo o borde inferior, un adorno de hilos dispuestos en zig-zag y en doble hilera es semejante a los adornos de la túnica que lucen las figuras del Cerro Gallan. Este uncu tiene la particularidad de estar trabajado de "franes" o escaques de dos colores; el dibujo logrado mediante la técnica de *kelim* o tramas cortas. Son siete cuadros en el borde inferior que disminuyen hacia arriba, pero llega hasta los bordes de la abertura para el brazo.

Bolsa coquera: hecha con técnica *warp face*, con franja central de otro color y de técnica en tipo de falda doble faz (estilo muy usado en el sud boliviano). El pasamanos de dos colores es de un tejido *warp face* flojamente tejido, y que sirve para asir la bolsa. Costuras de adorno, muy gruesas y anchas; evidentemente una pieza decadente, desde el punto de vista de la técnica textil.

Tocado: formado por un manojo de plumas reunidas por los cañones, que se afirma en la nuca y se despliega hacia la parte superior.

Cordel, retorcido de dos cabos. En él se atan por su base las plumas del tocado.

A través de las fotos y con el auxilio de la lupa se han determinado las técnicas textiles, cuya observación se impuso en razón de ser idénticas, prendas y técnicas, con otros ajuares de altura. Aún cuando no pueden incluirse todas las determinaciones del análisis requerido, resulta en este caso un testimonio fidedigno; y además, un nuevo eslabón para el estudio de los ajuares de altura.

EXPEDICIÓN DE ANDINISTAS SANJUANINOS AL CERRO LAS TÓRTOLAS (Febrero de 1960)

Por ROGELIO DÍAZ COSTA

Transcripción, con algunas supresiones, de una nota aparecida en "Diario de Cuyo" (San Juan) el 24 de febrero de 1960, sobre la base de informaciones proporcionadas por el jefe de la expedición, Sr. Erico Groch. La incluimos para complementar los datos del mismo autor sobre el Río Frio —situado al N. E. de esta zona—, y de los andinistas chilenos sobre sus hallazgos en el Cerro Las Tórtolas

El cerro "Las Tórtolas", en Iglesia, está vinculado a viejas leyendas que son conocidas en ambas laderas de los Andes. Quien señala que "por el paso" cruzó Francisco de Paula Soria, llevando su tesoro, en tiempos de los Pizarro; otros lo vinculan al "finao Picón", que se heló por unas "petacas de oro", y cuyo cuerpo encerrado en un ataúd de hielo trata siempre de volver al valle.

También los miembros del Club Andino Mercedario, que escalaron el cerro, recogieron otra leyenda, según la cual dos aventureros alcanzaron la cima en busca del tesoro de los indios, pero uno de ellos murió y el otro —mudo— no pudo relatar nunca lo que sus ojos asombrados descubrieron. Esta última leyenda se vincula, en cierto modo a la tradición de "los tesoros del rescate", según la cual cuando Atahualpa fue capturado por los españoles, ofreció un cuarto lleno de oro hasta la altura de su brazo extendido sobre su cabeza. Los "chasquis" del imperio del Tawantinsuyo buscaron el oro por todas partes y lograron reunir una gran cantidad. Pero al saberse la muerte del Inca, lo escondieron en lugares inaccesibles. Uno de esos lugares sería el cerro Las Tórtolas.

Pero también los expedicionarios del Club Andino Mercedario encontraron en el trayecto recorrido para escalar el cerro, restos de las culturas indígenas. Unas veces en "piedras pintadas" —petroglifi-

fos— en la quebrada de Conconta y, más arriba ya en las proximidades del cerro, sobre el Paso Tórtolas, pircas indígenas, donde recogieron restos de cerámica.

Hemos observado esta cerámica y podemos reconocer dos tipos: una roja de tipo común, gruesa y bien cocida trabajada la forma a espátula. La otra es más interesante pues se trata de una cerámica fina, pulida, con una decoración reticular en negro sobre fondo blanco. Este blanco es similar a otra hallada hace algunos años en las proximidades del Río Frío, en el Valle del Cura, donde se hallan varias pircas de grandes dimensiones. Sólo varía el motivo. En Río Frío el motivo es un “guanaco”, pero el fondo blanco es el mismo.

Lo interesante es que en ambos casos las “pircas” indígenas se hallan en una región muy alta y ambas conservan restos de cerámica similar.

Cabe señalar que se trata de una zona extraordinariamente difícil por la presencia del “soroche” o “puna”, que afectó a algunos expedicionarios.

Durante su estada en la zona, la expedición se dividió en dos partes: una que encaró directamente el escalamiento y otra que recorrió las Vegas de Aguilar y el cerro y quebrada de La Sepultura, lugar éste en el Valle del Cura, próximo al río, en una línea que media entre los cerros Tórtolas y Deidad, y que suele ser muy frecuentado por los viajeros ya que se trata de un lugar con bastante reparo y donde hay tres pircas adosadas, de buenas dimensiones.

El grupo escalador, formado por Erico Groch, Rodolfo Perelló y Sergio Fernández, instaló el primer campamento a los 4.900 metros, precisamente donde se encuentran las viejas pircas indígenas que conservan restos de cerámica. Los expedicionarios se preguntaron: ¿Qué hacen esas construcciones allí?, en el terreno árido y rocoso. Que puede extrañar si los indígenas americanos no sólo construyeron en las cumbres sino que levantaron en su tránsito por todos los rumbos millares de pircas para los chasquis del Imperio. Además allí había alguna razón. Ellos nunca hicieron nada sin sentido.

Los componentes de la expedición instalaron una pequeña carpa para protegerse del frío, pues el tiempo se descompuso. Tras soportar el temporal durante dos días, los escaladores avanzaron por la margen derecha del glaciar que baja desde el cerro. Nuevo temporal y bajo su azote se llegó a los 5.300 metros de altura donde se acampó. El día siguiente amaneció despejado y siempre bordeando el glaciar se continuó hasta el “filo” final. Allí observaron que

no se hallaban en la cumbre más alta, y que aquélla se presentaba más al oeste, separada por una depresión cubierta de hielo, tras descender 200 metros. El valle intermedio fue atravesado tras 3 duras horas de marcha hasta que a las 15.30, pisaron la cumbre de 6.213 metros los señores Erico Groch, Rodolfo Perelló y Sergio Fernández¹.

Pero la gran sorpresa no la constituyó en definitiva el nuevo pico, sino la comprobación de que esa cumbre había sido ya conquistada por expediciones chilenas que la escalaron por la vertiente occidental. Allí estaba la documentación, en una pequeña pirca, encerrada en un tubo de aluminio, y que indicaba que quienes se les anticiparon eran miembros del Instituto de Historia Natural y Ciencias Geológicas de la Universidad de Chile y del Club Andino de Santiago de Chile. Éstos, durante siete horas habían trabajado en la cumbre abriendo pequeños fosos —dos de 80 centímetros más o menos— que los miembros del Club Andino Mercedario suponen serían hechos con el propósito de hacer estudios arqueológicos, movidos, tal vez, por las leyendas conocidas².

1 Con respecto a la altura, ésta fue tomada por el señor Rodolfo Perelló, quien llevó dos altímetros, un hipsómetro, y dos termómetros, registrando 6.213 metros, contra 6.332 que anotan los escaladores chilenos que les precedieron poco antes.

2 Ver el artículo de Krahl y González, en este mismo tomo. Aparece clara la relación entre la pequeña "tambería" con cerámica hallada en el Paso Tortolas a 4900 m, y el ofrendatorio de la cumbre. (N. del D.)

LAS PIRCAS INDIGENAS DE RIO FRÍO (Prov. SAN JUAN)

POR ROGELIO DÍAZ COSTA ¹

Sobre una de las márgenes del río Frío, en el departamento de Iglesia, en las proximidades del Cerro Las Tórtolas, cerca de la línea limítrofe con Chile, a casi 4.000 metros de altura, se encuentran restos de construcciones indígenas, las que han sido visitadas por los miembros de la expedición encabezada por el señor Dante Elio Adler y el autor de esta nota. (El río Frío es un afluente del río del Valle del Cura).

Llama la atención, por lo inhóspito de la zona y la altura a que las mismas se encuentran, la existencia de aquéllas, lo que demuestra que los indígenas han podido soportar las bajas temperaturas que allí se registran, con relativa facilidad. Es evidente por otra parte, que en las pircas de río Frío se alojó una regular cantidad de personas al juzgar por el número de aquellas construcciones, situadas sobre un camino que lleva a las altas cumbres, donde según diversos indicios, se encontrarían otras construcciones.

Las pircas se hallan en un llano sobre una meseta extensa flanqueadas por el río Frío y la sierra, donde no existe casi vegetación excepto en las vegas formadas por el citado río. Sus dimensiones

¹ A principios de 1954 se realizó una expedición auspiciada por el señor Dante Elio Adler, de San Juan, que tenía por objeto hallar una antigua "ciudad" dedicada al laboreo de metales supuestamente situada en la zona cordillera del norte de San Juan. No la hallaron, pero sobre el río Frío, afluente del Valle del Cura al pie del Cerro Las Tórtolas, hallaron un conjunto de construcciones precolombinas. Rogelio Díaz Costa, participante de esa expedición, las describió en dos artículos aparecidos en el diario "La Acción" de esa ciudad (3 y 7 de marzo de 1954). Reproducimos aquí, con pocas supresiones, el texto de los mismos. (Un artículo anterior, del 25 de febrero, detallaba los antecedentes históricos referentes a aquel centro minero, varias veces hallado durante la época colonial, y vuelto a olvidar. Trátase de las legendarias "labranzas de Soria"). - (N. del D.).

son relativamente grandes, si se comparan con las muchas que existen en distintos lugares de la cordillera, a la vera de los caminos y que son utilizadas por los que viajan por esas regiones a las que se ha denominado "alojamientos". Su altura no pudo ser mucho mayor de la actual, ya que no existen piedras que agregadas a las que forman las construcciones, dieran a las mismas mayor altura. Esta oscila, más o menos, entre 50 y 90 centímetros. Los agentes climáticos las han disminuído un tanto, allegando piedras pequeñas, arena, etc., por lo que es de suponer que antiguamente fueron de más o menos 1,20 metros de alto, con un diámetro de dos metros, estando la abertura de entrada orientada en distintas direcciones, pero con preferencia hacia el centro de un gran espacio pircado que forma una plazuela enmarcada por las pircas.

En su construcción se ha utilizado, en mayor proporción, piedra de la zona, aunque no faltan otras que debieron ser traídas. Tal cosa ocurre, por ejemplo, con una variedad de travertino, uno de cuyos trozos está completamente pulido en una de sus caras, afectando una forma rectangular. Esta piedra debió haber sido bastante grande, posiblemente de 1,60 a 2 metros, pero fue destruida por los buscadores de tesoros que creían hallar junto a ella el legendario "tesoro de Soria". Partes de esta piedra se encuentran en una de las pircas, pero indudablemente fue llevada allí en épocas muy recientes, sin duda con el deseo de aumentar la altura de la misma. La totalidad de las construcciones son circulares, con excepción del espacio pircado que es rectangular y que tiene un tamaño de 10 por 25 metros aproximadamente, bordeado por las pircas, varias de las cuales se hallan fuera de dicha plazuela. Es evidente que estas construcciones han sido utilizadas en épocas no muy lejanas por personas distintas a sus primitivos constructores, las que las han revestido, en su parte interior, con "champas" provenientes de las vegas del río, sin duda con el objeto de hacerlas más abrigadas, cubriendo los intersticios de las piedras. En la base, dejada al descubierto por los buscadores de tesoros que han excavado en su interior, se observan piedras asentadas en capas superpuestas y colocadas en distinta dirección, con el objeto de darles más solidez. No hay vestigio de argamasa de ninguna clase, razón por la que denominamos a las mismas con el nombre genérico de "pirca". En cuanto al espacio pircado, éste no está señalado por murallas de pirca, que es lo habitual en la región del noroeste argentino, sino por piedras

que apenas asoman sobre el piso, el cual también ha sido excavado en algunos lugares. Ignoramos para qué fue utilizado, puesto que es inadmisibles que se emplease para guardar ganado, salvo que en tiempos anteriores hubiese sido más alta, cosa que es de dudar pues no se hallan en el lugar suficientes piedras para demostrarlo, las que pudiesen haber caído con el correr del tiempo.

Diseminados sobre el piso de la plazuela y en el interior de algunas pircas se encuentran trozos de cerámica indígena. Creemos que la misma fue destruida por los agentes climáticos y los infatigables buscadores de tesoros, que por lo general no vacilan en destruir todo, en un afán acucioso de descubrir los "cogotes de guanacos", que constituyen su obsesión, obsesión que es general en la zona montañosa, donde cada habitante tiene el secreto de un "redotero" imaginario, cuya ilusión le tortura y le impulsa a arriesgarse en aquellas desoladas regiones, donde el viento blanco, las nieblas, la nieve, la escarchilla, los guanacos y el frío reinan en una lucha constante y despiadada.

El camino de los indios no está muy bien marcado y se necesita una detenida observación y mirar en perspectiva para casi adivinar una mancha que se prolonga hacia el sur y el norte de las pircas, cuyo piso está bien asentado y es llano completamente.

Probablemente estas pircas se continuaron hacia el sur del sitio en que se encuentran, pero el río Frio, que en ese lugar describe una curva de este a oeste, volviendo hacia el norte, ha ido socavando el terreno, provocando su derrumbe y destrucción. Refirma esta opinión el hecho de que una de las pircas, la más grande de todas, se halla en el borde mismo de la barranca y parte de la misma ha caído al río, el que con el correr del tiempo terminará engullendo a todas. Esta circunstancia hace que sea urgente que las construcciones sean estudiadas detenidamente, fotografiadas etc. antes de que se pierdan como monumento arqueológico.

Volviendo a la pirca que se halla al borde del río, es creencia que en su interior se hallaba el "tesoro de Soria"; hecho que se presta al comentario jocoso, pues es difícil que así fuera, por varias circunstancias: primero, porque el documento que lo ubica señala una casa blanca, y la pirca es negra; segundo, dice que tiene la puerta hacia donde sale el sol y ésta la tiene hacia el sur; tercero, porque expresa que la piedra verde se halla frente a dicha puerta, y a lo que se ve, una piedra grande —que no es verde sino blanca—

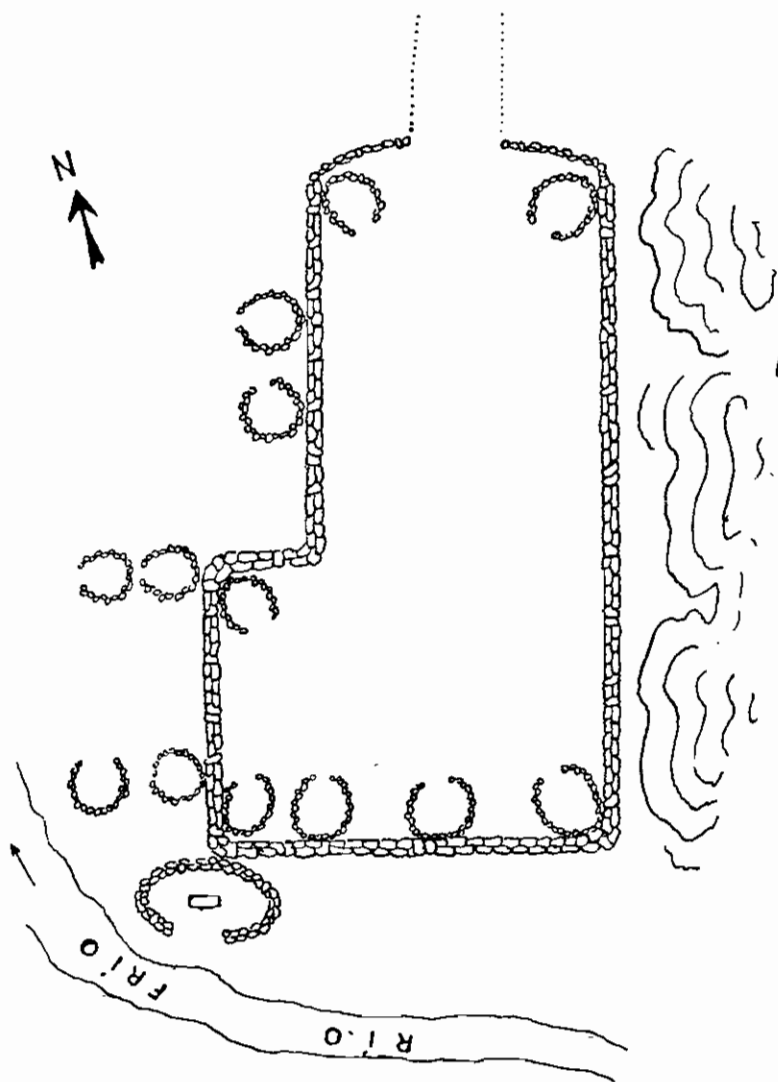


FIG. 1.— La plazoleta (de 25 m de largo) y las construcciones pircadas de Río Frío.

estaba en el interior de la pirca, sin duda para sostener un techo, ya que la profundidad de la pirca es mayor que la de las otras. Aparte de ello el lugar no ha sido habitación permanente —por lo menos lo suponemos— dadas las características de las construcciones. Además, no es posible pese a la transformación que sufren las rocas, que éstas hayan cambiado de color. Finalmente, no debe esperarse que exista tal tesoro, y que si lo hubiere habido en algún tiempo, debió haber sido extraído por los jesuitas que fueron conoedores del mismo o por algunos de los muchos buscadores que desde hace cuatro siglos, se encuentran empeñados en descubrirlos.

Resumiendo, se trata de construcciones indígenas que posiblemente fueron simples paraderos, donde, si alguna vez habitó gente de los pobladores primitivos, no perduró en el lugar. Por otra parte no se trata de construcciones recientes, lo prueba el hecho de que se encuentran semienterradas, aunque pueden haber sido ocupadas luego por mineros, contrabandistas, pastores o simples viajeros. La cerámica allí existente demuestra que alguna vez estuvieron en ellas pobladores indígenas que las dejaron, ya porque se les rompió, ya porque los temporales de la zona les alejaron sin tiempo para recogerlos o por falta de medios para transportarlas. Difieren estas construcciones de las comunes en la cordillera, en que no están constituidas por una pirca central y varias adosadas, por así decirlo, a aquéllas, sino que la totalidad de las mismas son independientes.

Con referencia a las supuestas minas que existirían en el lugar, tales minas no existen y serían las que se encuentran más alto, según lo afirman los baqueanos de la zona. El lugar donde se hallan las pircas no ha sido utilizado para acumular minerales pues no se encuentran desmontes de ninguna clase; no existen marayes ni indicios de ninguna naturaleza que hagan suponerlo.

Se trataría, pues, de construcciones utilizadas como *tambos* por los trabajadores en las minas, únicamente como lugar de descanso, antes de emprender la subida o al descender la cuesta, marcando así una jornada de camino.

Con relación a las minas a que se refieren los documentos históricos, se hallarían mucho más alto y en lugares poco menos que inaccesibles, lo que explicaría el que fuesen abandonadas por los que, en diversas oportunidades, las encontraron; o también, que muchas veces no fuesen vnetlas a encontrar, no por que hubieran

cambiado de lugar sino porque el clima violento, los fuertes temporales del cerro Las Tórtolas, hubiese impedido volver al sitio.

De ahí que una expedición encamiada a llegar hasta las mismas, debiera establecer un campamento base en el cerro de La Sepultura, que es el lugar más propicio, y desde ahí extender, en sucesivas etapas, el radio de acción hasta llegar al lugar donde se hallan las construcciones grandes y realizar en ellas detenidos estudios, pues en el caso de temporales se puede volver a la base y aguardar allí hasta que los mismos desaparezcan. Se necesita tiempo y un equipo moderno para poder soportar la altitud y la rudeza del clima.

De cualquier manera es extraño que a tanta altura y en lugares tan inhóspitos la población minera haya perdurado. Posiblemente, si lo hizo, lo fue solamente en la época de verano, pues en la invernal no hay ser viviente que pueda soportar la crudeza del clima y resistir los vientos blancos, las nevadas y el hielo de las altas cumbres.

La cerámica: En ningún caso, los fragmentos hallados exceden los dos centímetros por lado, lo que demuestra hasta qué punto ha llegado su destrucción. Esto quiere decir que tampoco hemos obtenido cerámica que permita identificar las piezas a que pertenecieron, con excepción del borde de un "puco" decorado con una línea de más o menos 6 mm. de ancho, paralelo al borde del vaso, el que posee el característico "pellizco" en la cerámica sobre la línea del borde.

A pesar de ser tan escasos los elementos obtenidos, puede observarse que existen varios tipos: Cerámica pulida roja, sin decoración; cerámica tosca ocre, sin decoración; cerámica pulida, roja por fuera y blanca por dentro, decorada con motivos zoomórficos estilizados.

Al primero de estos tipos corresponde el trozo de "puco". Ya se sabe que puco es una especie de fuentecilla cilíndrica-cónica de base chata más pequeña que su boca, que se utilizaba para fines domésticos generalmente para beber o comer, o para usos ceremoniales. El trozo a que nos referimos es de cerámica roja, muy bien pulido y de perfecta cocción y la decoración, consistente en una línea, como ya se dijo, de color gris pizarra. Su tamaño, a juzgar por el resto obtenido, debió ser de unos 10 a 12 centímetros de alto

y tener un diámetro en la boca de 20 a 24 cm más o menos. El reborde tiene 5 milímetros en su parte más elevada.

Este tipo de cerámica es común en el noroeste argentino y no ofrece motivo alguno de curiosidad*.

Al segundo tipo: Cerámica roja pulida sin decoración, corresponden varios pequeños trozos. No podríamos afirmar que no estuviera decorada, pues los restos son parte de otras piezas más grandes, pero de los varios recogidos, ninguno tiene muestras, por pequeñas que sean, de haber estado decorada. Se trata de una cerámica roja pulida, bien cocida y que conserva inalterado el color con que la señalamos.

La cerámica ocre, tosca, sin decoración, es común en toda la región de Iglesia, Jáchal, Calingasta, y en fin, en todo San Juan. La hay más gruesa también, pero en todos los casos está bastante bien cocida. No muestra decoración alguna, ni se pueden identificar las piezas a que corresponden, pero evidentemente es la que podíamos llamar "de batalla", de grandes tamaños.

En cuanto a la cerámica pulida, roja por fuera y blanca por dentro, con decoración zoomórfica, constituye una pieza verdaderamente notable por su pureza. Tanto en su preparación como en la ornamentación. La cocción es perfecta y las tintas utilizadas han perdurado por varios siglos sin alterarse. Tanto es ello que parte de la cerámica ha saltado sin que observe modificación alguna en la cerámica ni en la decoración. Podríamos decir que corresponde al tipo de vasos engobados, y hasta es de suponer que fue brillante, pero los agentes climáticos, particularmente los vientos que arrastran gran cantidad de arena, le dieron cierta opacidad que no afecta, sin embargo, la perfección de la pieza. Ignoramos la forma de la vasija a que perteneció, pero indudablemente debió ser pequeña. Por fuera era roja y blanca por dentro, y sobre el fondo blanco se ha dibujado, estilizado, un camélido. Debe haber habido varios de estos motivos. La cerámica blanca superior, tiene un espesor de menos de medio milímetro, mientras que la parte roja pulida alcanza a medio milímetro. El trozo en total tiene 7 mm de espesor y no hay signos —como suele ocurrir— del método empleado, ya sea espátula, ya la propia mano limpia, para darle forma.

Un trozo similar, del mismo tipo, con la misma decoración,

* Corresponde, lo mismo que el siguiente, al horizonte Inca. - (N. del D.).

hemos encontrado en Angualasto, en la profusa cerámica que se halla sobre la superficie de los barreales y aún a ambos lados del camino que conduce desde esta localidad a Colangüil.

Quizás una recolección detenida y minuciosa de la cerámica existente en las pircas de Río Frío, que no se pudo hacer a causa del mal estado del tiempo, permita encontrar otros motivos de interés. De cualquier manera queda demostrado que en el lugar fue utilizada una cerámica delicada y una grosera que no fue confeccionada en la zona, sino que fue llevada a aquel sitio, donde ha sido destruida.

Es posible que la misma cerámica se halle en las construcciones que, según los baqueanos, se encuentran más al sudoeste, ya sobre las faldas del cerro de Las Tórtolas. Si en aquéllas se encontrase cerámica incaica, podría decirse que realmente hubo población peruana.

Sin embargo, debe recordarse que aunque la documentación histórica dice que los peruanos trabajaron minerales de oro y plata en la alta cordillera sanjuanina, no consta que todos los operarios fuesen de esa nación. Bien es cierto que los diaguitas fueron tributarios de los Incas, y que las construcciones de la alta cordillera pudieron ser construidas por ellos bajo la dirección de los peruanos. En ese caso habría que observar si los incas hicieron construir de acuerdo a su estilo arquitectónico o adaptaron el regional, todo lo cual agregaría grandes motivos de interés a una nueva visita a la zona para poder localizar esas ruinas.

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA SIERRA DE FAMATINA (PROV. LA RIOJA) *

POR JUAN SCHOBINGER

Antecedentes.— En 1962 el Instituto de Arqueología y Etnología de la Universidad Nacional de Cuyo inició el estudio arqueológico sistemático de la provincia de San Juan, en especial de su área Norte. De nuestras exploraciones y excavaciones preliminares, y del conocimiento de algunas colecciones y la escasa bibliografía (cuyo único exponente de importancia sigue siendo el trabajo de Debenedetti de 1917) surgía un panorama cultural en tres grandes etapas: a) Precerámico (yacimientos con hallazgos superficiales de puntas ayampitinoides en la zona del río Gualcamayo y en la meseta de San Guillermo); b) Período cerámico, con culturas relativamente locales (principales grupos: de Angualasto o Sanagasta en el norte, y de Calingasta —relacionada con Agrelo en Mendoza (“protohuarpes”?)— en el sur); c) la presencia Incaica (Schobinger, 1964). Esta última no se superpone o desplaza a las culturas anteriores, sino que aparece yuxtapuesta, conservándose incluso algunos rasgos de las culturas locales hasta la época colonial. Las relaciones entre ambas no se hallan muy claras; la dominación imperial incaica parece haberse ejercido sólo a lo largo de sus caminos jalonados por *tambos*. En la zona cuyana, la línea principal recorría longitudinalmente los valles precordilleranos de norte a sud, acercándose cada vez más a la Cordillera con el fin de comunicarse con Chile, destino último del sistema vial en esta área (Vinchina -- Guandacol -- Gualcamayo -- valle de Iglesia -- Calingasta -- Uspallata). El poblado de

* El contenido de este artículo corresponde, con algunas modificaciones, al de una comunicación presentada al Congreso de Historia del Tucumán (31 de mayo al 5 de junio de 1965), cuyas Actas no han sido impresas.

Salvo indicación contraria, las fotografías son del autor. Los dibujos fueron realizados por Vicente Orlando Agüero Blanch, sobre borradores del autor.

Ranchillos en la zona de Uspallata, bien conocido por los estudios de Aparicio (1940) y Rusconi (1962) y por observaciones propias, nos sirvió de referencia inicial acerca del patrón de poblamiento incaico en esta zona, y de los tipos de cerámica asociados. Posteriormente se relevaron las cercanas ruinas de Tambillos, así como la "tambería" de Tocota en San Juan, ya visitada por Debenedetti (1916, pp. 126-129), reconociéndose asimismo su carácter de establecimientos incaicos.

Puestos a encarar las correlaciones con áreas vecinas, se imponía en primer lugar la provincia de La Rioja, en donde los tres períodos antes señalados se paralelizan claramente.¹

Una feliz circunstancia nos llevó a iniciar dicho estudio comparativo iniciando a la vez la labor de "Arqueología andinística" que desde mediados de 1963 venimos realizando. Ello fue el contacto con el señor Erico Groch, conocido audinista de San Juan, escalador de numerosas cumbres en dicha provincia y en las vecinas. En 1960 había asceudido junto con su hija Elda y Sergio Fernández, el cerro Negro Overo, segundo en altura del cordón del Famatina con sus 6050 m. s. n. d. m. (Ubicación: 28° 55' S, 67° 50' W). En la ocasión, había recogido el "testimonio" de su único predecesor, el geólogo Dr. Horacio Harrington, quien en 1941 había alcanzado dicha cumbre desde las Tamberías de la Pampa Real al oriente.² (Groch lo hizo por el lado occidental, desde el puesto Las Pircas). Decía dicho testimonio: "... En la cumbre había un corral de indios, varias astas de venados, rodados de arenisca y fragmentos de leña de retamo. Evidentemente ningún blanco lo había subido". También Groch levantó algunas astas que se hallaban diseminadas por el snelo pedregoso, pero, falto de información

1 Precerámico: el yacimiento superficial del Ttotal (Boman 1920), estudiado modernamente por el Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba; cerámico: centro primordial de la cultura de Sauagasta o Angualasto, con presencia importante de los períodos anteriores, sobre todo de La Aguada; incaico: restos de caminos y tamberías estudiadas por F. de Aparicio (1936-1937). A ello se agregan las observaciones de campo de los geógrafos Kühn (Boman 1920) y Rohmeder (1941-1949).

2 Hace 70 años el geólogo Rodolfo Hauthal se propuso ascender el Negro Overo, creyendo que era la cumbre más elevada del Famatina, pero cambió de rumbo al ver que el Nevado era más alto. Con grandes penurias realizó su primera ascensión, el 20 de mayo de 1895 (Hauthal, 1895).

Durante su campaña de exploraciones de enero-febrero de 1919, Franz Kühn ascendió la Sierra de Famatina hasta unos 5.900 m. Sns interesantes observaciones geomorfológicas se hallau contenidas en su trabajo (Kühn 1919), al que nos remitimos sobre dichos aspectos.

arqueológica hasta ese momento, no captó íntegramente su significado.

Obtenido el informe y puestos en contacto con el Sr. Groch, organizóse la primera expedición del Instituto al Famatina, que tuvo lugar del 8 al 16 de julio de 1963.³ El Sr. Groch ofició de guía y jefe técnico. En la ocasión se exploraron algunos sitios en Vinchina, así como los alrededores del puesto Las Pircas sobre el arroyo (entonces seco) Tambillos, al pie del Negro Overo. Este fue escalado el día 13 por los señores Groch, Bernardo Rázquin y el que escribe.⁴ Observóse la "pirca" de planta aproximadamente rectangular y se recogió un asta y un leño quemado, pero desgraciadamente un fuerte viento muy frío hizo fracasar la documentación fotográfica e impidió un estudio más detenido del lugar. Por ello se planeó una segunda expedición realizada del 29 de noviembre al 3 de diciembre del mismo año, partiéndose esta vez desde el lado oriental. Mientras el que escribe asistido por el prof. Pablo Sacchero y la Srta. Alicia Ruiz procedían al relevamiento minucioso de la Tambería de la Pampa Real a fin de completar los datos preliminares de Rohmeder (1941), Groch y Rázquin ascendían al Negro Overo y obtenían la documentación faltante. Además, descubrían un grupo de habitaciones situado a 5500 m, en la que también recogieron un leño. Durante el recorrido con mulares desde Corrales hasta la Pampa Real (unos 25 Km) se pudo observar el camino o "carril del Inca", de que ya nos diera noticia el autor citado, claramente visible en dos sendas rectas paralelas; asimismo, se descubrieron algunos petroglifos y un conjunto de "morteros" en el lecho rocoso de una hondonada.

Resultado principal de estas expediciones es la documentación de un itinerario atribuible con seguridad a la época incaica, con un ramal principal que es el que cruza la sierra de Famatina por el paso del Tocino (4250 m) y baja hacia Las Pircas para salir al valle de Vinchina (v. también Rohmeder 1949), y otro lateral que tiene por centro a la Tambería de la Pampa Real y desde la cual

3 La cruda estación elegida se justifica por no ser época de lluvias como lo es el verano, y por poder disponer entonces de mulares cedidos por la Gendarmería Nacional de Vinchina, colaboración que aprovecho para agradecer. Las dos expediciones de 1963 al Famatina tuvieron el auspicio de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (de la que depende el Instituto).

4 También integró la expedición la Srta. Elda Groch; por indisposición no llegó ahora hasta la cumbre.

se subía —en especiales ocasiones— hasta la cumbre del Negro Overo. Amplióse así la documentación proporcionada por Kühn y Rohmer, agregándose detalles de interés como lo es el probable ofrendatorio de la cumbre, atribuible con bastante seguridad al mismo período incaico. Correspondiente al otro extremo temporal, identificóse no lejos de Las Pircas un taller lítico, con puntas lanceoladas y otro material, de tipología precerámica.

Se describen a continuación los sitios estudiados y hallazgos obtenidos en el área central de la Sierra de Famatina culturalmente relacionados con el sitio de altura. Dejamos para otra ocasión las observaciones sobre otros lugares arqueológicos situados en los contrafuertes o al pie de dicha Sierra, así como la publicación del material precerámico de Las Pircas.

A) SECTOR ORIENTAL DE LA SIERRA DE FAMATINA (Ver mapa fig. 1)

a) *Itinerario Incaico principal*

Toponimia, historia y arqueología coinciden en que el tramo principal de la red caminera prehispánica al oriente de la cadena andina comenzaba a escalonarse en dirección a ésta, a partir de la extremidad sur del Valle de Santa María, dejando ramales que desembocaban en los centros más orientales del dominio imperial: Pucará del Aconquija, Saujil, Los Sauces (?), y, en la zona que estudiamos: la “tambería del Inca” de Chilecito (Greslebin 1940, Madrazo y Ottonello 1966; sobre los caminos: Alurralde 1948 y Strube 1963). Desde la fortaleza de Watungasta —para la que se tomó como base un antiguo poblado de la cultura de Belén— el camino se dirige nuevamente hacia el sur, paralelo a la actual ruta 40, jalonado por los tambos de Costa de Reyes y Los Cazaderos (Aparicio 1937). Es posible, como lo sugiere Boman sobre la base de los datos de Kühn, que haya existido un camino que, partiendo de la zona mencionada, se haya internado detrás de las escarpadas serranías llamadas El Crestón, uniéndose cerca del Portezuelo del Tocino con el que ascendía la empinada ladera del Famatina desde el Este (Boman 1920, p. 38); pero no hay duda de que el tramo principal era este último. Hay que suponer, pues, que el camino “real” continuaba desde Angnos hacia el sur, tal vez tomando parte

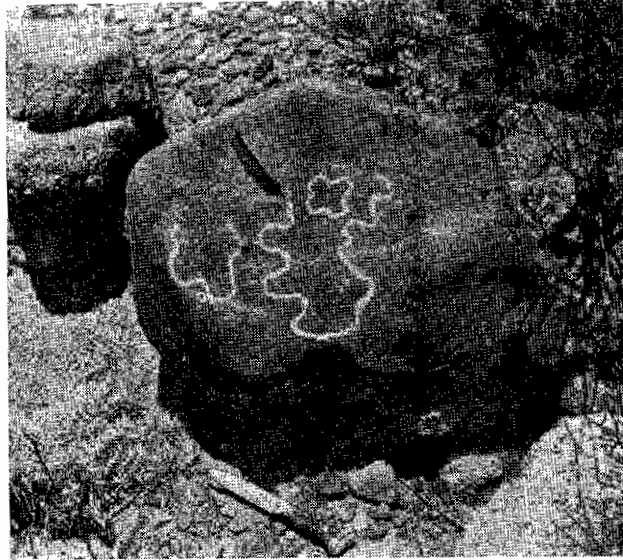


FIG. 3. — Petroglifo cercano al "camino del Inca".



FIG. 4. — Petroglifo cercano al "camino del Inca".



FIG. 2. — Grupo de seis morteros en el lecho rocoso de un arroyo seco.

del valle del río Blanco para salir en las cercanías del actual caserío de Corrales a la cuenca de los ríos Achavil-Amarillo. De aquí un ramal debía dirigirse por Las Gredas, Famatina y Plaza Vieja hacia el gran tambo amurallado de Chilecito.

El otro tramo se dirigía hacia el Oeste. Suponemos que buena parte de la ancha senda utilizada hoy día coincide con él. Hay partes terraplenadas o con sostenes de piedras que parecen ser simples reconstrucciones modernas de lo existente en tiempos antiguos. Tras cruzar el amarillento río Achavil —que desde allí tiende a encajonarse— la ruta sigue más o menos paralela al mismo.

“Morteros” en roca.— En un punto descubrimos algo inesperado, y que probablemente no corresponde a la época incaica: seis oquedades tipo “mortero” practicadas en el piso rocoso del cauce de un arroyo seco (fig. 2). Tres se hallan alineadas de S.E. a N.O., midiendo la primera 20 cm de diámetro por 20 cm de profundidad; 15 por 10 cm la segunda, y otro tanto la tercera. De sus proximidades parte una canaleta natural, que posiblemente fue usada ritualmente en relación con los morteros. Un par de metros más arriba, tres huecos similares forman entre sí un ángulo recto. La situación general de estas obras hace pensar que este cauce ya estaba seco

en la época indígena, y que los ritos se realizaban en relación con los momentos en que —tras alguna lluvia— pasaba el agua. (Tenemos aquí un caso en el que puede verse que estos morteros no fueron usados para “moler”).

Petroglifos.— Algo más arriba, sobre una meseta a unos 50 m de la senda actual, a la altura del río “Caño Seco”, descubrimos dos rocas con la oscura “pátina del desierto” en su superficie, que presenta grabados rupestres hechos con una técnica de percusión suave. Una es pequeña, con motivos curvilíneos y una cruz de brazos anchos y cortos (fig. 3). La otra tiene líneas curvas y motivos simbólicos, entre los que se destacan la cruz enmarcada y el doble rectángulo (fig. 4). Unos 200 m más arriba se halla a la izquierda del camino otra roca con petroglifos sencillos e irregulares, al lado de los cuales hay letras modernas.

La interpretación de estas obras no es fácil. Por un lado, por su tendencia estilística se acercan al Estilo B de Lorandí (1965), que corresponde según esta autora a la primera mitad del período Tardío del Noroeste (aproximadamente 1000 — 1300), no estando demasiado alejados de un importante centro de ese estilo (Campanas — Chañarumuyo). Por otro lado, la falta de rastros de las culturas correspondientes —Belén, Angnalasto— en las inmediaciones (aunque esto podría deberse a una laguna en la investigación) y sobre todo su aparente asociación con la ruta incaica, llevarían a considerarlos como manifestaciones muy tardías y algo decadentes de un arte de raíz local —digamos, Diaguita—, realizado bajo la dominación incaica por súbditos de éstos con un fin ritual similar al de las apachetas y círculos de piedras que en puntos altos de la sierra jalonan el camino.

La figura cuadrangular (“toco”) podría verse como directa influencia incaica.

De acuerdo con esta hipótesis, tendríamos aquí unas de las pocas manifestaciones rupestres que, en el área La Rioja - San Juan, podrían datarse del período incaico (Schobinger, [MS] II).

Datos sobre ruinas.— En 1919 Kühn observó las ruinas pircaadas de un pequeño poblado, cerca del actual puesto “Chilitanca”. (Da erróneamente su altura en 2950 m: según el plano de Pusch es de 2.400 m. Rohmeder en cambio da 2150 m (1941, p. 111), induda-

blemente muy baja). Dice que se parecen a las de la Pampa Real, pero más desparramadas y menos bien conservadas. En su mayor parte se hallan cubiertas por vegetación. Hay construcciones rectangulares que tienen aberturas de entrada de unos 0,50 m de ancho. También observó la existencia de grandes rocas con hoyos de morteros en su superficie (Boman 1920, p. 37-39). En nuestra expedición no tuvimos oportunidad de examinar estas ruinas. De los datos aportados puede inferirse que Chilitanca fue un tambo sobre el camino incaico; tal vez el punto donde el camino que venía del norte entoncaba con el de Este-Oeste. Su nombre puede ser supervivencia de la época precolombina.

Otro conjunto habitacional, más pequeño, es mencionado por Rohmeder (1941, p. 111; 1949, p. 89) al lado del Puesto de Alvarez (cerca del llamado Portezuelo de Tule sobre la margen del río Achavil). En el mismo halló "pedazos de alfarería del corriente tipo diaguita". Hallándose a casi un kilómetro al norte de la ruta incaica, su filiación cultural no es segura.

"*Carril del Inca*".— Desde una pequeña loma que sigue a Chilitanca, puede observarse nítidamente el camino, notable por su conservación, su recta orientación E-O, y, sobre todo, por la comprobación de que no se trata de uno sino de dos, completamente paralelos (fig. 5). Se extiende este tramo por un amplio *glacis* poco inclinado hacia la Sierra, en una extensión de 2,5 km. La senda del lado sur tiene entre 5 y 6 m de ancho (Rohmeder midió entre 7 y 8 m), y es utilizada actualmente como camino de herradura. A unos 15 m al norte corre el otro camino, algo menos ancho (unos 3,50 m). El primero conserva todavía en muchos puntos las piedras alineadas por su borde (fig. 6). Rohmeder observó y fotografió este camino (1941, p. 111), pero curiosamente no se dio cuenta de su carácter de doble.

¿Cómo explicarse este "Injo"? Mucho hemos pensado sobre ello, y consultado bibliografía sobre los caminos incaicos, sin resultado convincente. En un trecho largo del camino situado en la "banda" Norte, se ha formado una torrentera que lo ha deteriorado. Si esto se produjo ya en la época prehispánica, pudo dar motivo al trazado de un nuevo camino. Los motivos geométricos-rituales que llevaron al trazado rectilíneo y a una orientación definida de las rutas incaicas —cuando el terreno lo permitía— llevaron a no contentarse con una mera "variante", como hubiéramos hecho nosotros.

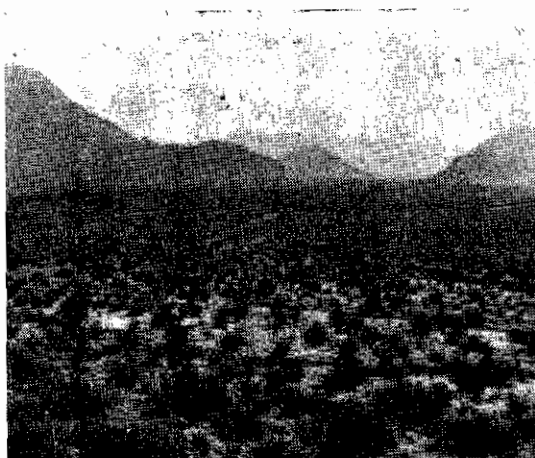


FIG. 5. — Las dos líneas paralelas del "camino del Inca"
(vista hacia el Oeste.)

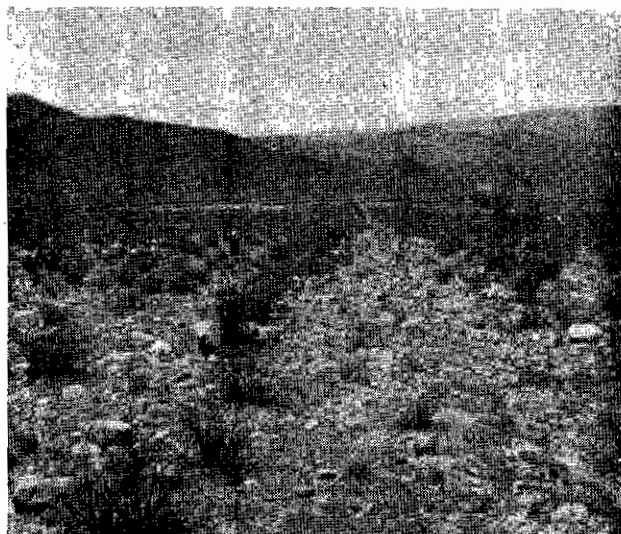


FIG. 6. — Línea del costado Sur del "camino del Inca"
(vista hacia el Este).

Lo curioso es que, al parecer, el carácter doble del camino continúa aún por un cierto trecho más hacia el Este, cuando la topografía le impone una serie de curvas. Esto por lo menos es lo que se observa en el camino actual.

Para la descripción ulterior del camino —subida hasta el paso del Tocino (4250 m), tramo en la zona alta, y descenso en la vertiente occidental (la “cuesta del Inca”)— remito al artículo de Rohmeder, 1949.

b) *Itinerario lateral*

El camino real es cortado por el río Achavil, que corre encajonado de S.O. a N.E. Una senda casi inexistente asciende paralelamente al mismo continuando luego hacia el sur en busca de la mina “La Mejicana”. En otros tiempos, el mismo camino se debió tomar para llegar a un importante agrupamiento de viviendas, llamado “Las Tamberías de Pampa Real”.

Frente a la “Loma Bola” (donde en tiempos de Rohmeder hubo un puesto), este autor observó la existencia de un pequeño terraplén de piedras, “en la bajada hacia un arroyo con un corte en la barranca y amurallamiento en el borde opuesto” (Rohmeder, 1949, p. 89). No lo hemos visto, pero en cambio observamos poco antes de la llegada a las “Tamberías”, una doble hilera de piedras grandes adosadas, como bordeando a la antigua senda. Esta parte conservada tiene unos 10 m de largo, y se abre un poco en ambos extremos. Unos 200 metros después se comienza a divisar en dirección S.O. un amplio valle recorrido por el arroyo Volcancito; es la “Pampa Real”. Nombre sugestivo, que bien puede reflejar el recuerdo de que allí hubo un centro de una “realeza” más antigua que la hispánica. Algo más al sur, un paraje similar repite el topónimo: es el “Real Viejo”.⁵

Se trata de un valle de origen glaciar, ampliamente cubierto tanto en las laderas como en el fondo por acarreos, y cruzado actualmente por el río Volcancito que tuerce lentamente hacia el N.E. “Toda la hondonada constituye un amplio campo de cantos rodados,

⁵ Otro más se halla a 3700 m en la vertiente occidental de la Sierra, cerca del Portezuelo de Huacachica cruzado por el camino: “Realito” (puesto y arroyo).

de composición granítica, oriundos de las faldas orientales de la sección norte de las cumbres centrales de la Sierra de Famatina. Morfológicamente, este campo se compone de los diferentes conos de deyección de los torrentes que salen de las cabeceras semicirculares de los valles de la referida falda oriental de la zona encumbrada, abanicos de cantos que se unieron y siguen uniéndose durante su continua formación y transformación". (Rohmeder, 1941, p. 114).

La vegetación es muy rala, formada sobre todo por matas de "pasto duro", que al tiempo de nuestra visita hacían lucir al valle de un vistoso color amarillento. El clima es ventoso y frío. La cota de altura oscila alrededor de los 4000 m. (Más detalles fisiográficos pueden verse en Rohmeder, op. cit.).

Las ruinas de la Pampa Real (figs. 7-21). Reproducimos aquí nuestra documentación referente a este conjunto habitacional, ampliando así y rectificando en algunos detalles las breves descripciones dadas por Kühn-Boman y Rohmeder.⁶

La "Tambería" está constituida por tres grupos, cada uno constituyendo un "semi-conglomerado" (según la definición de Madrazo, 1966). El primer grupo al que se llega, que denominamos A, está formado sólo por 3 recintos, orientados un tanto hacia el N.E. (fig. 11). Se halla, como los dos grupos siguientes, sobre el comienzo del faldeo, todavía poco pronunciado, que limita al valle por el costado N.O. (Ver plano general, fig. 10).

Por su ubicación y características, el primer recinto parece haber sido la habitación del "guardia" (mide 4,50 x 3,80 m), con una subdivisión interior baja. Las paredes son anchas (entre 0,65 y 0,50 m), conservando una altura de 1,05 m. Hay un pequeño corral adosado de 7,50 x 7,70 m. (Salvo otra indicación, se proporcionan siempre las medidas *externas*). En su interior, y en el exterior del recinto habitacional, se encontraron numerosos fragmentos de cerámica (ver más abajo). Hacia el N.E. se observa una línea irregular de piedras. Se trata de piedras caídas alguna vez del muro, o tal vez un muro derrumbado.

⁶ Conviene aclarar el error de Kühn-Boman al decir que estas ruinas se hallan en una de las nacientes del río Achavil, y señalando en el croquis-plano de la región del Valle de Famatina a la Pampa Real demasiado al norte, sobre el mencionado río y al este de la Cumbre Baya (Boman, 1920, p. 38). El arroyo Volcancito no confluye en el Achavil sino, junto con el Marco, da origen al río Amarillo.

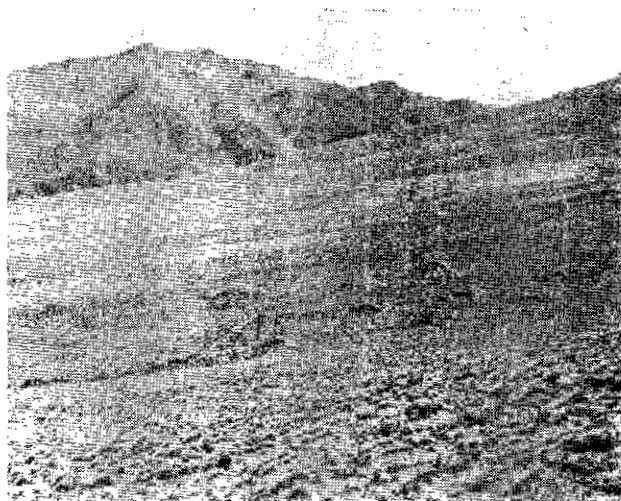


FIG. 7. — La Pampa Real: vista de conjunto del grupo B (desde el Oeste).

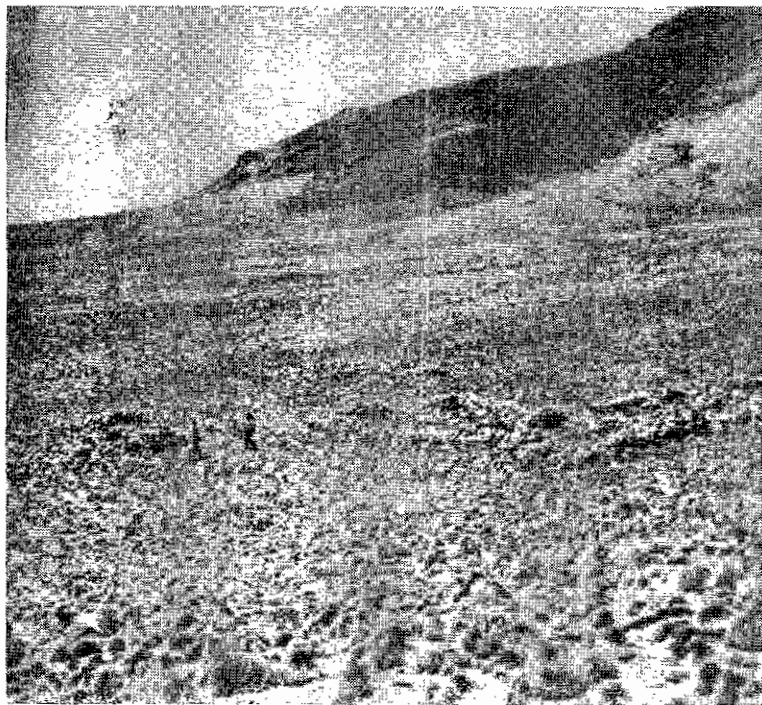


FIG. 8. — Otra vista del grupo B (desde el N.N.O.).



FIG. 9. — Parte baja del grupo B; más lejos, el grupo C. Al fondo, el cerro Negro Overo.

Sigue una unidad compuesta (Madrazo y Ottonello, op. cit.), aproximadamente rectangular de unos 15 x 18 m, con varias subdivisiones; las paredes son anchas (80-90 cm); frente al primer sector hay un corral (o patio) de forma algo trapezoidal de 9,20 x 7,80 de lados mayores, por 8 m hacia el extremo, que presenta una puerta de 1,35 m de ancho. El recinto central mide internamente 7 x 6,50 m; el que tiene adosado es más pequeño (5,50 x 2,50). Pudo haber sido un depósito (uo se observa puerta). En el ángulo N. del recinto doble (de 8,70 x 4,40 m) se realizó entre las paredes derrumbadas uu pequeño sondeo, comprobando la existencia de un fogón.

La tercera estructura es simple; consiste en un recinto rectangular de 4 x 3,40, y 0,60 a 0,70 m de altura. Una estrecha pared (como muchas, derrumbada) comunica con otro recinto de forma un tanto circular, de 5,60 m de diámetro; hay uua pared derrumbada (?) hacia el S. Dentro y fuera de este recinto se encontraron algunos fragmentos de cerámica. El ancho de las paredes de todo el conjunto es de 0,65-0,70 m.

El segundo grupo (B) es el más grande. Dentro del mismo puede diferenciarse un subgrupo sitnado hacia el E. en nivel más bajo, y otro más complejo hacia el N.O. (figs. 12-14).

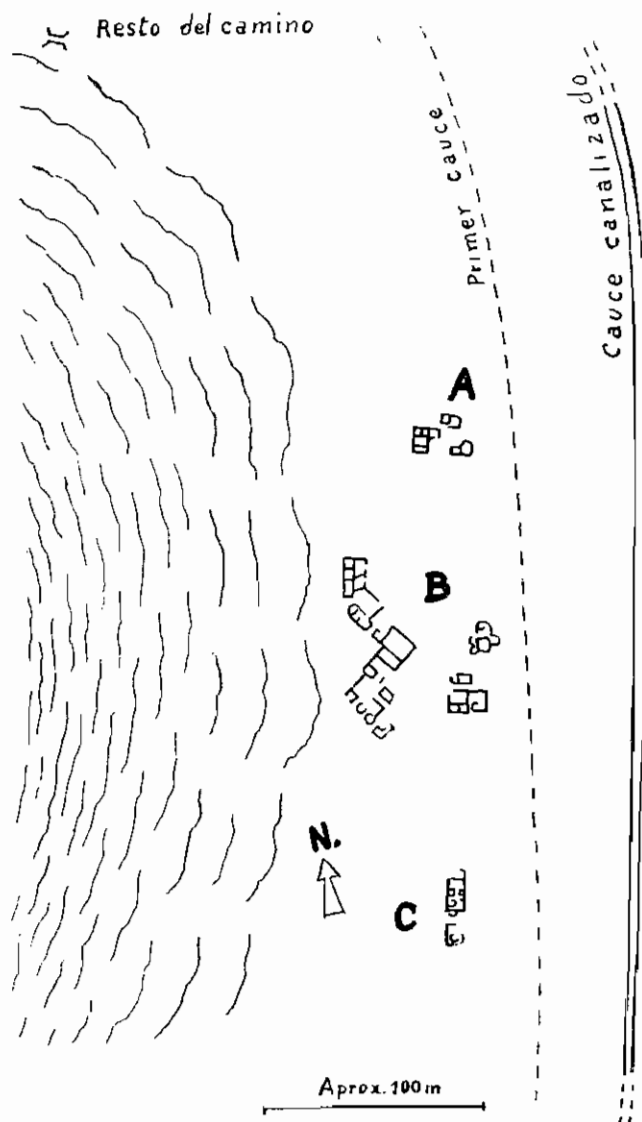


FIG. 10. — Plana general de la distribución de las ruínas de la Pampa Real.

La primera habitación del primer subgrupo está a unos 80 m al E.S.E. de la tercera estructura del grupo A. Es la que se halla más cerca (unos 10 m) del borde del primer cauce de crecientes del río Volcancito. Presenta una tipología algo compleja; se trata de una habitación de paredes conservadas bastante altas (figs. 16 y 17) de 5,50 x 4 m interno con puerta al N.N.E. de 0,65 m, rodeada por un sistema de "corralitos" (?) adosados. El mayor, situado frente a la puerta, mide 6 x 6,50 m y tiene una pequeña subdivisión interior; hay una comunicación estrecha con otro recinto lateral similar. Hacia el otro lado, dos pequeñas estructuras curvilíneas, una cerrada, se hallan adosadas a la habitación. (A estas estructuras, así como a la que acompaña la habitación siguiente, y los dos recintos circulares del grupo B, sector N.O., se refiere Rohmeder al mencionar "semicírculos edificadas... que se asemejan completamente a los conocidos enterratorios semicirculares de poblaciones prehispánicas ya investigados arqueológicamente" (1941, p. 115). No hemos encontrado en toda la tambería ningún indicio de enterratorio, y nos parece que el terreno pedregoso no se prestaría para ello. Por ello, parece más probable que esas estructuras sean depósitos).

Unos 10 m al S.O. se halla otro conjunto formado por dos estructuras separadas: una habitación aislada rectangular (5 x 4 m, con paredes de 0,70 de ancho y 0,90 a 1,10 m de alto bien construidas), con una murallita curva partiendo de la esquina oeste (tal vez se trate de una simple defensa contra el agua de las precipitaciones); y separado por un pasillo de aproximadamente 1,50 m de ancho, un recinto múltiple cuya disposición puede verse en el plano. De un lado, una habitación rectangular doble (8,50 x 3,80 m) situada a un nivel algo más alto que su "patio" (no se observaron indicios de puerta); adosado, lo que parece ser un corral con subdivisiones curvilíneas. Toda la estructura mide 17,50 x 11 m (fig. 18).

El conjunto de B situado más al N.O. y O., bastante deteriorado sobre todo en las partes más altas (pues allí comienza a acentuarse la inclinación del faldeo), es en realidad una sola estructura de apariencia compleja. Podemos diferenciar 4 sectores. Empezando desde el norte, tenemos primero una habitación doble y separada por un pasillo de 1,50 m de ancho otra simple, rectangulares, alineadas con sus lados mayores orientados de N.N.E. a S.S.O. La primera curiosamente no muestra haber tenido puertas; dimensiones: 8,40 x 3,50 m. La segunda mide 9 x 3,50, con puerta abierta al E.S.E. En nivel descendente hay tres patios o corrales de forma un tanto

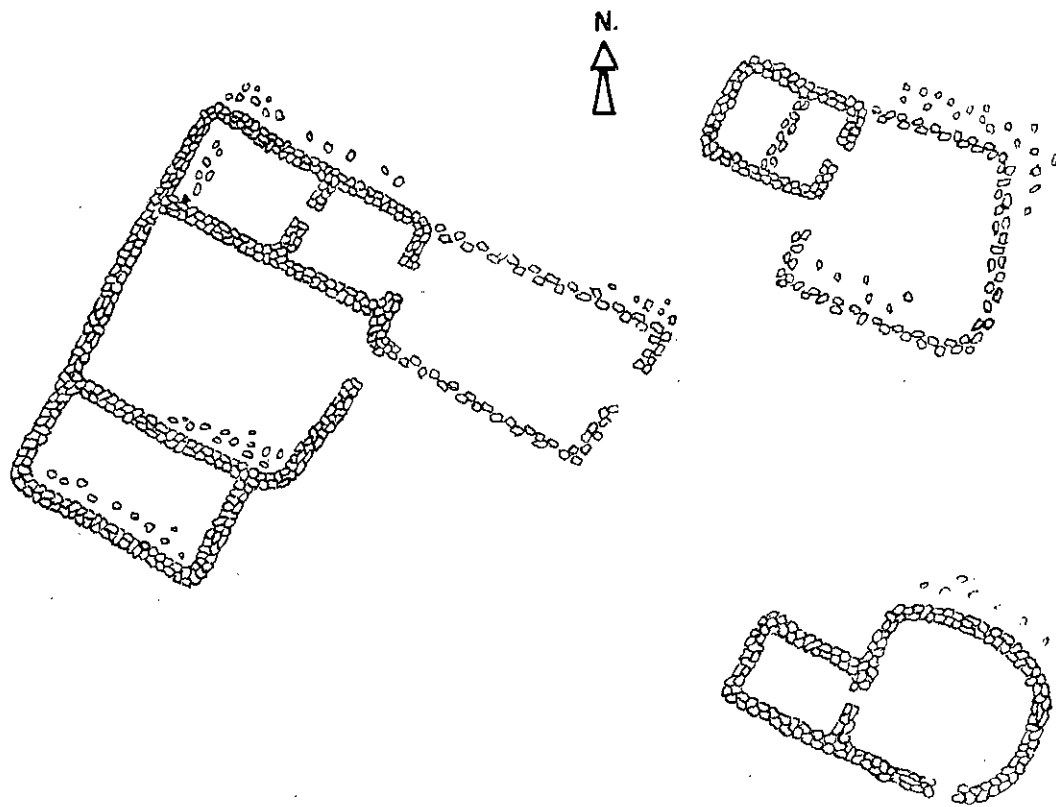


FIG. 11. — Piano del grupo A. Escala (aproximada) 1:250.

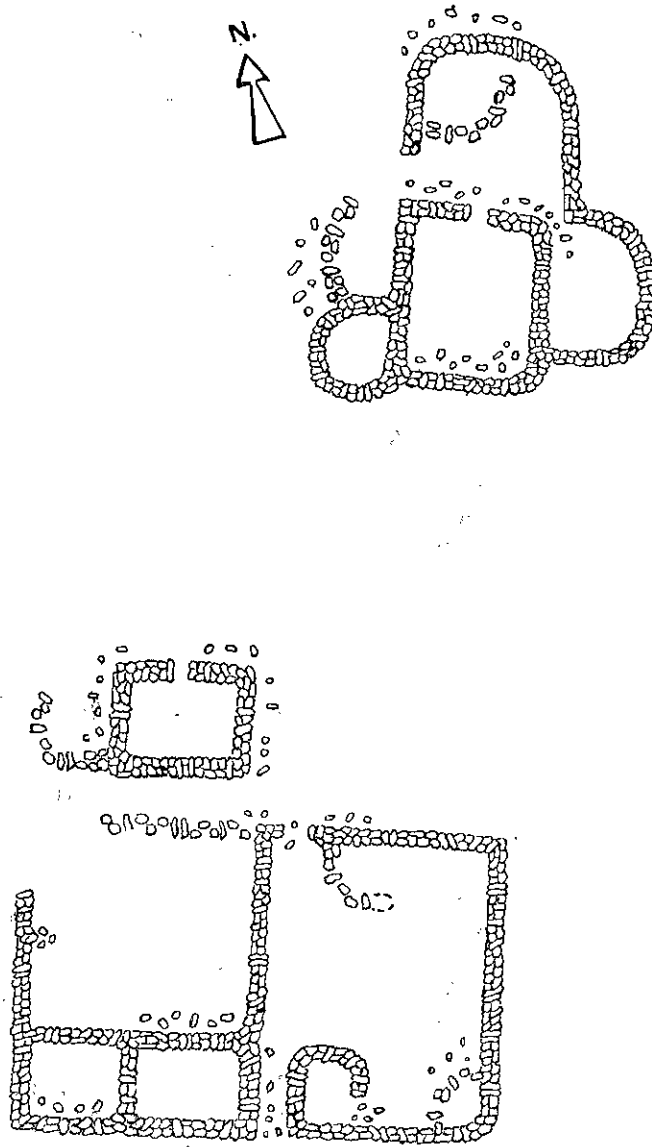


FIG. 12. — Grupo B, sector más oriental (escala aprox.: 1:260).

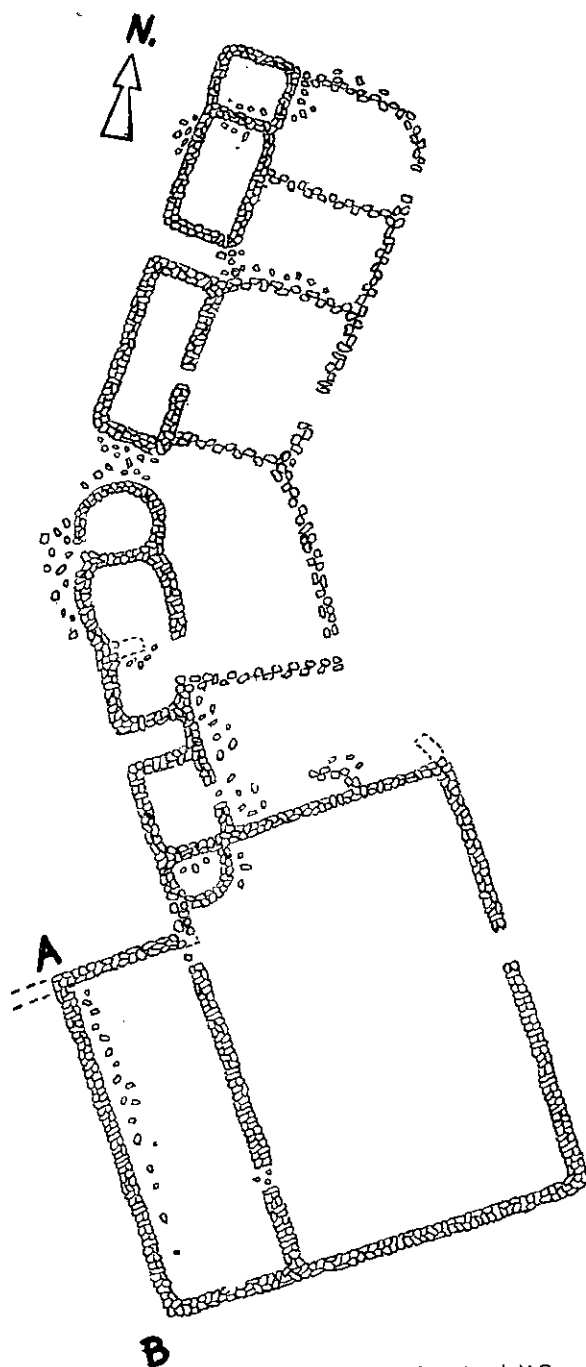


FIG. 13. — Grupo B: sector septentrional de la parte situada más al N.O., al comienzo del faldeo. Escala aprox.: 1:340. (Se continúa en fig. 14.)

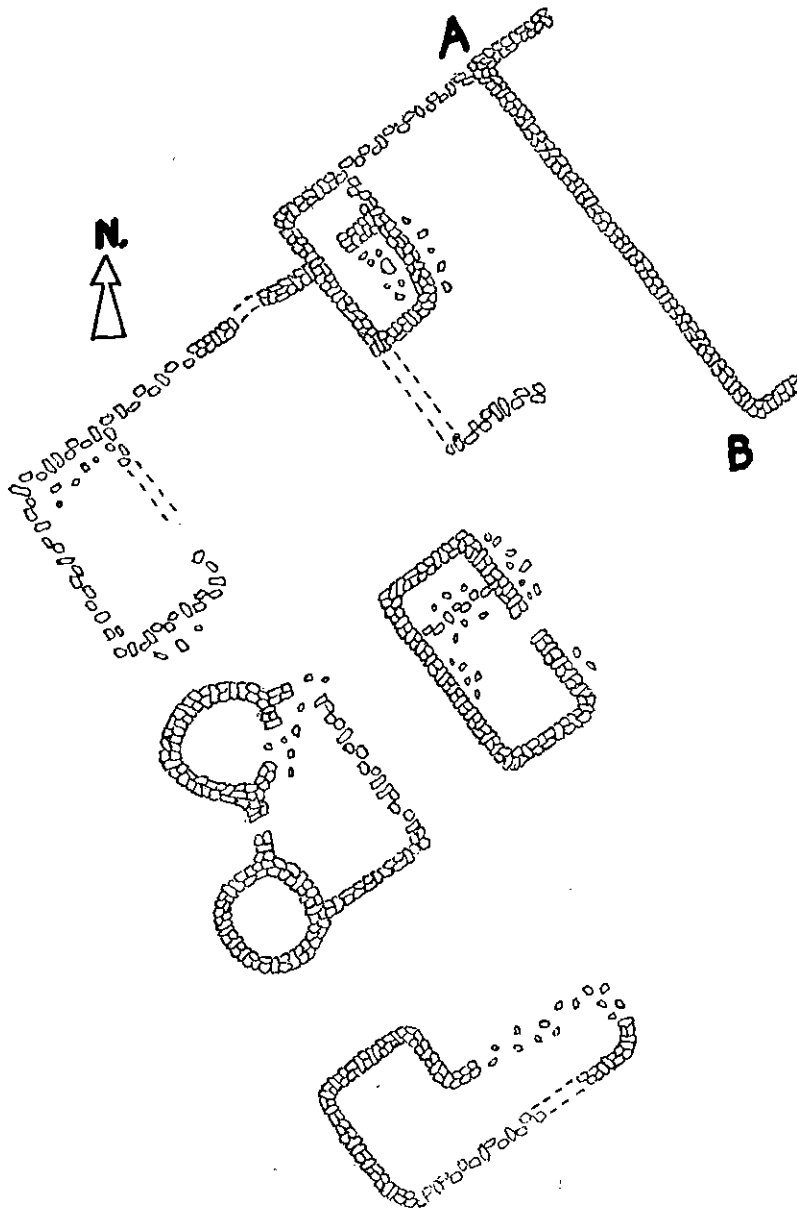


FIG. 14. — Grupo B (continuación). Escala aprox. 1:260.

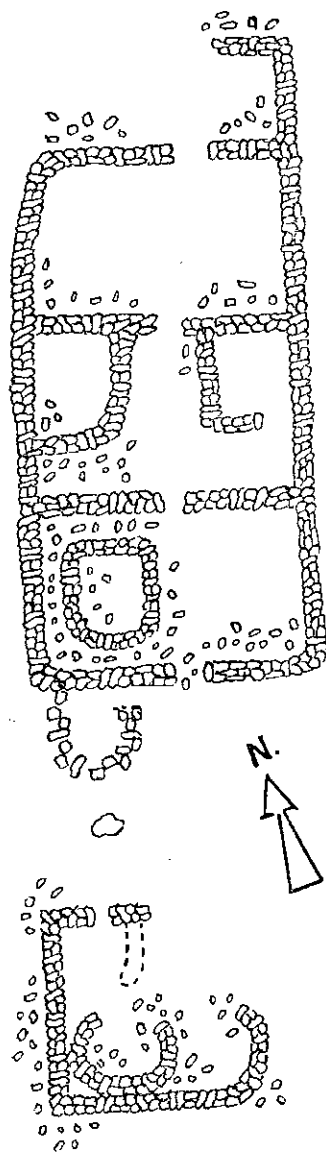


FIG. 15. — Grupo C. Escala aprox. 1:230.



FIG. 16. — Estructura N° 5 (grupo B.). Al fondo, el sector N.O.



FIG. 17. — Detalle del grupo B (N° 4).

irregular, dos de ellos con aberturas o puertas de 1,40 m de ancho. En conjunto forma un trapecioide de 7 m (lado N.) por 15,50 (E) x 4,50 (S) x 19 m (frente de las habitaciones).

El segundo sector lo constituyen tres recintos pequeños, de forma en tanto circular, a los que sigue, separado por un pasillo cerrado —tapado por derrumbes— una habitación rectangular bien conservada (fig. 19). Todo este alineamiento tiene 17 m de largo y unos 4 m de ancho; su orientación es distinta a la del sector anterior: tiende hacia el S.E. También hay delante un recinto de paredes algo más bajas, de unos 5,50 m de ancho interno, con puerta en un ángulo.

En estos dos sectores se han encontrado fragmentos de cerámica.

La habitación últimamente citada está adosada al muro de un corral (o "plaza de ceremonias"?), que es la estructura más grande de la tambería (fig. 19). Sus paredes son casi tan gruesas como las de las habitaciones, en su mayor parte bastante bien conservadas. Medidas internas: 12,80 m de ancho por 18,50 de largo. Sobre la esquina adosada a la habitación hay un pequeño recinto picado semicircular. Hay una puerta hacia el N.E., y dos más pequeñas hacia el S.O., por las que hay acceso a otro recinto rectangular más pequeño. Tiene 15 x 5 m de medidas internas. La abundancia de derrumbes hacia el lado S.O. se explica, como en varios otros puntos de la tambería, por tratarse del lado más expuesto al viento y a las aguas arrastradas originadas en las precipitaciones.

El que en conjunto constituye el cuarto y último sector del punto B está adosado al anterior a través de una muralla baja que parte del ángulo Oeste del corral recién descrito, continuando su misma alineación. A 5,50 m comienza una habitación en parte muy derruida, en nivel más alto. Mide 3,50 x 5 m. Hay restos derruidos de un "patio". De su pared posterior parte otra muralla, relativamente alta al principio, que luego ascendiendo en el terreno se une a los restos de una estructura rectangular de unos 4,50 x 8. Más abajo tenemos dos recintos circulares, uno sin puerta visible (diámetros 2,80 x 2 m), unidos por una muralla con abertura; se hallan a nivel más alto que el "patio" adosado (fig. 20). Paralelo a la pirca exterior de éste, tras un pasillo de 3,40 m, se halla otra habitación rectangular de unos 8 x 4, con paredes bien construidas de 50-60 cm de ancho. Una pared baja ha separado en su interior un recinto de sólo 1,20 m de ancho. La puerta que mira al N.E. mide 0,80 m de abertura.

En las cercanías hay restos poco claros de estructuras bajas, de

forma irregular. La mejor construcción es una de 11 m de largo por 5,50 de ancho, con una entrante en uno de sus lados.

Se han encontrado muy pocos fragmentos de cerámica en este sector.

El grupo C (fig. 15) se inicia a unos 80 m al S.S.O. de la Unidad N° 6 (Grupo B, Sector E). Aunque lo integran sólo dos estructuras, la primera de ellas (N° 14) es muy importante pues se trata de un "rectángulo perimetral compuesto" (Madrazo y Ottoneillo 1966, pp. 12, 61-62), de dimensiones y características similares a los que existen en varias "tamberías" de la zona cordillerana cuya descripción se hará en otro trabajo (Schobinger, MS I). Sus lados mayores, aproximadamente paralelos excepto en el sector N., miden —prescindiendo de un pequeño recinto abierto en el ángulo N.E.— 17,50 m de largo, orientándose de N.N.E. a S.S.O. Su lado meridional mide 9,30 m, y el opuesto, por efecto de una entrante del muro occidental, 7,20 m. Ambos lados menores poseen una abertura de 0,80 y 1,20 m respectivamente, que determina una especie de corredor longitudinal por el centro de la estructura (fig. 21). Avanzando desde el norte, tenemos primero un recinto que más que habitación debe haber sido patio, de 4,80 x 7 m interno. Siguen dos recintos adosados al muro exterior; el del lado occidental no muestra haber tenido puerta; sí en cambio el que se halla enfrente, algo más pequeño. Las dimensiones internas son 3,30 x 2,30, y 2,50 x 1,50 m, respectivamente. La puerta entre ambos es de 0,70; el pasaje luego se eusancha. Hay luego un tabique transversal cortado por una puerta de 0,50 m; finalmente, dentro del recinto rectangular del fondo de 8 x 4,60 interno se descubren hacia el costado O. las trazas muy derrumbadas de una pequeña construcción subrectangular de 2,50 x 2 m interno. No está en contacto con los muros exteriores, aunque el estrecho corredor de separación actualmente se halla relleno con piedras caídas.

Adosado exteriormente al muro S.S.O. se observa un recinto semicircular, de muros bajos y aparentemente sin entrada. Mide 2,70 m de diámetro transversal externo, y 2,40 x 1,50 de diámetros internos. A 4 m de su saliencia máxima se abre la última estructura (N° 15).

Esta presenta una forma algo curiosa, de dos recintos abiertos casi en la misma dirección (N.E.). El más externo mide 6,50 m en su pared que sigue la misma línea de una de las del recinto perimetral (N° 14); la pared anterior (N.) mide 3,50 m, con una pequeña



FIG. 18. -- Detalle del grupo B.



FIG. 19. -- Grupo B: habitación y corral grande.



FIG. 20. — Recintos en el extremo S.O. del grupo B.



FIG. 21. — Grupo C (estructura N° 14, vista desde el Sur).

puerta central de 0,40; de la misma parte un muro muy bajo que se acerca al recinto interior. El muro posterior mide 6,70 m, formando en su extremo una curva que parece proteger al pequeño recinto interior de 2,20 m de diámetro. También esta parte se halla muy derrumbada. Junto a su pared interna alguien alguna vez cavó un pozo.

Es difícil determinar la funcionalidad de las estructuras del grupo C. No se excluye su carácter cáltico, sugerido no sólo por su disposición sino por la casi inexistencia de fragmentos de cerámica.

La Cerámica.— En los dos días de relevamiento, hemos encontrado 358 fragmentos de cerámica; lo que, para una “tambería” de tipo cordillerano, es una cantidad relativamente grande. Sin embargo parecen corresponder a un número no demasiado alto de vasijas. Una parte proporcionalmente grande —más de la mitad, 194 fragmentos— fue recogido en asociación al grupo A. (De ellos hemos diferenciado 161 fragmentos asociados a la habitación N^o 1, y 33, todos pequeños, recogidos al N. de la estructura N^o 3). Otros se hallan diseminados entre A y B (al N. de la habitación 4, 41 fragmentos pequeños); y el resto, que incluye algunos con mayor variedad de decoración, en el grupo B, más unos pocos en el C (123 fragmentos). Casi todos los tipos se repiten en los tres grupos habitacionales indicados, lo que demuestra la relación y contemporaneidad de éstos, y nos permite estudiar cada tipo en conjunto prescindiendo de la ubicación topográfica de su hallazgo. Agreguemos únicamente que la mayor parte de los fragmentos deben haber sido en mayor o menor grado arrastrados de su lugar original, pues suelen aparecer fuera de los recintos hacia el lado en que se produce el declive (o sea hacia el N. o N.E.). Como podría suponerse, casi toda la cerámica se presenta muy erosionada. Es notable la cantidad de tiestos asociados a la estructura N^o 1, clara señal de que fue abundantemente utilizada como habitación.

Como característica general de la cerámica recogida, puede señalarse su color rojizo, a veces más bien marrón y raramente grisáceo. La pasta es un tanto tosca, casi siempre porosa. El cocimiento ha sido hecho en atmósfera oxidante, y probablemente no en el lugar, por ser un poblado de ocupación temporaria y no existir yacimientos arcillosos en las cercanías.

1) Dentro de la cerámica sin decoración genéricamente llamada *tosca* (de pasta de textura y antiplástico medianos o gruesos, fractura irregular y superficie a lo sumo alisada), de la que hemos re-

cogido 97 fragmentos de textura en su mayoría laminar y/o porosa, podemos diferenciar algunos de leve tono gris o gris-beige y otros (16, todos de la habitación 1) de color beige, tendiendo casi a anaranjado, pequeños, de textura porosa; los demás poseen el color rojizo oscuro ya señalado. Algunos fragmentos presentan en la parte interna un tono grisáceo, por efecto de la cocción. Sin duda, dentro del conjunto de cerámica "tosca" deben hallarse piezas que originalmente tuvieron engobe, luego perdido por erosión.

Dado que la cerámica tosca aún no tiene relevancia como diagnóstico cultural, nos abstendremos de mayores detalles descriptivos. Agreguemos únicamente que entre las piezas recogidas hay la mitad de una enorme asa del tipo "correa" irregular de 60 x 11 mm de sección (con vestigios de alisamiento); el comienzo de otra asa semejante más pequeña (36 x 10); un asa mamelonar sobre borde (probablemente de una olla); cuatro fragmentos de base (no permiten discriminar el tipo); y dos bordes de labios convexos (espesor de paredes, 7 y 8 mm respectivamente). Hay un borde del grupo beige, clasificable como recto de aristas redondeadas, de 9 mm de espesor.

Hay otro grupo de 14 tiestos, algunos pertenecientes a la misma vasija, procedentes de las cercanías de la habitación 1, que se diferencian del anterior conjunto en una pasta algo más fina (un tanto porosa), mejor cocción y mayor dureza, de sonido metálico. El grosor de las paredes oscila entre los 5 y los 7 mm. Hay un borde con cuello; éste es cóncavo y el labio convexo, algo evertido. Una base pudo ser bicóncava o concaviplana, de unos 135 mm de diámetro; la vasija debió tener unos 18-20 cm de altura. La superficie ha sido alisada, aunque permanece porosa al tacto. Del mismo tipo hay el borde convexo de un plato o escudilla (espesor 5 mm). Siete pequeños fragmentos del área entre habitaciones 3 y 4 podrían ser asimilados a este tipo, aunque su superficie se halla mejor alisada.

Aparte de éstos, podemos mencionar 5 fragmentos color rojo amarillento, de textura porosa, que presentan buen alisamiento con dudosos indicios de engobe de igual color.

2) La proporción mayor (170 fragmentos) posee un engobe rojo (o marrón rojizo en unos pocos casos), sin verse otra decoración. Aunque en más de un caso puede tratarse de piezas pertenecientes a vasijas que, en otra parte de su cuerpo, tuvieron la decoración de líneas negras del tipo que comentamos en (3), ya que el engobe y la pasta son similares. Se destacan 12 fragmentos (incluí-

dos un trozo de asa de sección planoconvexa de 27 x 10 mm y dos bordes de labios convexos) con engobe marrón apenas rojizo. En un caso el mismo se presenta también en el lado interno; en otro (uno de los bordes) es interno, teniendo en el lado externo un leve engobe color crema oscuro sobre una superficie bien alisada aunque porosa, que parece haber formado una banda horizontal de 22 mm, insinuándose más abajo otra vez el color marrón.

Dentro de la cerámica roja, podemos diferenciar 135 fragmentos de tamaño con frecuencia grande, de paredes gruesas (6-10 mm), manufactura a veces un tanto descuidada, pasta marrón rojiza muy clara, casi amarillenta, textura porosa, sobre la cual sin embargo después de alisada se ha echado un engobe que parece haber sido parcialmente reabsorbido. Por lo demás, esta cerámica se ve bastante erosionada. Hay un par de bordes convexos levemente evertidos, en un caso con engobe interno (aunque podría tratarse de un plato), y el comienzo de un asa ancha; la mitad de un asa de "correa" (34 x 6 mm en el centro) y el comienzo de una base cóncava.

Otro grupo de cerámica con engobe rojo (dentro del cual incluimos algunos fragmentos de color marrón rojizo), lo constituyen 33 tiestos pequeños y de poco espesor (5-6 mm). Debemos diferenciar aquí los que presentan engobe en ambos lados (10), de aquellos que lo tienen sólo en uno. La pasta de estos últimos no difiere mucho de la de los grupos anteriores; es porosa y el antiplástico, aunque en general fino, es irregular. Hay un fragmento central de asa, de superficie irregular, asimilable al tipo "correa"; ancho 23 mm, espesor 6 mm. Los tiestos mencionados con engobe en ambas superficies pertenecieron seguramente a platos. Se trata del típico "plato Inca", frecuente en las "tamberías" de la zona cordillerana de San Juan, en Ranchillos (Mendoza), en el tambo de Los Mudaderos de Jagüel (La Rioja) (Schobinger, MS I), etc. A pesar de la apariencia más fina de esta cerámica y de mejor pulimento superficial, la pasta no deja de ser porosa y el antiplástico algo irregular. Cinco de esos fragmentos son bordes, de labios rectos aunque con aristas redondeadas; en dos casos hay una pequeña saliencia, una de las cuales presenta una corta incisión.

Existe, además, un fragmento con engobe rojo naranja en su lado externo.

3) 45 fragmentos, de pasta y características semejantes a la engobada roja, presentan sobre dicho color líneas o franjas negras. Salvo dos fragmentos con líneas delgadas (1,5 - 2,5 mm), los demás

muestran —siempre en la parte externa— líneas algo más gruesas de 3,5 a 5,5 mm de ancho, formando decoraciones de trazos paralelos, a veces partiendo oblicuamente de otros supuestamente verticales (figs. 22 y 23), o reticulados oblicuos formando rombos. En otros casos se observa un campo lleno, formando —al parecer— triángulos. La parte negra se presenta menos lustrosa que la parte engobada roja. Hay dos bordes, uno convexo y el otro de labio recto con aristas redondeadas. (El engobe de este último es de color anaranjado-crema). El espesor de los fragmentos oscila entre 6 y 11 mm, lo que indica que se trataba de vasijas más o menos grandes.

A los mencionados agregamos tres fragmentos: uno grueso con la decoración negra sobre rojo en ambos lados, y dos con esta decoración en un lado y el engobe rojo solo en el otro. Uno de ellos es un borde convexo, algo evertido, al parecer de un plato o escudilla.

A este tipo corresponden los tres fragmentos ilustrados por Rohmeder en la fig. 1 (p. 117) de su artículo de 1941. Lo mismo puede decirse de los que publica Boman en su figura 4, que reproducimos por tratarse de una publicación poco accesible (fig. 22 b). Los encontró Kühn en el interior de una construcción rectangular, y corresponden a una vasija en forma de gran botella ventruda con cuello ancho (Boman 1920, p. 35).

4) Negro sobre crema. Tres fragmentos recogidos en el grupo de habitaciones B, con las mismas características de pasta de (3), presentan líneas oscuras formando reticulados romboidales sobre fondo crema o ante claro. El espesor de las paredes es de 6 mm. (Podrían, sin duda, haber formado parte de vasijas del tipo siguiente).

5) Negro y rojo sobre crema. Es interesante la existencia de esta cerámica tricolor, representada por 10 fragmentos recogidos en el sector B. A pesar de ese detalle artísticamente avanzado, la pasta tiene las mismas características de textura, antiplástico, grosor de paredes, etc. de los grupos cerámicos 2, 3 y 4. Hay ocho con la decoración sólo en el lado externo; ésta se presenta como una base consistente en un delgado engobe color crema más o menos alterado por la erosión y la intemperie (a lo que se agrega la porosidad de la pasta). Sobre la misma se han trazado, primero, franjas o, en algún caso, una figura romboidal llena, de color rojo. Luego hay líneas negras similares a las de los grupos 3 y 4, al lado y a veces superpuestas a las rojas. Se distinguen motivos reticulados oblicuos,

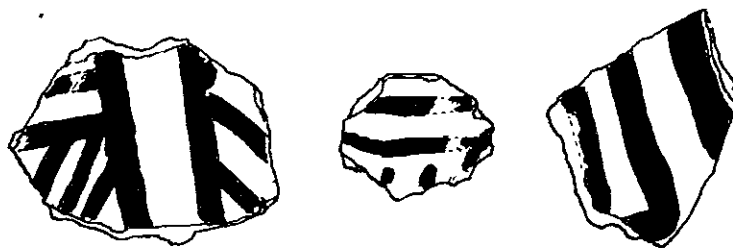


FIG. 22 a. — Fragmentos de cerámica negro sobre rojo (3/4 tam. nat.).

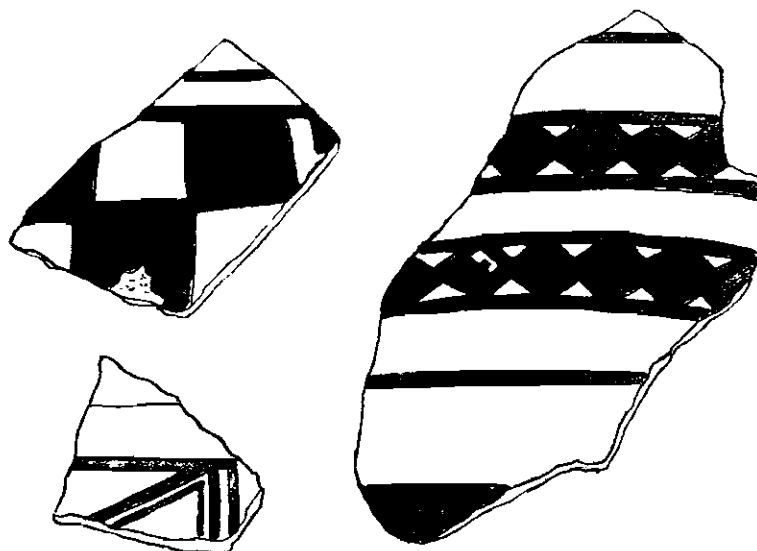


FIG. 22 b. — Fragmentos negro sobre rojo (redibujado según Boman, 1920, fig. 4)
Probablemente unos 2/3 tam. nat.

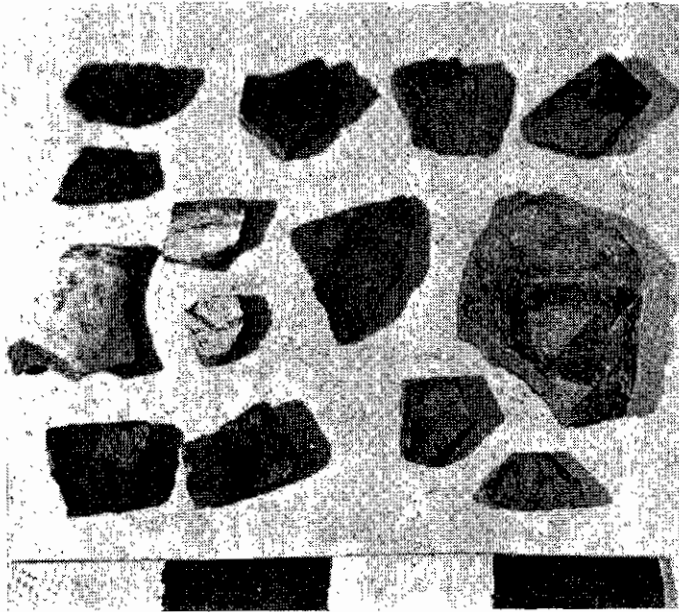


FIG. 23. — Fragmentos de cerámico con decoración pintada, de la Tamberío de la Pompa Real.

y rombos llenos alineados (fig. 23). La ejecución de los motivos es algo descuidada.

Dos otros fragmentos, en los que se alcanza a ver el borde, presentan decoración externa e interna. Uno es convexo evertido, y podría pertenecer a un aríbalo grande; tiene la parte superior del labio pintada de negro, continuando 8 mm por el lado interno en forma de franja horizontal. Sigue luego una franja de rojo tenue de 28 mm de ancho. El otro tiesto tiene el borde recto; se halla muy erosionado.

6) Finalmente, hay tres fragmentos también procedentes del sector B, que muestran otro motivo que aparece en los yacimientos incaicos: rojo, negro y blanco, este último como color de fondo obtenido por un engobe bien distinguishible. El antiplástico es irregular, distribución más o menos uniforme, mediano; la textura es mediana, levemente porosa, fractura irregular como en los casos anteriores. El núcleo presenta color negro en el centro, y marrón rojizo en su periferia, efecto de la cocción. Distinguimos un fragmento de cuello estrecho evertido probablemente de aríbalo, espesor 6 mm con el

engobe blanco en su superficie externa y una línea negra de 4 mm de ancho trazada horizontalmente; un pequeño fragmento muy plano de 6 mm de grosor, con indicios apenas distinguibles en su superficie externa (?) de color rojo. En la interna hay líneas negras de unos 2 mm de ancho que determinan una figura geométrica. El tercero es el borde de un plato, con labio recto de aristas redondeadas, levemente ensanchado. Hay engobe rojo en la superficie externa, y blanco en la interna con una línea negra horizontal (bastante borrada).

Hay otro borde similar, de pasta algo porosa pero más homogénea, color marrón-gris, bien alisado en ambas superficies. En la externa hay trazas de engobe rojizo; en la interna lo ha perdido.

Cuadro 1: Fragmentos de cerámica de la Tambería de la Pampa Real.

1)	Tosca (rojiza y beige)	97	
1')	Id. algo más fina	14	
1")	Id. superficie más alisada	7	
1''')	Id. alisada rojo-amarillento	5	
	Total sin decoración		123
2)	Con engobe rojo (o marrón rojizo) en un solo lado, algo gruesa	196	
2')	Con engobe rojo en un solo lado, delgada	23	
2")	Id. en ambos lados (platos)	10	
2''')	Con engobe rojo-naranja (externo)	1	
	Total con engobe solo		170
3)	Negro sobre rojo	45	
3')	Id., con variantes	3	
4)	Negro sobre crema	3	
5)	Negro y rojo sobre crema	10	
6)	Negro y rojo sobre blanco	3	
6')	Similar, con pintura perdida (?)	1	
	Total con decoración pintada		65
	T O T A L		358

Otros objetos.— Hemos recogido una sola pieza lítica. Se trata de una lasca tosca hecha en basalto no compacto, de fractura irregular. Su borde distal, extendido lateralmente, se presenta denticulado, con muescas artificiales obtenidas al parecer por percusión. Se hallan un tanto gastadas por el uso (cuchillo o sierra). Este instrumento pudo estar enmangado. Altura de la lasca 30 mm, ancho (longitud del filo) 50 mm, espesor 8 mm.

Cerca de la habitación 1 se halló un fragmento de hueso largo, endurecido y emblanquecido por la interperie, con bordes redondeados. Parece ser antiguo, pero no hay medios de comprobar si formaba parte de un utensilio.

Real Viejo.— “Según referencias de los actuales moradores de



FIG. 24. — Recintos pircados a 4200 m. (Foto E. Grach.)

los puestos vecinos, existen otras Tamberías en la región de origen del río Marco, en el Real Viejo donde, según ellos, hay también socavones abiertos en la roca" (Rohmeder, 1941, p. 116). Nuestros baqueanos también decían que allí hay una "cueva". Ante estos datos, le fue encomendada al prof. Sacchero la realización de una visita a dicho lugar. Desgraciadamente, la exploración fue infructuosa: no se hallaron ruinas y la cueva es un socavón sin ningún indicio arqueológico.

Habitaciones a 4200 m.— En cambio, los colaboradores andinistas de la expedición de noviembre tuvieron más fortuna. En su ruta de ascensión al Negro Overo —cerro que se divisa al fondo del valle— descubrieron, primero, dos recintos pircados similares a los de la tambería, sobre las primeras estribaciones del lado Sur del río Volcancito. Uno, de paredes altas y bastante bien conservadas (por reutilizaciones modernas?), es de forma aproximadamente rectangular, unos 3 x 4 m, con puerta hacia el S.E. El otro está más arriba, sobre una pequeña saliente de la ladera, en ubicación apta para servir de mirador o "vichadero". Sus paredes se hallan bastante derruidas (fig. 24).

En la habitación baja recogióse un fragmento de cerámica. Consiste en la tercera parte de una base meniscoconvexa, probablemente de 10 cm de diámetro. El grosor es de 12 mm. El color y la pasta corresponden al grupo (1) del material de la tambería (tosca, color marrón rojizo).

Es interesante consignar que Rohmeder (1949, p. 89) observó un largo terraplén pétreo (que él llama "pedraplén") de unos 100 m de largo, "dentro del amplio circo glaciárico que baja desde el Nevado Overo hacia la Pampa de las Tamberías, en una altura de 4500 m aproximadamente" (Rohmeder, 1949, p. 89). No fue visto este sitio por quedar seguramente más abajo y más al O. del itinerario de ascensión de los andinistas. Exploraciones futuras podrían determinar si —como lo creo— forma parte de la ruta prehispánica de ascensión al sitio ceremonial del cerro. (Y no, como creía Rohmeder, camino que conducía al sitio de explotación de vetas meta-líferas).

Habitaciones a 5500 m.— Así como hoy día los andinistas necesitan de un "campamento de ataque" para la llegada a las altas cumbres, así los antiguos construían pircas de refugio —sin excluir también un significado ceremonial— en alturas inhóspitas al pie de sus ofrendatorios de altura. Esto es lo que descubrieron los señores Groch y Rázquin, mientras luchaban con un fuerte viento que casi malogró esta ascensión. A unos 5500 m (según altímetro y estimación visual directa), teniendo hacia el Poniente el "morro" de la cumbre, encontraron un conjunto alineado de 5 recintos más o menos cuadrangulares, presentando casi todos sus aberturas de entrada hacia el Oeste. El recinto más grande mide 9 x 5 m, y es el único con puerta mirando hacia el Sur. En la figura 25 presentamos un plano según el croquis efectuado por el Sr. Rázquin, que aunque aproximado es de gran valor documental. (Ver también foto fig. 26). No se halló cerámica pero sí un leño de 40 cm de largo con la punta carbonizada (fig. 31).

Ofrendatorio de la cumbre.— En la introducción hemos mencionado a la estructura cuadrangular ubicada en la misma cumbre del Negro Overo (6050 m). Sobre el piso constituido por piedras pequeñas desmenuzadas, se colocaron piedras más grandes traídas de las cercanías (lajas y bloques de aristas filosas), formándose un recinto bajo de unos 7 x 7 m de dimensiones externas, con los lados orientados según los puntos cardinales (figs. 27-30). Hacia el lado Norte

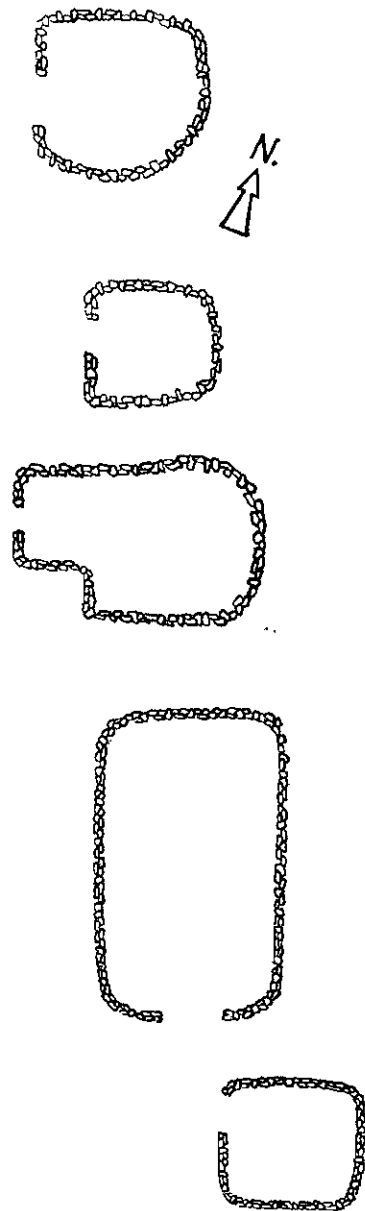


FIG. 25. — Croquis aproximado (según apuntes de B. Razquín) de los recintos pircados a 5500 m (el segundo desde abajo mide 9 x 5 m).

debió haber sido algo más alta, presentando aspecto derrumbado; el lado Sur tiene mucho menos cantidad de piedras, pero ello se explica: Harrington tomó de allí el material para el mojón que construyó a su lado, destinado —según vieja práctica montañística— a señalar la cumbre y contener los documentos probatorios de su ascensión.⁷

También aquí encontramos un grueso leño carbonizado (género *Prosopis*, algarrobo), testimonio de que —como en otros yacimientos de altura— aquí alguna vez se encendieron fogatas (fig. 31). Pero el hallazgo más importante lo constituyeron las astas de ciervo diseminadas sobre el suelo, sobre todo hacia el sector E. del cuadrángulo pircado. Ya las observó Harrington, y seguramente recogió algunas, cuyo paradero se ha perdido; otras lo fueron por Groch en 1960, de las que se conservan dos; una alcanzó a ser levantada por nosotros en nuestra azarosa primera expedición del mes de julio; y otra finalmente por Rázquiu en la segunda. Se hallan blanqueadas y endurecidas por la intemperie de casi 500 años (ver fig. 32). Pertenecen a un cérvido de tipo andino, probablemente *Hippocamelus antisensis* (huemul del norte).⁸ No se hallaron otras partes óseas del animal, indicio de que fueron traídas ya cortadas desde abajo. Una presenta la base aguzada intencionalmente.⁹

Tampoco se hallaron otros elementos culturales, ni hay indicios de algún pozo con enterratorio. Se trata, pues, de un sencillo “ofrendatorio”, pero con el mismo significado profundo de otros sitios ceremoniales de altura de carácter más espectacular (ver Schobinger, 1966, y Vázquez, 1966).

7 He aquí el texto completo de lo que escribió en 1941, en un papel que se guarda en el Club Andino Mercedario de San Juan, tras haber sido recogido por Erico Groch en su ascensión del 22 de noviembre de 1960: “Noviembre 27-1941. A las 12 horas llegamos a la cumbre del Negro Overo, habiendo salido a las 7,30 h. de Tamberías. Comimos una lata de lengüitas Swift y dejamos este papel firmado por los tres, dentro de la lata y bajo un mojón hecho *ex-profeso*. Dr. Horacio J. Harrington, Eusebio Gaitán, Eladio Gaitán. (Hay firmas). En la cumbre había un corral de indios, varias astas de venados, rodados de arenisca (y) fragmentos de leña de retamo. Evidentemente ningún blanco lo había subido”. (Hay una firma de H. Harrington).

8 Según los manuales clásicos de geografía argentina, el huemul del norte no llega más al sur de la provincia de Catamarca (GAEA, Geografía de la República Argentina, t. VIII, Buenos Aires 1947, p. 429; La Argentina, Suma de Geografía, t. III, Buenos Aires 1958, p. 324). Sin embargo, nos dijeron los baqueanos que estos cérvidos aún existen esporádicamente al pie y en las faldas nor-orientales del Famatina.

9 Presenta una lejana coincidencia con la realidad la leyenda relatada a Rohmeder de que en la cumbre del Negro Overo “existe una laguna con animales que vivían en épocas anteriores” (Rohmeder, 1941, 120).

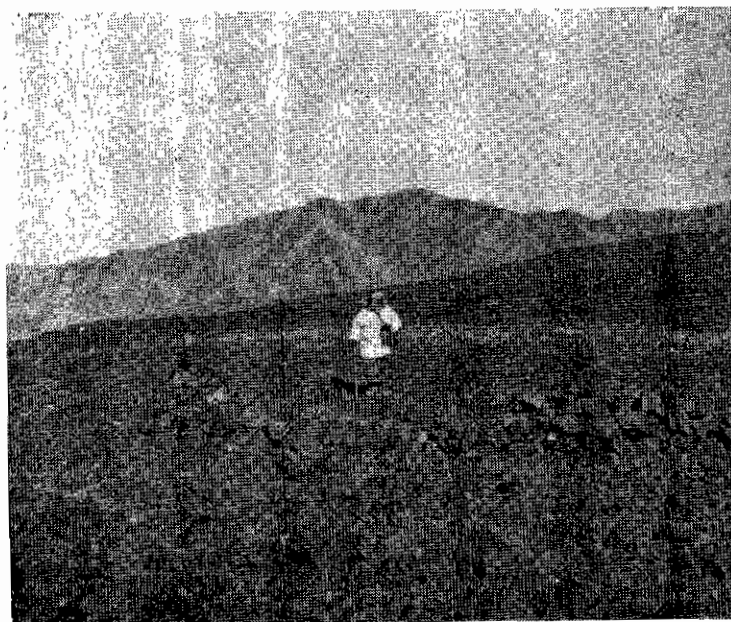


FIG. 26. — Uno de los recintos a 5500 m. (Foto E. Groch.)

Hacia el Sur se divisa la hermosa cumbre del Nevado (llamada también de "La Mejicana", o Cerro Manuel Belgrano, aunque éste nombre no ha encontrado aceptación entre lugareños ni andinistas). Debe consignarse aquí otro interesante descubrimiento realizado por Erico Groch en su ascensión de dicha cima: en un sitio algo desviado hacia el oeste, observó un círculo formado por lajas, de unos 2 m de diámetro. Un templete votivo?

Desde estas cumbres se divisa a lo lejos la Cordillera de los Andes. Casi a la misma latitud se levanta el Cerro El Toro, que el Sr. Groch proyectaba escalar un mes y medio después de nuestra segunda expedición al Famatina. Con la consecuencia ya ampliamente conocida del descubrimiento de uno de los más importantes y mejor documentados yacimientos arqueológicos de alta cordillera (Schobinger et. al. 1966).

B) SECTOR OCCIDENTAL DE LA SIERRA DE FAMATINA

Presentamos aquí la documentación recogida a lo largo del que hemos llamado itinerario incaico principal, esta vez en la vertiente

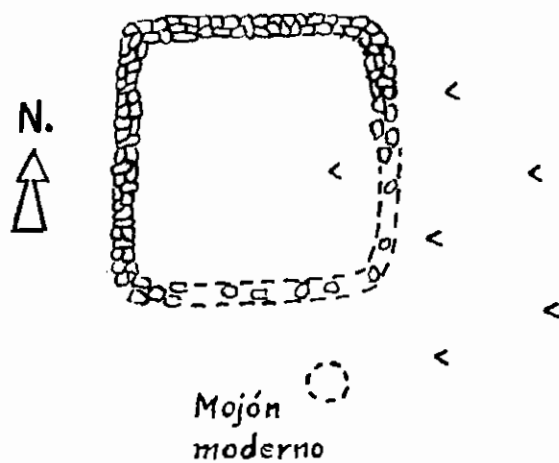


FIG. 27. — El recinto pircado de la cumbre del Negro Overo (6050 m), de 7 x 7 m de lado.
(Croquis J. Schobinger.) Las líneas quebradas simbolizan a las astas de cérvido.



FIG. 28. — Angulo N.O. del recinto ("ofrendatoria") de la cumbre del Negro Overo.
(Foto E. Groch.)



FIG. 29. — Otro vista del ángulo N.O. Al fondo, el mojón moderno.
(Foto E. Groch.)



FIG. 30. — Vista de la pared Norte del ofrendatorio. Al fondo, el Nevado del Fomatina.
(Foto E. Groch.)

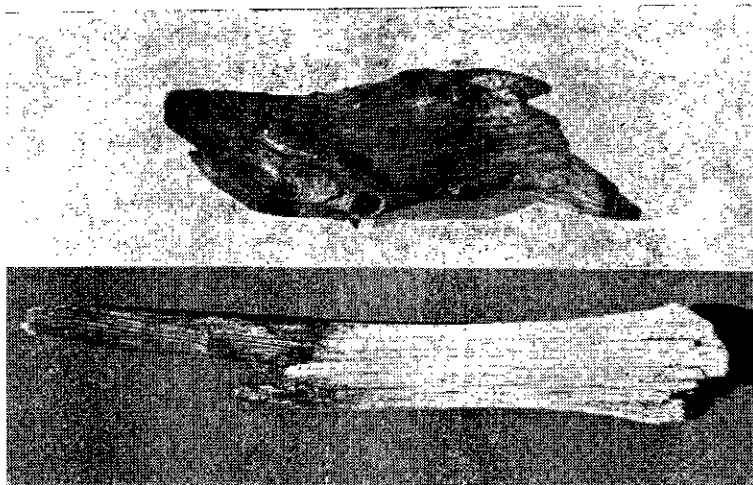


FIG. 31. — Leños quemados del Negro Overo: arriba, de la cumbre; abajo, de los recintos a 5500 m.



FIG. 32. — Astas de cérvido de la cumbre del Negro Overo (subdivisiones de la escala, 5 centímetros).

occidental de la sierra, con lo que se complementa e ilustra parte de lo dado a conocer por el meritorio investigador Rohmeder en 1949. Lo haremos en el orden de "subida" desde el valle de Vinchina, de acuerdo con el itinerario de nuestra primera expedición. (Recordemos que el objetivo de ésta era la ascensión al cerro Negro Overo, y por lo tanto no pudo realizarse un estudio sistemático de los yacimientos situados sobre esta vertiente más abajo. Esta parte de la presente monografía tiene así más bien carácter de informe preliminar).

Hileras de piedras y petroglifos en el valle.— De Vinchina hasta el puesto Las Pircas ("Pirquitas" lo llamaban veinte años atrás) hay una distancia de unos 30 Km en que se produce un paulatino ascenso de 1000 metros. Hacia la mitad de camiuo, una parte del trayecto sobre el amplio y pedregoso cono de deyección se realiza sobre un camino de 4 m de ancho que enfila rectamente hacia el E.S.E., bordeado de piedras. Según los baqueanos, es de hechura moderna (en un tiempo se intentó en Las Pircas la explotación de una mina de carbón); pero como en tantos otros casos, puede tratarse de un reacondicionamiento de algo que fue senda prehispánica. Refuerza esta idea nuestro descubrimiento de una triple hilera de grandes rodados graníticos, cuyo color claro se destaca en el suelo, orientada de N.O. a S.E., que cerca de su centro es cruzada perpendicularmente por el camino (fig. 33). Mide 18 m hacia el costado N.O., y 15 m hacia el otro. Las hileras son un tanto irregulares. Por sus características y la inexistencia de cerámica u otros vestigios habitacionales en la zona, esta obra debe ser considerada como de significación simbólica-ceremonial, de un modo similar al de las apachetas. En probable asociación con ella, una roca situada unos 100 metros más arriba sobre el costado sur del camino, presenta un petroglifo consistente en trazos irregulares (fig. 34). Su cara grabada mira hacia el Oeste, o sea hacia el sector Norte del alineamiento. Unos 500 m más arriba, una roca partida muestra otro petroglifo sencillo, consistente en un dibujo curvilíneo cerrado de 15 cm de largo. (Cerca hay un "petroglifo" moderno). Finalmente, algo más adelante divisamos unos 25 m a la izquierda del camino un pequeño túmulo de piedras graníticas color claro. Todo ello sugiere, repito, asociación a una senda que no puede ser sino el "camino del Inca", uno de los ramales que partían del "tambillo" de Las Pircas que enseguida comentaremos. (El otro ramal iba en dirección S. O., pasando



FIG. 33. — Alineamiento de piedras en el camino a Las Pircas.

cerca del pie del “Cerro del Toro”, donde fue identificado por Rohmeder (1949, p. 87).¹⁰ Después seguía hacia el sur atravesando el “planchón” (glacis) al E. de Villa Castelli, pasaba luego probablemente cerca de Anchumbil —cuyas pictografías podrían datar de la época incaica—, llegando hasta “Las Canchas” entre Puerto Alegre y Pagancillo. Desde aquí debía partir una senda hacia Chilecito,

¹⁰ Las ruinas del Rincón del Toro de cuyo sector bajo dio noticia preliminar Francisco de Aparicio (1940 b) no son, sin embargo, incaicas, ni siquiera tardías. Corresponden según las asociaciones de cerámica observadas por nosotros junto con el prof. Nicolás de la Fuente en una gira efectuada en abril de 1965, a una fase o metástasis de la cultura de La Aguada. Lo mismo respecto a un notable reducto situado en la parte alta del Cerro, descubierto por el Ing. W. Lorentz y prospectado por nosotros en la citada gira.

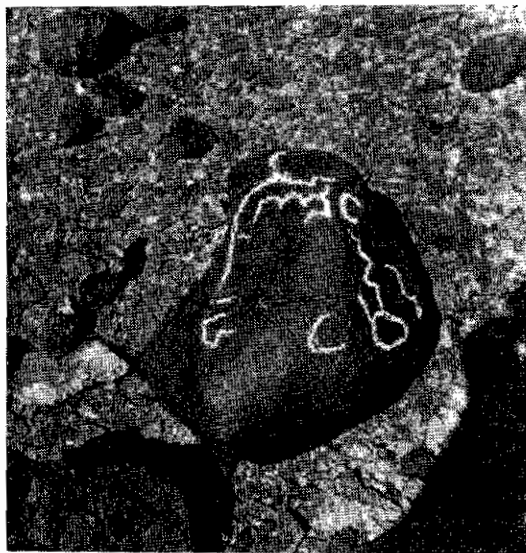


FIG. 34. — Petroglifo cercano al alineamiento.

mientras que la línea principal se dirigía hacia el S.O., en donde se halla el importante *tambo* de Paso del Lámar sobre el río Bermejo, cuyo relevamiento preliminar hemos realizado (Schobinger, 1964).

El antes mencionado ramal septentrional por el que hemos transitado no parece haberse dirigido a Vinchina —en donde no hay rastros de ocupación Inca— sino algo más al sur. Todo lleva a pensar que desde allí continuaba hacia el O.N.O. para llegar al gran poblado incaico de Los Mudaderos al oeste de Jagüel (descubierto por N. de la Fuente y relevado por el que escribe a principios de 1966).

Zona de Las Pircas.— Entrando a la quebrada del río Tambillos, observamos las primeras estructuras de sostén del camino incaico, en forma coincidente con la descripción de Rohmeder (1949, p. 87).

Poco antes de llegar al caserío —en parte abandonado—, los vestigios aquí muy borrados indican que el camino seguía por la margen N.O. de un cauce hoy seco. Mil metros más arriba, siempre

con rumbo N.E., reaparece con toda claridad el camino sostenido por piedras según la descripción del autor citado.

Sobre la alta terraza que cae a pique sobre el río Tambillos (en realidad, se trata de un glacis cortado por éste), que aquí oscila por los 2500 m de altura s.n.d.m., observamos los siguientes elementos arqueológicos:

1) A unos 300 m al O. de la casa ocupada (en 1963) por la familia Arancibia, está la doble hilera de piedras a lo largo de la senda actual que ya observara Rohmeder; pero además, existe a su lado un círculo de piedras de 15 m de diámetro (fig. 35). Tangente al mismo parte una vieja canaleta, que cruza el camino y atraviesa la meseta pedregosa hasta desembocar en otra canaleta longitudinal, paralela al cauce sobre cuyo otro borde corría el "camino real". A unos 70 m más arriba corre otra paralela a la primera, aunque formando una curva en su parte central, y otra similar a la misma distancia más abajo, también topándose con la canaleta longitudinal, que unos metros más abajo se pierde. Antes de interpretar a esto sin más como un sistema de acequias prehispánico, debemos tener en cuenta que veinte años atrás Rohmeder recogió el dato de que "en años anteriores la superficie de la plataforma se utilizaba para cultivar maíz y alfalfa y la regaba una acequia que levantaba agua de un arroyo algo distante; aunque la acequia subsista, el cultivo se ha abandonado" (1949, p. 89). Sin embargo, en aquel entonces el puesto se hallaba ubicado al lado de las ruinas hoy llamadas "del Bajo", a unos 600 metros de nuestro sitio, y el autor habla del lugar ocupado por aquél. Por lo tanto, cabe mantener la opinión de un origen prehispánico de esas acequias, asociadas a un sitio ceremonial como lo es obviamente la circunferencia de piedras.

2) Bajando unos 300 m por la senda, cerca de una curva de la misma, hay un recinto habitacional pircado, rectangular (diámetros externos 6 x 4,50 m), con un muro bajo de subdivisión en su parte central. A su lado observamos tres buenos ejemplares de piedras de moler (conanas) partidas. Recogieron algunos fragmentos de cerámica. Se trata de una avanzada del "tambillo" del Bajo, situado a unos 300 m más al sur, para cuyo relevamiento desgraciadamente nos flató tiempo. El geógrafo varias veces citado dice que "consta de cuatro piezas de pirca, de contornos rectangulares y de dimensiones 5 x 5, 6 x 3, 6 x 3 y 4 x 2 m. Los muros tienen en la actualidad una altura de 0,50 m en la parte interior y de 100 cm en la parte exterior. Están levantadas con piedras rodadas del lugar, de

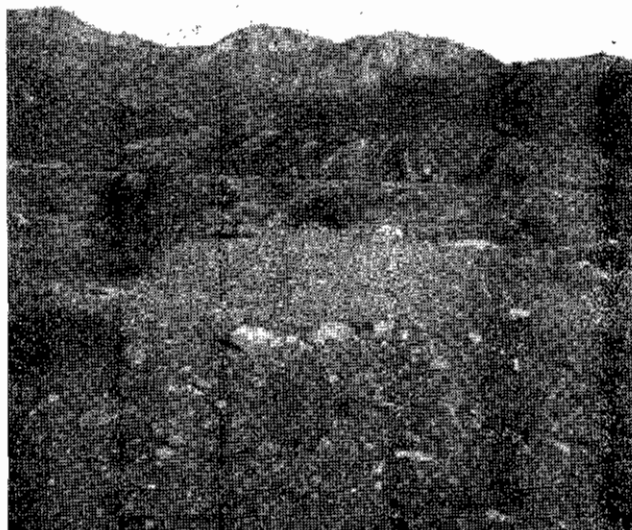


FIG. 35. — Círculo de piedras en Las Pircas.

volumen grande en las partes externas e internas de los muros y con los intersticios rellenos con pedregullo más pequeño" (op. cit., pp. 87-89). Su carácter incaico nos fue confirmado por un hermoso fragmento de cerámica de unos 5 mm de espesor, con engobe color ante, pintado en rojo oscuro (o negro rojizo) con un típico motivo de gran aríbalo, que la familia Arancibia había guardado y recortado circularmente (fig. 36. Cfr. Strong y Corbett, 1943, fig. 7 a, p. 51; Pardo, 1939, lám. 1; Bregante, 1926, figs. 319, 340; etc.).

Las dos muestras de cerámica recogidas tienen un espesor de 5 y 6,5 mm respectivamente, pasta de color marrón claro, textura compacta (levemente porosa), antiplástico mediano; la superficie es marrón algo rojiza, dura, pulimentada, sin decoración. Cocción oxidante. Es de un tipo distinto a la cerámica de la Pampa Real.

3) A unos 100 m al sur de la habitación aislada del sitio anterior, cerca de lo que parecen trazas de un camino indígena, hay un petroglifo sobre una pequeña roca (fig. 37). Parece tratarse de una "máscara" atípica o degenerada (Schobinger, 1962), lo que sugiere un período tardío. No hay inconveniente en asociarlo al



FIG. 36 — Fragmento de cerámica con decoración incaica. Los Pirras. (Tam. natural)

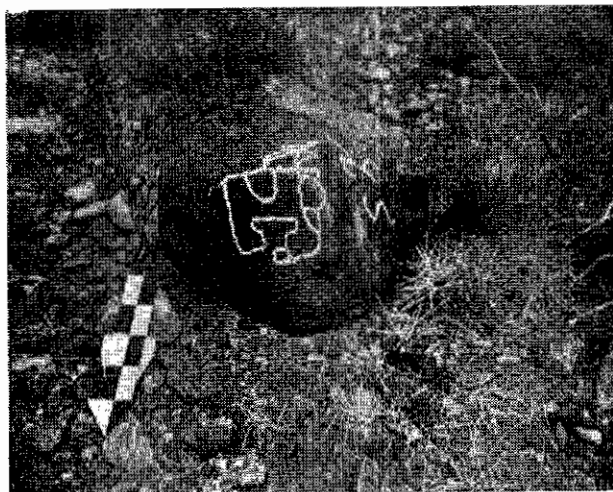


FIG. 37. — Petroglifa. Los Pirras (la señal mide 25 cm).

vacimiento incaico. En las inmediaciones se recogieron algunas piezas líticas. Son tres: a) Gran lasca terminada en punta; uno de los bordes es filoso; parcialmente con retoques a presión (cuchillo o raderera). b) Lasca o lámina, de calcedonia marrón-gris; uno de sus bordes, levemente cóncavo, presenta pequeños retoques y trazas de uso. c) Pequeño lito de forma romboidal ancha, espesa, con trabajo unifacial en una cara y marginal en el reverso; hecho en calcedonia anaranjada. Aristas algo redondeadas por la intemperie. Aunque po-

dría ser un raspador, la considero una punta de flecha atípica o sin terminar. (24 x 20 x 7 mm).

Las primeras dos piezas podrían no corresponder al período tardío, sino al complejo precerámico cuyo taller descubrimos en la misma zona (ver párrafo 5).

4) A unos 500 m al norte de la casa de Arancibia reaparece el camino, iniciando —con inclinación suave aún— la “Cuesta del Inca”. Con el Sr. Groch observamos y fotografiamos los notables detalles del sostén pétreo en la falda del lomaje por la que fue trazada esta obra de ingeniería precolombina (figs. 38 y 39). Para mayores detalles descriptivos, y para el conocimiento de su tramo superior hasta su altura máxima en el Portezuelo del Tocino, remitimos al trabajo citado de Rohmeder (1949).

Según se nos informó, habría otros petroglifos en esa dirección, pero no los localizamos.

5) Unos 300 m más arriba de la casa de Arancibia hay otro puesto, y pasando 200 m más se halla un corral que se apoya en unas formaciones de arenisca en las que afloran nódulos de sílex. Esto favoreció la instalación de un taller de cazadores precerámicos que localizamos hacia el otro lado de dichas formaciones. Se recogieron, además de lascas y desechos, raspadores y buenas puntas lanceoladas, que en conjunto sugieren una fase ayampitinoide tardía. Este material será dado a conocer junto con el de otros sitios precerámicos de altura, en un trabajo aparte.

6) Finalmente, mencionemos un ceramio adquirido a un antiguo poblador de Las Pircas: un “vaso-pato” de superficie no pulimentada pero de buena forma y conservación (fig. 40). Habría sido hallado cerca del Camino del Inca en el puesto “El Durazno”, más arriba de Las Pircas. En realidad, dado que Rohmeder no lo menciona y no se halla en los planos y mapas disponibles, este sitio probablemente no se encuentra sobre el itinerario incaico principal, sino que debe tratarse de un caserío situado en la falda oriental de la Sierra a unos 25 km al N. del Portezuelo del Tocino (según mapa del I.G.M.).

Queda la duda acerca del contexto en que se debe ubicar a esta pieza. Si datara de la época incaica, representaría una supervivencia de un elemento ya conocido 1000 años antes en el área central del N.O. argentino (El Alamito), pero ello no es de ningún modo seguro.



FIG. 38. — El camino del Inca en el comienzo de la cuesta.
Puede verse la estructura de sostén de piedras.

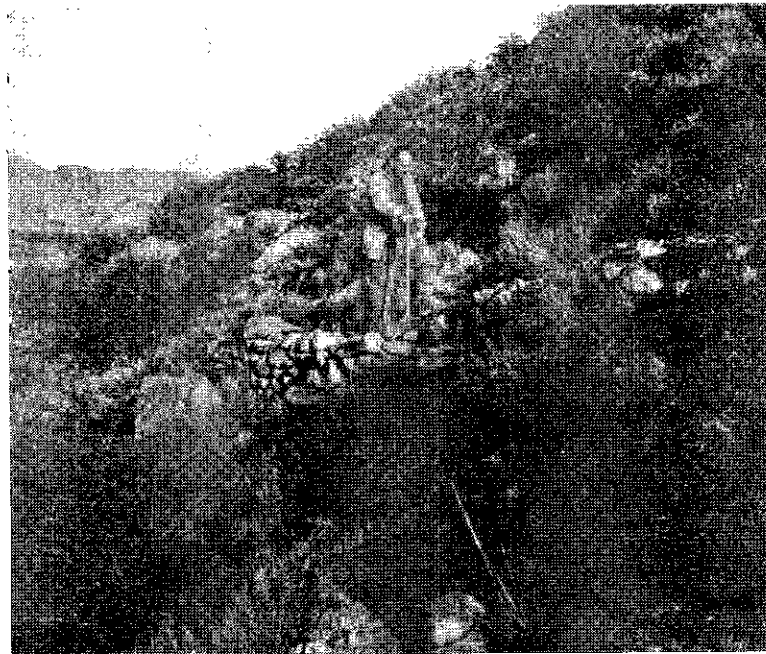


FIG. 39. — Otra vista del camino incaico en la zona de Las Pircas.

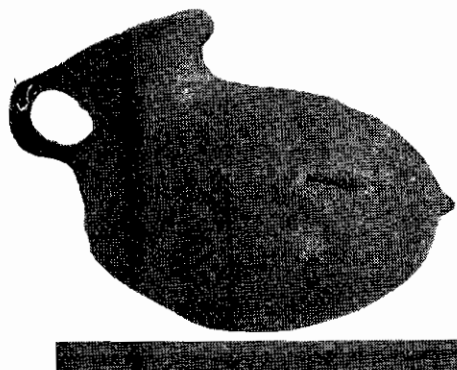


FIG. 40. — "Vaso-palo", Puesto El Durazno.

C) COMENTARIO FINAL

Rohmeder termina su trabajo sobre el "camino de cuesta prehispánico" diciendo: "Se puede afirmar que el "Camino del Inca", sobre la parte septentrional de la Sierra de Famatina, entre los valles de Vinchina y de Famatina-Corrales, con sus partes en los llanos adyacentes, es la sección intermedia entre los dos carriles comprobados al nordeste y al sudoeste de la sierra de Famatina, y que este camino sobre las Cuestas del Inca y del Tocino es un eslabón que puede incluirse en la reconstrucción de la red de caminos "incaicos" dentro del territorio argentino" (1949, p. 93). En rigor, no hay una demostración de que realmente se trate de un camino realizado por los Incas en el período de su dominación (aprox. 1475-1536); pero tampoco fue ese el propósito de dicho autor. Simplemente, se aceptaron los datos de la toponimia y de la tradición lugareña, presumiéndose que un camino con los caracteres del estudiado no podía ser sino "inca". En el presente trabajo, a más de ampliar e ilustrar aquellos datos, creemos haber proporcionado los argumentos arqueológicos del carácter incaico de todo el conjunto estudiado, que resumiremos aquí:

1) Las *ruinas de la Pampa Real* tienen la estructura y disposición de un típico tambo cordillerano: grupos separados de habitaciones, constituyendo cada uno un semiconglomerado; abundante existencia de recintos asociados desiguales, sobre todo en la forma de habitaciones más o menos rectangulares con recintos descubiertos

algo mayores (patios o pequeños corrales); existencia de por lo menos un gran recinto pircado rectangular generalmente interpretado como corral; existencia del recinto perimetral compuesto. Esta estructura la tienen también otros tambos estudiados por otros investigadores en zonas más alejadas, grandes (por ej. Catarpe en la zona de San Pedro de Atacama en Chile: Mostny, 1949, pp. 158-165; Ingenio del Arenal Médanos en Catamarca: Márquez Miranda y Cigliano, 1961), o pequeños (Los Cazaderos: Aparicio, 1937).¹¹ También hay un interesante paralelismo con la "ciudad" minero-ceremonial del Nevado del Aconquija (Paulotti, 1958/59; Mansfeld, 1948), situada a la misma altura aunque indudablemente de mayor magnificencia.

Falta uno de los rasgos constructivos típicos de la arquitectura provincial incaica chileno-argentina, la argamasa y el revoque con barro; pero esto puede explicarse como variante empobrecida local, debido tal vez a dificultad en obtener y preparar allí la argamasa.

La cerámica asociada —aparte de los fragmentos sin valor diagnóstico— es inca (no cuzqueña sino "provincial"), o, como en el caso de la negro-sobre-rojo, de características tardías frecuentemente asociada a la inca y "diaguita chilena" en varios tambos de la zona cuyana (por ej. Paso del Lámar y Ranchillos).

2) Por razones geográficas, el *ofrendatorio de la cumbre del Negro Overo* se halla asociado a la Pampa Real, y lo confirman las estaciones intermedias de los 4200 y 5500 m, así como probablemente el "pedraplén" a 4500 m de que habla Rohmeder. A su vez, se halla conectado culturalmente con los demás santuarios de altura conocidos desde el Pichu-Pichu en Arequipa hasta el cerro El Plomo en Chile central, todos de factura incaica. (Schobinger, 1966). Claro que éste es uno de los más modestos, y el único en donde se han hallado astas de ciervo.

Sobre esto último, es interesante comprobar que en el Pucará de Tilcara se han encontrado numerosas astas de huemul en las excavaciones efectuadas por Ambrosetti y Debenedetti en 1910. De los 175 recintos pircados que se exploraron en dicha oportunidad, 28 contuvieron una o varias astas, inclusive —por lo menos en un caso (Nº 146)— con sus extremidades intencionalmente aguzadas

11 Una estructura similar, tanto en distribución como en técnica constructiva, aunque en dimensiones mayores, tienen muchos *tampu* del Perú. (Ver por ej. Morris, 1966).

(Debenedetti 1930, pp. 48-103). En su mayor parte trátase de viviendas, pero hay varios casos en que las astas forman parte de un ajuar. También en la "Necrópolis" situada sobre el faldeo S.E. del Pucará, de ajuar más pobre y sin piezas de origen peruano, se encontró un asta de ciervo acompañando a un párvulo inhumado en una olla (Debenedetti 1930, p. 131). De aquellos sitios, varios muestran contemporaneidad e influencia incaica, sobre todo el N° 167. Todo el Pucará constituyó, en la última fase de su ocupación prehispánica —de la que procede la mayor parte de las ruinas y del material cultural— un importante baluarte incaico, no sólo militar sino también religioso, como lo demuestra el Edificio N° 1 llamado "La Iglesia" (Debenedetti op. cit., pp. 38-45; cfr. Lafón, 1956, 1958; Krapovickas, 1958-59). Las astas de Tilcara no tuvieron un fin utilitario. Debían simbolizar la fuerza mágica de la que era portador el cérvido, al modo de interesante y lejana supervivencia paleolítica. (En un caso se inhumó el cráneo de un ciervo joven dentro de una ollita, junto con dos pucos. Ver op. cit. p. 51). El asta pudo, pues, tener valor de ídolo, amuleto u ofrenda, ya sea colocado o escondido en las viviendas, o acompañando a los muertos al Más Allá.

Ahora bien, no tenemos datos de que esto forme parte de la cultura Inca. Debemos pues considerarlo como una práctica tradicional de parcialidades que, en un momento dado, se hallaron bajo el dominio imperial. A falta de otros datos, podemos plantear la hipótesis de que los escaladores del Negro Overo pertenecieron a la cultura "Humahuaca-Inca" o, más ampliamente, a algún grupo incaizado del norte argentino o sur de Bolivia, zona esta última de donde, según opinión de Lafón (1956, 1958 a), proviene la incaización secundaria de la quebrada de Humahuaca.

Un detallado estudio comparativo de la cerámica de la Pampa Real con la del Pucará de Tilcara y de otros sitios tardíos del N.O. argentino —sobre todo los diversos tipos negro-sobre-rojo (Hornillos, Belén, Famabalasto, etc.) con los cuales muestra aire de familia—, podría precisar mejor los términos del problema. También en algunos yacimientos incaicos del N. de Chile se ha encontrado alfarería negro sobre rojo (Iribarren, 1961, p. 65; Niemeyer, 1963, p. 220 y cuadro).

3) Para el carácter incaico del *tramo principal del camino*, hablan de por sí su trazado rectilíneo y orientado y su asociación a un

poblado similar al de la Pampa Real en su sector E.; sus sostenes mediante sillares en las laderas (más toscos que los peruanos pero no menos efectivos y bien conservados) y terraplenes pétreos en las hondonadas y los cortes en la roca en su sector alto; y su asociación a otro "tambillo" en su sector occidental.

4) Los restos del *sitio ceremonial (círculo de piedras) y del poblado cercano a Las Pircas* corresponden por su lado a la dominación inca, por su asociación cerámica y los demás indicios geográficos y toponímicos.

¿Cuál fue la funcionalidad de la Tambería de la Pampa Real? Rohmeder acepta la opinión de Kühn y Boman de que se trataba de un poblado de mineros. Se basan en las referencias históricas de la existencia de explotaciones de oro, plata y cobre en las faldas del Famatina (nombre que según algunos significa "rico en metales"), y el hecho de que la altura y ambiente climático en que se encuentra la tambería no permite ninguna clase de cultivo, y sólo algunas llamas hubieran podido obtener su alimento en algunas vegas cercanas. Pero no sólo el alimento, forraje y leña debieron ser traídos desde más abajo (probablemente desde Chilitanca y Chilecito, este último el principal centro incaico de la región), sino que sólo debió estar poblada durante unos pocos meses al año. Es un caso similar al de las tamberías cordilleranas en los pasos a Chile, que se hallan a la misma altura.

El hallazgo del sitio ceremonial de la cumbre, lleva a plantear una nueva interpretación. Así como al pie del Pichu-Pichu hay un conjunto de habitaciones pircadas con "plaza de ceremonias" (Linares Málaga, 1966); al pie del Licancabur otro conjunto similar que debió ser ceremonial en directa asociación con el sitio de la cumbre (Le Paige, 1966), y al pie del Cerro El Toro una extensa tambería cuyo gran "corral" tal vez no sea sino un recinto cúltico, así también el conjunto habitacional de la Pampa Real pudo haber tenido primordialmente una finalidad religiosa (cosa que ya habíamos reconocido para la estructura C). Representaría una etapa —la principal— de un itinerario realizado una o pocas veces al año por grupos reducidos de súbditos del Incario, que bien pudieron ser mineros con sus jefes religiosos. No olvidemos que el oro y la plata eran metales sagrados para las antiguas civilizaciones, y el acto de su extracción, o de su lavado en los arroyos que bajan de la Sierra de

Famatina, debió tener en cierto modo un carácter cáltico. (Al fin y al cabo, su destinatario era el Inca, Hijo del Sol). En una palabra, se sugiere que la tambería de la Pampa Real, sin desconectarse del todo de las actividades mineras, tuvo primordialmente carácter de estación de alojamiento y ceremonias previas a las realizadas ocasionalmente en la cumbre del Negro Overo.

Por otra parte, de haber sido exclusivamente un centro minero, ¿cómo se explicaría la total ausencia de restos relacionados con dicha actividad? ¿Por qué no se conservaría alguno de los instrumentos con los que se realizaban los laboreos, como los ilustra Iribarren para las minas de la zona de La Serena, y por qué no quedan restos de minerales abandonados en el suelo como en el poblado incaico de Los Infieles, en esa misma zona? (Iribarren, 1963, pp. 62-64, ver lám. 21). ¿Por qué no hay ni rastros de un basural?

Los verdaderos centros mineros prehispánicos debieron ubicarse algo más al sur (zona de La Mexicana), lo mismo que hoy día.

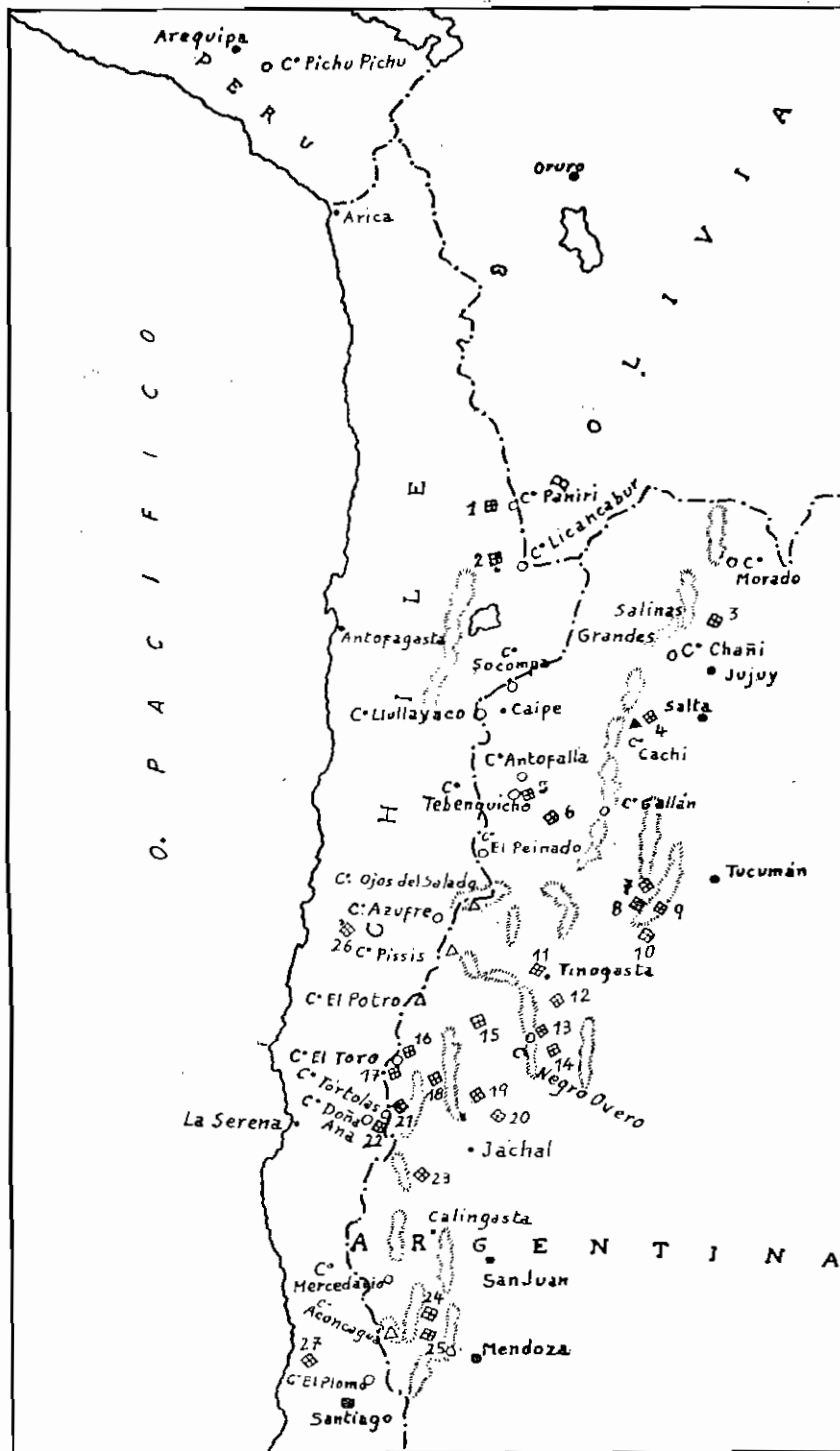
Así, por último, se explicaría la inexistencia de cualquier clase de piedras de moler. Los mismos ocupantes temporarios de la tambería se debían traer sus víveres desde el valle, junto con sus pequeñas e infaltables tropillas de llamas, y, en algún lugar especial de sus alforjas, las astas votivas extraídas de los ciervos sacrificados, destinadas a ser colocadas en el "espacio sagrado" cuadrangular de la Cumbre, en honor de la Divinidad.¹²

12 Como resultado de un cuidadoso análisis, Madrazo y Ottonello acaban de llegar a una importante conclusión, que sobre la base de nuestros propios estudios compartimos sin reservas: "Tanto el exiguo número de fortalezas, que parece señalar una actitud previsoras más que agresiva, como la existencia de sitios incaicos sin defensa y, en ciertos casos, evidentemente ligados al culto, indican una relación más bien pacífica con las culturas aborígenes. Es muy posible que la penetración tuviera un carácter predominantemente religioso. La presencia ya anotada de recintos presumiblemente cálticos y definitivamente incaicos en La Paya y Tilcara demuestra el alto grado de prestigio y aceptación obtenido por la religión peruana. A esto hay que agregar los adoratorios de altura que han aparecido" en diversos lugares de la zona cordillerana (1966, p. 63). Esto habría que completarlo con el carácter "religioso" (en el sentido antes sugerido) de la explotación minera y del trazado de caminos. (En el área cuyana estos últimos tenían como fin primordial comunicar con Chile, cuya incaización parece haber sido más fuerte que la del área argentina).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALURRALDE, Nicanor: 1948. El sistema de caminos incaicos en el territorio argentino. *La Ingeniería*, t. 52, N° 884, pp. 308-318. Buenos Aires.
- APARICIO, Francisco de: 1936. Vestigios de caminos incaicos en la provincia de La Rioja. *Revista Geográfica Americana*, N° 36, pp. 167-174. Buenos Aires.
- 1937. La tambería de Los Cazaderos. *Relaciones de la Soc. Argentina de Antropología*, t. 1, pp. 77-83. Buenos Aires.
- 1940 a. Ranchillos, Tambo del Inca en el camino a Chile. *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, t. I, pp. 245-251. Mendoza.
- 1940 b. La tambería del Rincón del Toro. *Publicaciones del Museo Etnográfico de la Fac. de Filosofía y Letras*, Serie A, IV, pp. 239-252. Buenos Aires.
- BOMAN, Eric: 1920. Vorspanische Wohnstätten, Steinwerkstätte und Petroglyphen in der Sierra de Famatina. *Zeitschrift des Deutschen Wissenschaftlichen Vereins zur Kultur- und Landeskunde Argentiniens*, VI, pp. 25-39. Buenos Aires.
- BREGANTE, Odilia: 1926. Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste argentino. Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, Salvador: 1917. Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la provincia de San Juan. *Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones de la Sección Antropológica* N° 15. Buenos Aires.
- 1930. Las ruinas del Pucará, Tilcara, Quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy). *Archivos del Museo Etnográfico*, N° 2 (Primera parte). Buenos Aires.
- GRESLEBIN, Héctor: 1940. Arqueografía de la Tambería del Inca (Chilecito, La Rioja, Rep. Argentina). 27 pp. Buenos Aires.
- HAUTHAL, Rodolfo: 1895. Primera ascensión al Nevado Colorado de Famatina. *Rev. del Museo de La Plata*, t. VII, pp. 171-180.
- IRIBARREN CHARLIN, Jorge: 1962. Minas de explotación por los Incas y otros yacimientos arqueológicos en la zona de Almirante Latorre, departamento La Serena. *Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena. Boletín* N° 12, pp. 61-72.
- KRAPOVICKAS, Pedro: 1958/1959. Un taller de lapidario en el Pucará de Tilcara. *Runa*, IX, pp. 137-151. Buenos Aires. (Impreso en 1964).
- KÜHN, Franz: 1919. Observaciones morfológicas en la región central de la Sierra de Famatina. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires*, t. XXX, pp. 255-280.
- LAFON, Ciro René: 1956. El horizonte Incaico en Humahuaca. *Anales de Arqueología y Etnología*, t. XII, pp. 63-74. Mendoza.
- 1958 a. Rastros culturales incaicos en el Pucará de Tilcara. Separata del libro "Tilcara", 5 pp.
- 1958 b. Contribución a la determinación del Horizonte Incaico en el área Diaguita. *Acta Praehistórica*, II, pp. 122-132. Buenos Aires.
- LE PAIGE, Gustavo (S.J.): 1966. El santuario incaico del Licancabur. *Anales de Arqueología y Etnología*, t. XXI. Mendoza.
- LINARES MALAGA, Eloy: 1966. Hallazgos arqueológicos en el Nevado Pichu-Pichu (Arequipa, Perú). *Anales de Arqueología y Etnología*, t. XXI. Mendoza.
- LORANDI DE GIECO, Ana María: 1965. Sobre la aplicación de métodos estadísticos al estudio del arte rupestre. *Anales de Arqueología y Etnología*, t. XX, pp. 7-26. Mendoza.

- MADRAZO, GUILLERMO B. y OTTONEILLO DE GARCIA REINOSO, Marta: 1966. Tipos de instalación prehispánica en la región de la Puna y su borde. Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce", Monografías N° 1. Olavarría.
- MANSFELD, Franz: 1948. La "ciudad legendaria del Aconquija". Revista Geográfica Americana, Vol. 3, N° 179, pp. 53-59. Buenos Aires.
- MARQUEZ MIRANDA, Fernando y CIGLIANO, Eduardo Mario: 1961. Problemas arqueológicos en la zona de Ingenio del Arenal (Prov. de Catamarca, Rep. Argentina). Rev. del Museo de La Plata (Nueva Serie), Secc. Antropología, t. V, pp. 123-169.
- MORRIS, Craig: 1966. El Tampu Real de Tunsucancha. Cuadernos de Investigación (Universidad Nacional Hermilio Valdizán), N° 1, Antropología, pp. 95-107. Hnáuco.
- MOSTNY, Crete: 1949. Ciudades Atacameñas. Bol. del Museo Nac. de Historia Natural, t. 24, pp. 125-201. Santiago de Chile.
- NIEMEYER, Hans: 1963. Excavación de un cementerio incaico en la Hacienda Camarones (Prov. de Tarapacá). Revista Universitaria (Univ. Católica de Chile), Año XLVIII, pp. 207-233. Santiago de Chile.
- PARDO, Luis A.: 1939. Arte Peruano: Clasificación de la cerámica cuzqueña (Epoca Incaica). Revista del Instituto Arqueológico del Cusco, Año IV, Nos. 6 y 7, pp. 3-27. Cuzco.
- PAULOTTI, Osvaldo: 1958/1959. Las ruinas de los Nevados del Aconquija. Noticia preliminar. Runa, IX, pp. 125-135. Buenos Aires. (Impreso en 1964).
- ROHMEYER, Guillermo: 1941. Las ruinas de "Las Tamberías de la Pampa Real" en la Sierra de Famatina. Rev. del Instituto de Antropología de la Univ. Nac. de Tucumán, Vol. 2, N° 6 (pp. 109-120).
- 1949. Estudio de un prehispánico camino de cuesta por la Sierra de Famatina. Rev. del Instituto de Antropología, Vol. IV, pp. 84-93. Tucumán.
- RUSCONI, Carlos: 1962. Poblaciones pre y posthispánicas de Mendoza. Vol. III (Arqueología). Mendoza.
- SCHOBINGER, Juan: 1962. Representaciones de máscaras en los petroglifos del occidente argentino. Anthropos, vol. 57, pp. 683-699. St. Augustin (Alemania).
- 1964. Investigaciones arqueológicas en la provincia de San Juan, Rep. Argentina. (Informe preliminar). Actas y Memorias del XXXV Congreso Internacional de Americanistas, México, 1962, pp. 615-619.
- 1966. Breve historia de la arqueología de alta montaña en los Andes Meridionales (pp. 11-27); La expedición de Investigación y rescate. Descripción del sitio y enumeración del material hallado (pp. 33-51); Conclusiones (pp. 195-207). Capítulos del libro *La "momia" del Cerro El Toro*. Mendoza.
- MS I. Exploraciones arqueológicas en la región cordillerana de la provincia de San Juan. (A publicarse en los Anales de Arqueología y Etnología.)
- MS II. Arte rupestre de la provincia de San Juan y zonas vecinas.
- SCHOBINGER, Juan (Editor): 1966. La "momia" del Cerro El Toro. Investigaciones arqueológicas en la Cordillera de la provincia de San Juan (República Argentina). 218 pp. Mendoza. (Varios autores).
- STRONG, William Duncan y CORBETT, John M.: 1943. A ceramic sequence at Pachacamac. Columbia Studies in Archeology and Ethnology, Vol. I, N° 2. Nueva York.
- STRUBE ERDMANN, León (S.V.D.): 1963. Vialidad imperial de los Incas. Instituto de Estudios Americanistas, Serie Histórica, N° 33. Córdoba.
- VAZQUEZ, Juan Adolfo: 1966. Observaciones para la interpretación de la momia del Cerro El Toro desde el punto de vista de la filosofía e historia comparada de las religiones. En *La "momia" del Cerro El Toro*, pp. 167-174. Mendoza.



(Ver leyenda al dorso.)

MAPA CON LA UBICACIÓN DE LOS SANTUARIOS DE ALTA MONTAÑA
EN LOS ANDES CENTRO-MERIDIONALES

Circunferencia: Cerro con sitios arqueológicos en la cumbre (o en sus flancos a más de 5000 m de altura), incluyendo los sitios ceremoniales situados a su pie (Pichu Pichu y Licancabur).

Triángulo: Otros cerros importantes.

Signo cuadrangular: Algunas de las ruinas de tambos y poblados incaicos. 1: Turi; 2: Catarpe; 3: Tilcara; 4: La Paya y sitios aledaños (Potrero de Payogasta); 5: Tebenquicho; 6: Antofagasta de la Sierra; 7: Fuerte Quemado; 8: Punta de Balasto; 9: ruinas de los Nevados de Aconquija; 10: Pucará del Aconquija; 11: Watungasta (La Troya); 12: Los Cazaderos; 13: Pampa Real; 14: Chilecito; 15: Los Mudaderos (Jagüel); 16: Río de los Tambos (tres sitios); 17: Paso Valeriano; 18: La Alcaparrosa; 19: Guandacol; 20: Paso de Lámar; 21: Río Frio; 22: Río Vacas Heladas; 23: Tocota; 24: Tambillos; 25: Ranchillos; 26: Copiapó; 27: Quillota.

Este libro se terminó de imprimir el día 11 de agosto de 1967, en "Víctor Hugo Fasanello", Editorial Talleres Gráficos, Rioja 1922. Mendoza-Argentina